

# LOS MAESTROS

Historia de las nuevas pedagogías  
en La Luisiana y El Campillo (Sevilla)



*Los Tres Investigadores*

COLABORACIONES DE LA LUISIANA Y EL CAMPILLO



La portada de este libro puede que nos dé la clave para redactar la reseña de su contenido. En primer plano, un olivo joven sujetado por un tutor que lo ayuda a crecer.

La palabra "tutor" proviene del latín *tutor*, que deriva del verbo *tueri* o *tuere*, y significa "observar", "vigilar", "dirigir" o "proteger". Un tutor es, etimológicamente, quien vigila, protege o defiende a otro, asumiendo su responsabilidad.

Hoy el término incorpora otras acepciones: "persona que ejerce la tutela", "persona encargada de orientar a los alumnos de un curso o asignatura" e incluso "caña o estaca que se clava al pie de una planta para mantenerla derecha en su crecimiento", definición que constituye una estupenda metáfora de Los Maestros, tutores y tutoras de tantos luisianeros y campiñeses a los que ayudaron a crecer.

Al fondo, un sol naciente simboliza el amanecer y el despertar de un alumnado rural que aspira a toda una galaxia de conocimientos (los libros y el mapa del mundo), descubrimientos (la lupa) y nuevas posibilidades (el cohete espacial).

Lo que aparece en el interior de este libro, basado en los testimonios de las personas que tuvieron la suerte de conocer a Los Maestros, rinde homenaje a una profesión y a un legado cultural que permanece en la memoria local del mismo modo que los árboles que plantaron.

Esta obra no es más que una muestra colectiva de agradecimiento hacia los que nos dedicaron su tiempo y su ilusión. Aquí podemos encontrar todo un referente para que los docentes actuales o futuros conozcan a personas que marcaron un antes y un después en la educación.

Gracias por todo.

## Historia de las nuevas pedagogías en el pueblo

Una estela de la innovación educativa en La Luisiana y El Campillo (Sevilla)

### Homenaje a nuestros Maestros

*“La educación no cambia el mundo, cambia a las personas que van a cambiar el mundo”.*

---

Paulo Freire

*“La escuela no debe desinteresarse de la formación moral y cívica de los niños y niñas, pues esta formación no es solo necesaria, sino imprescindible, ya que sin ella no puede haber una formación auténticamente humana”*

---

Cèlestin Freinet

*“Autoridad viene de augeo: ayudar a hacer crecer. Autoridad y auge vienen de lo mismo. Todos crecemos como la hiedra, apoyándonos en algo que ofrece resistencia. La autoridad ofrece resistencia, pero hace crecer. Si no has tenido resistencia, no creces recto, sino reptando”.*

---

Fernando Savater

## ÍNDICE

<b><u>Prólogo de Pepa Bermudo</u></b> .....	1
<b><u>Introducción</u></b> .....	5
<u>Un antes y un después</u> .....	8
<u>Testimonios de Paqui García Ostos, María Guerrero Alcaide, Emilia Rodríguez García, Mercedes Fernández Selfa y Baltasar Isla</u> .....	10
<b><u>Los primeros cambios</u></b> .....	19
<u>Y llegaron Los Maestros</u> .....	21
<u>Testimonios de Chari Alonso, Carmen Morales, Carmen Gómez y Montserrat Martín</u> .....	25
<b><u>Interconectados con el pueblo</u></b> .....	33
<u>Textos de Baltasar Isla y Francisco Cadenas Ojeda</u> .....	34 y 40
<b><u>El claustro del Colegio Antonio Machado de La Luisiana en los 80</u></b> .....	43
<u>Testimonio del Maestro Arjona (José Antonio Arjona Tamarit)</u> .....	43
<u>Entrevista a la Maestra Pepi Freire</u> .....	49
<u>Aportaciones del Maestro Avelino Díaz</u> .....	60
<u>Miguel Hernández y Maribel, por Pepa Bermudo</u> .....	69
<b><u>El Colegio Director Manuel Somoza de El Campillo</u></b> .....	71
<u>Testimonio de Jessica Laguna Ancio</u> .....	72
<u>D. Manuel Somoza Gómez: La enseñanza como vocación de vida, por María José Somoza</u> .....	73
<u>Testimonio de Florencio Alcaide y Rosario Alcaide</u> .....	84
<b><u>El AMPA Hidalgo-Somoza, por Loli Díaz</u></b> .....	88
<b><u>El Instituto Pablo de Olavide</u></b> .....	90
<u>Tiempo de pioneros en un centro sin nombre, por Vicente Mazón</u> .....	98
<u>Vicente, el constructor invisible, por Almudena Ocaña</u> .....	104

<b><u>La huella de Los Maestros</u></b> .....	110
<u>Asociación Tirititrés y la Peña Flamenca</u> .....	110
<b><u>El recuerdo del alumnado</u></b> .....	115
<u>Semillas que dejaron huellas</u> , por Mari Ángeles Hebles. ....	115
<u>Reflexión de Pepa Bermudo</u> .....	117
<u>Testimonio de Toñi Álvarez</u> .....	117
<u>Reflexión de Paqui Hebles</u> .....	120
<u>Testimonio de Inma Díaz</u> .....	121
<u>Testimonio de Eva Martín Fernández</u> .....	131
<b><u>Lo que permanece</u></b> .....	133
<u>La sombra del fresno</u> , por Manuel Alonso .....	133
<b><u>Agradecimientos</u></b> .....	155
<b><u>Participantes</u></b> .....	157

## Prólogo de Pepa Bermudo

### **PROMETER EL MAR**

Dos años después de su estreno, por fin pude ver la película *El maestro que prometió el mar*. En ella se narra la búsqueda de los restos de los asesinados por el bando sublevado en 1936 en una fosa de un pueblo de Burgos, donde deberían aparecer los cuerpos del bisabuelo de la protagonista y del maestro Antonio Benaiges.

La película es tan emocionante, que a los quince minutos arranqué a llorar y no me quedó más remedio que parar. Solo pude verla en pequeñas dosis a lo largo de dos días.

La protagonista entabla amistad con un anciano que le muestra fotos y le habla de su maestro, Antonio Benaiges, el maestro que les prometió llevarlos a ver el mar.

Entre todos los momentos emotivos que aparecían en la pantalla, hubo uno que me provocó un vuelco del corazón. En la pizarra negra, el maestro escribía con tiza blanca un texto escrito por uno de sus alumnos o alumnas. El resto de la clase corregía el escrito, señalaba alguna falta de ortografía, indicaba la necesidad de un signo de puntuación o incluso mejoraba la expresión.

Previamente, cada uno de los estudiantes había leído su redacción en voz alta y habían votado el mejor, que sería el que se corregiría en la pizarra.

Este proceso previo no aparece en la película. Yo lo conocía por experiencia propia, porque así trabajaba mi maestra, Maribel Hidalgo Esteve, la técnica del texto libre que había impulsado el maestro francés Célestin Freinet en la Francia de la primera mitad del siglo XX.

Siempre tuve la certeza de haber recibido la mejor educación posible, con métodos innovadores, en una escuela pública, sin religión desde sexto a octavo, en

un pueblo pobre de la campiña sevillana. Mucho más tarde, cuando estudiaba Magisterio, entendí que ese grupo de maestros y maestras que tuvimos la fortuna de conocer se basaba en el ya citado Freinet y en el pedagogo brasileño Paulo Freire, cuyo objetivo era despertar el espíritu crítico.

Nuestro colegio estaba recién estrenado. Había que convertirlo en un espacio amable para el aprendizaje. Se plantaron árboles, se sembraron setos y rosales. Se construyó un fuerte del Oeste con todos sus detalles. Manolo Amaya, siendo director, recorrió las calles y los alrededores del pueblo recogiendo materiales aprovechables.

Con Paco Fernández aprendíamos Francés y escuchábamos la *Cantata de Santa María de Iquique* de Quilapayún.

Manolo Carmona, con una visión didáctica adelantada a su tiempo, nos enseñaba que la Historia no está protagonizada por reyes ni es una sucesión de fechas, sino que son los pueblos los que provocan los cambios sociales y es la economía la que mueve el mundo. Para ello utilizábamos distintos materiales: revistas, prensa, libros...

José Carlos impartía Matemáticas. Pero yo recuerdo el día después de los últimos ejecutados por el franquismo, que entró en clase y escribió un poema que aún conservo en la memoria.

En aquellos tiempos, a finales de los setenta, recién estrenada la democracia, el trabajo infantil estaba normalizado. Las familias completas se trasladaban con todos sus enseres, ropa, colchones y hasta bombonas de butano para trabajar la temporada del algodón o de la aceituna.

Los niños y las niñas abandonaban la escuela en quinto o en sexto, para ayudar con un jornal o para atender las tareas domésticas en el caso de ellas.

Mi promoción terminó octavo curso en junio del 77. El primer día de sexto, fuimos recibidos en el comedor porque no cabíamos en una clase. Sin embargo, solo acabamos la EGB 16 o 17 de los que los habíamos comenzado.

Aquel día, una maestra nueva, alta y morena, se dirigió a aquella chiquillería diciendo que sería nuestra tutora, pero que, ante todo, pretendía ser nuestra amiga.

Todavía recuerdo el gozo con el que llegué a mi casa. A mí me gustaba mucho la escuela, pero ninguna maestra me había hablado de aquella forma. Me tomé sus palabras al pie de la letra. Puedo afirmar que fue una de las personas que más influyó en mi vida y no puedo evitar emocionarme cuando pienso en ella.

Continuar los estudios en Écija, en el instituto San Fulgencio, era prácticamente una quimera. No solo pesaban las razones económicas. Para las niñas suponía una dificultad extra, porque al pasar el día entero fuera, corríamos el riesgo de ser criticadas y para nuestras madres eso constituía una pesada losa.

Maribel se dedicó a recorrer todas las casas para que las familias nos permitieran estudiar en el instituto. Algunas pudimos hacerlo, otras sufrieron la negativa de sus madres y otras tuvieron que abandonar en primero o segundo de BUP. En aquellos años, los embarazos adolescentes hacían estragos, aunque esa es “una historia que merece ser contada en otra ocasión”, como decía M. Ende.

No sé cómo ni a quién se le ocurrió la idea de llevarnos de viaje fin de EGB a Cazorla. Si mal no recuerdo la promoción anterior había visitado Madrid.

Solo sé que hubo un momento en el que pusieron a buscar tiendas de campaña y Pepi Yélamo, una maestra natural de Écija consiguió prestadas o alquiladas una especie de tiendas, como jaimas. Recuerdo a Maribel metiendo pan en bolsas de plástico y cerrándolas bien para que se pudieran comer todos los días de nuestra estancia. Teníamos que llevar toda la comida porque en el parque no había absolutamente nada.

También hubo que convencer a las familias para que nos permitieran participar en aquel viaje. En aquellos años muy poca gente viajaba, no había móviles ni apenas teléfonos fijos. Íbamos a la aventura en medio de la sierra de Cazorla. Además, salíamos el 16 de junio de 1977. El día antes se celebraban las primeras elecciones libres desde la República y mucha gente tenía miedo.

Recuerdo con claridad que fui a la panadería de madrugada a comprar el pan para mis bocadillos y pregunté al panadero Manuel Domínguez quién había ganado las elecciones.

Una vez en Cazorla, acampamos en la Fuente de la Pascuala, cuando solo era una fuente. El resto: el fuego de campamento, la cerrada del Utrero, el pantano de El

Tranco o bañarse en el agua helada, ya es historia. Dentro de dos años se cumplirán cincuenta de aquel primer viaje a Cazorla organizado por el CEIP Antonio Machado de La Luisiana.

Nuestro colegio no estaba encerrado en los muros, sino que influía en el pueblo y viceversa. Se instauró un día en el que la gente, de forma voluntaria, ayudaba a su mantenimiento.

Los maestros y maestras fueron determinantes en la Asociación de vecinos, la Peña Flamenca y la Asociación Cultural Nicolás Guillén, de la que yo era presidenta. Con esta Asociación organizábamos todo tipo de actividades: excursiones, fiestas infantiles, teatro y fundamos la primera biblioteca pública del pueblo.

Con el paso del tiempo, cada vez soy más consciente de la suerte que tuvimos al recibir una educación tan innovadora y al mismo tiempo tan completa. Ahora es complicado dedicar una mañana a corregir un texto libre. Los temarios, la programación y la burocracia se comen la magia del aprendizaje.

A nosotras, a nosotros, no nos prometieron el mar como en la película sobre el maestro Antonio Benaiges, nos prometieron las aguas heladas del río Borosa y lo pudimos disfrutar.



## Introducción

La sociedad española en la última fase de la dictadura reflejó un creciente interés por la educación. Los estamentos oficiales se implicaron en la modernización educativa que necesitaba nuestro país, lo que dio lugar a la Ley General de Educación de 1970.

Durante esta década se produjo cierto aperturismo político y un claro desarrollo económico que no se veía reflejado en el Sistema Educativo. La propia evolución que había experimentado el país exigía la transformación educativa.

Las reformas llevadas a cabo en la enseñanza primaria y en la formación del magisterio habían contribuido a paliar algunas deficiencias, pero resultaban insuficientes. El sistema educativo había quedado obsoleto y por ello se afrontó el diseño de una nueva estructura educativa que se concretó en la Ley General de Educación.

Esta ley significó un avance importante en el sentido de que fue la precursora de los modelos democráticos de enseñanza. Reformó y estructuró el sistema educativo en todos sus niveles y modernizó la educación española. El progreso educativo no sintonizaba con el orden político. Comenzaba a despuntar la conciencia crítica y la renovación cualitativa de la enseñanza. La educación básica se generalizó a toda la población, activando así la igualdad de oportunidades.

Hasta los primeros años de la restauración democrática no se alcanzó la escolarización total en la enseñanza obligatoria. Como novedades encontramos el descenso de la ratio maestro-alumno, el refuerzo de la enseñanza pública y la innovación metodológica en los centros.

Los pactos políticos y sociales realizados en 1977 dieron el empuje necesario a las transformaciones que condujeron a una enseñanza de calidad. La Constitución de 1978, después de cuarenta años de dictadura militar, actuó de árbitro para las negociaciones entre las distintas fuerzas políticas y credos ideológicos.

No obstante, la magnitud de la reforma emprendida tuvo que sortear diversos obstáculos, desde las cuestiones económicas hasta el aspecto humano.

Faltó el compromiso de los profesionales que tenían que llevar a cabo la reforma con la aplicación de la normativa, sobre todo, por la deficiente formación pedagógica de un importante sector del profesorado. Las inercias y rémoras del pasado frenaban el proceso. No fue fácil cambiar las rutinas pedagógicas y los esquemas de pensamiento de un profesorado ideologizado por el nacionalcatolicismo.

En La Luisiana no faltó ese compromiso de Los Maestros que en este pequeño libro queremos reflejar y, de alguna forma, agradecer a este grupo de personas que marcaron un antes y un después en la enseñanza de este municipio.

Estas páginas que os presentamos a continuación no son más que el fruto del recuerdo y la experiencia colectiva de un pueblo, una historia que merece ser contada para que siga formando parte de los cimientos sobre los que construir los valores tanto de la infancia como la juventud de nuestra localidad.

Agradecemos su participación a todos los que han aportado sus testimonios, ya que gracias a esta cooperación hemos conseguido redactar este magnífico relato. Porque hay historias que no aparecen en los libros, pero que es fundamental dejar por escrito para que no se olviden.

Con todo nuestro cariño y nuestro agradecimiento:

“Los tres investigadores”

**Esperamos que os guste**



Los tres investigadores: Almudena Ocaña, Avelino Díaz y José Antonio Martín

## Un antes y un después

Durante años, el colectivo de los maestros de La Luisiana estuvo formado por pocos docentes y a los que los más viejos recordaremos: la señorita Vega, Doña Joaquina Hans, Don Pedro, la Señorita Loli, Manuel Carmona y algunos más. Eran otros tiempos, en los que se abogaba por eso de “la letra con sangre entra”. Durante la dictadura franquista, los maestros sufrieron una profunda depuración ideológica y profesional, con el objetivo de eliminar cualquier rastro de la influencia republicana y establecer un nuevo sistema educativo basado en los principios del nacionalcatolicismo. Miles de maestros fueron depurados, sancionados, trasladados o directamente expulsados. Se impuso un sistema educativo basado en los principios del nacionalcatolicismo, donde la religión, el patriotismo y la disciplina eran fundamentales.

En todo el país se aplicó una disciplina férrea en las aulas, utilizando el castigo físico y psicológico para modelar el comportamiento de los alumnos y fomentar la obediencia. La depuración y el control ideológico generaron un clima de miedo y desconfianza en el profesorado, que debía autocensurarse y adaptarse a las nuevas normas. Las repercusiones más lesivas de este proceso no solo afectaron a los docentes sancionados.

La depuración supuso una notable merma de la calidad educativa de la escuela española (lo único que preocupaba a los dirigentes franquistas era la capacidad del maestro desde el punto de vista político, ideológico y religioso) sobre todo durante la década de los años cuarenta y cincuenta, ya que una parte muy importante de las plazas dejadas vacantes por los docentes fueron ocupadas por militares que habían participado en la Guerra Civil combatiendo del lado del bando sublevado, heridos y mutilados de guerra, sus viudas y sus familiares más directos.

A lo largo del conflicto y con posterioridad, se llevaron a cabo oposiciones y concursos con plazas reservadas para excombatientes, sin apenas preparación pedagógica y profesional, que introdujeron en las escuelas españolas disciplinas y protocolos de inequívoca ideología castrense. Además, a raíz de la escasez de

maestros e infraestructuras escolares, en los primeros años de la posguerra un millón de niños y niñas a nivel nacional no tenían siquiera plaza escolar.

Para ilustrar esta época previa a la llegada de Los Maestros protagonistas de estas páginas, contamos con los testimonios de algunas vecinas de La Luisiana y del Castillo de la Monclova que nos relatan su experiencia en el colegio.

Participan con sus testimonios en este apartado Paqui García Ostos, María Guerrero Alcaide, Emilia Rodríguez García, Mercedes Fernández Selfa y Baltasar Isla.



Foto extraída del grupo de Facebook de La Luisiana y El Campillo. Loli Pardillo Guillén

## Testimonio de Paqui García Ostos

Yo en el colegio en el que estuve fue en el Castillo de la Monclova. Fue antes de los 80. Lo único que sí puedo decir es que la experiencia fue regular.

Tuvimos, supuestamente, una maestra que no era maestra, que era de un estanco que llevaba la ganancia, una tal Josefina, que nos la pusieron allí por ponerla. Estaban todos los niños más chicos y más grandes, todos juntos. Después vino un maestro que se llamaba Antonio (que eso es por decir, porque vaya maestro) al que teníamos pánico.

Porque yo, además, me acuerdo los regletazos que te daba en las manos para que no miraras al techo, no miraras al suelo, para que no contaras con las tablas... Y no sabía que mirábamos a todos lados para no verle la cara, porque tenía una cara que te imponía. El castigo que era cada dos por tres, era ponerte de rodillas, con unos chinitos en las rodillas de los que hicieran más daño. Nos ponía ahí de rodillas y de cara a la pared hasta que a él le diera la gana.

Y bueno, hubo hasta dos primos míos a los que le rajaron la carne de levantarlo por la oreja del asiento. No fue una experiencia muy buena.

Después sí tuve, los últimos años que estuve en el colegio, que fueron pocos, porque con 14 años estaba en la calle, una maestra que venía de Madrid. Ella era buenísima, cariñosa, lista como el hambre.

Y nos dio caña para que aprendiéramos, porque decía que le daba lástima de cómo nos pilló, y eso que había gente más grande, más mayor, porque yo no era de las mayores. Y por la tarde-noche, nos daba clase en su casa, nos iba reuniendo a algunos de los que íbamos a salir supuestamente más pronto del colegio, porque había que trabajar. Y nos daba clase por la noche en su casa, por su cuenta, que ni cobraba, sino que a la mujer le daba lástima, y como ella se quedaba ahí a dormir en una casa que le daban, pues nos daba clase por la tarde.

Esas mujeres fueron bellísimas, eran muy inteligentes, muy listas, muy cariñosas con nosotros. Vamos, estupendo. Ahora, la primera experiencia, ya te

digo... Había mucho miedo, que antes de que el maestro abriera la boca, las pobres niñas se meaban, porque es que era temible.

Y ya digo que yo era de las medianas. Las mayores ya es que tenían pánico. Y esa es mi experiencia. Pero claro, no estuve en el colegio de aquí, de la Luisiana, sino en el Castillo de la Monclova, que ahí había dos colegios, porque éramos muchas familia y había dos colegios. Entonces, aquello era el de niños y el de niñas. Ya el último año pillé la rebujina. Y esta es mi experiencia cortita, pero tampoco es de aquí. Y como claro está, antes las madres no eran como ahora, que van a replicar al colegio. Tú ibas a tu madre y le ibas diciendo: “hoy me han castigado con los chinos en la rodilla (que la llevaba herida de los chinitos clavados). Y yo no sé por qué, porque yo no he hecho nada”. Y tu madre te decía: “Algo habrás hecho, algo habrás hecho”.

Y nunca iban a reclamar y tú te tenías que aguantar. Que eso fue hasta que aparecieron los dos primos con la oreja rajada. Pero rajada, que tuvieron que darle puntos a uno. Y entonces fue cuando ya las madres se pusieron un poquito más eso. Pero que antes ni aunque llevaras las manos moradas, ni llevaras las rodillas todas heridas, ni nada. Siempre era “algo habrás hecho”. En fin, que una siempre era la mala y el maestro siempre tenía razón. Pero eso era lo que había.





Fotos extraídas del grupo de Facebook de La Luisiana y El Campillo

## Testimonio de María Guerrero Alcaide

Yo me acuerdo que de chica chica, mi primer colegio fue la escuela parroquial, que era por detrás de la iglesia. Mi maestra era Loli de Gutiérrez, una mujer de aquí. Que ya tendrá sus 80 años, me supongo. Yo ya tengo los 68.

Yo los recuerdos que tengo son buenos. Muchas chiquillas, todas niñas; niños no, en el colegio. Me acuerdo que las mesas eran de madera, con el asiento incorporado. Y un agujero que tenían, porque yo hasta ahí no llegué. Menos mal, que en mi época era el lápiz y el bolígrafo. Pero mis hermanos, que se llevan siete años conmigo, ellos sí pillaron la tinta. Eso era una locura, un niño aprendiendo a escribir y a leer con tinta. Los baberos que no me veas... Yo utilicé las mesas, pero ya la pluma no la tuve que utilizar.

Después, ya no me acuerdo yo qué maestra tuve. Yo sé que casi siempre mi maestra fue Vega. Y para mí la experiencia con Vega fue estupenda, porque con ella aprendí yo a escribir. Me acuerdo que entonces el horario era de 10 a 1 y de 3 a 5, porque había escuela por las mañanas y por las tardes, e incluso los sábados íbamos de 10 a 1. El sábado me acuerdo que se hacía con Vega un dictado del Evangelio, porque ella era y es muy creyente, porque creo que todavía vive.

Entonces nos hacía el dictado de un milagro del Evangelio y después el dibujo. Por ejemplo, yo qué sé, el pan y los peces, en fin... Ese dibujo lo teníamos que hacer nosotros, pero ampliarlo. Es decir, que te lo ponían en un tamaño y tú lo tenías que hacer o más grande o más pequeño.

Me acuerdo yo de aquello. Y entonces después seguí con ella, y luego ya yo estuve hasta los 13 o por ahí. Y me acuerdo que ya a los 13 años sí iba con niños y niñas. Era el colegio donde está ahora la biblioteca. Pues ahí es donde acabé yo ya mi colegio. Había un maestro y ya había niños y niñas. Las niñas sentadas en los pupitres de un lado y los niños en otro. Pero ya sí estábamos juntos. Y me acuerdo de que jugábamos al baloncesto donde por detrás había un patio, que ahora hay una piscina, que han hecho hasta casamientos ahora para la gente. Y ahí jugábamos a baloncesto y eso.

Y yo ya te digo, mi experiencia con mis maestros la verdad es que ha sido buena. Yo no tengo que contar historias de traumas ninguno ni nada. Y los maestros como hoy día. Antes eran otros tiempos y había maestros buenos y maestros malos. Y el que era un poco malo, si venía cabreado de su casa, lo pagaba con el chiquillo. Y hoy es al contrario. Hoy hay padres buenos y padres malos y van y le pegan al maestro. En fin, que los tiempos son como son y la gente somos como somos. Y ya te digo, mi experiencia fue buena.

## Testimonio de Emilia Rodríguez García

Yo tampoco fui de la época de los 80, estuve un poquito antes y recuerdo el colegio como un martirio, a pesar de no ser mala estudiante y de que perdía colegio para trabajar, para cuidar a mis hermanos chicos y hasta para blanquear, que es

como se llama aquí a pintar. Mi cartilla escolar lo certifica. Pero a mí nunca me gustó ir al colegio y es una pena porque se lo ganaron a pulso los maestros de la época. Yo era una niña muy tímida y recuerdo que sabiéndome la lección, cuando me sacaban a la pizarra se me olvidaba todo y no era capaz de resolverlo.

Siento que mi relato no sea tan optimista, ojalá pudiera contar otra historia.

## Testimonio de Mercedes Fernández Selfa

La verdad es que yo no llegué a estar en esos colegios. Yo estuve en donde está ahora la peña flamenca y la peña motera, ahí estuve yo con la maestra Maribel pero no me acuerdo del apellido. Era de Burgos y su marido también. Él se llamaba Jesús. Otro maestro era Don Manuel y la maestra Vega esta también de Burgos, que por cierto pintaba muy bien y era muy alta. También estaban Don Pedro y la maestra Joaquina. Esta manejaba el cepillo de la pizarra estupendamente en las manos. Antes los maestros pegaban a los niños. En cuanto te portabas mal, ya teníamos la guantada en lo alto. Una cosa que se hacía en mi época era que rezábamos el Padre nuestro en cuanto entrábamos en la clase. También en el patio del colegio cantábamos el *Cara al sol*. Y en la plaza de la iglesia estaba la Cruz de José Antonio Primo de Rivera y, cuando llegaba su día, cantábamos ahí.

Así fue mi época del colegio hasta sacar el certificado. Después, de más mayor, me saqué el graduado en el colegio nuevo y recuerdo que nos daba las clases un maestro que se llamaba Fernando. Era vegetariano. también recuerdo que había uno llamado José Carlos. Toledano le llamaban y Don Luis eso fue luego, cuando estaba Manolo Amaya y Maribel.

## Texto de Baltasar Isla: *Enseñanza General Básica*

En preescolar o infantil de ahora me pasé todas las horas llorando... y eso que la maestra era guapísima y muy agradable, intentando consolarme, dándome cariño... Pero no me gustaba estar allí.

Los primeros cursos apenas si los recuerdo. Recuerdo los cambios que se producían de uno a otro curso.

En primero y segundo estuve con el mismo maestro en el colegio Antonio Machado, que en aquel entonces lo llamábamos "Las escuelas nuevas". Nos obligaban a tomar leche en polvo y, como no nos gustaba, mi madre nos ponía un poco de cola-cao en un papelito para que lo mezcláramos, pero ni aun así. Vomitaba a diario o se la daba al de al lado.

Se pasaba mucha necesidad.

En segundo, un par de veces fuimos repartidos a otras clases por falta de maestros. A mí me tocó con Doña Joaquina, que tenía fama porque te hacía poner las manos como los italianos cuando hablan, con los dedos unidos hacia arriba, y te daba con el borrador en la puntita de los dedos. ¡¡¡Oggghhh!!! ¡Qué dolor!

Doña Joaquina era la preferida de todas las madres porque nos ponía tiesos como una vela. Una institución. Estuvo muchos años en el pueblo. En aquellos tiempos era muy normal y estaba bien visto que te castigaran y usaran la fuerza.

—¡Por algo será!

—¡Algo habrás hecho!

—¡La letra con sangre entra!

Y te daban capones, tirones de oreja y de patilla, reglazos, coscorriones...

En tercero estuve con D. Pedro, al lado del cuartel de la guardia civil, donde había dos clases, una arriba y otra abajo. Me encantaba la de arriba, donde entraba el sol y había mucha luz y además estaban las niñas.

Me tocó en la de abajo... con los niños, claro. Aún no había mixto. Apenas entraba luz, era lúgubre y fría. Había pupitres con dos asientos plegables y en la mesa inclinada con huecos para los tinteros.

Don Pedro me dio una vez con la regla de madera en las manos, no sé bien porqué motivo (seguramente me lo merecería) y después tuvimos que escribir un dictado.

No había quien entendiera mi letra, era imposible escribir con los temblores y el dolor, pero no se podía llorar, porque llorar era de cobardes y tenías que aguantar como un campeón los golpes.

Además, habíamos desarrollado un sin fin de estrategias preparatorias para recibir los reglazos y si llorabas era que no funcionaba tu estrategia. Untarte cebolla en la mano era la más recurrida.

Decían que no dolía... Pero dolía un montón. De este curso me acuerdo bastante bien de muchas cosas, pero sobre todo recuerdo los recreos en el patio, recibiendo el sol, después de estar metidos en aquella clase. Era como salir al patio de la cárcel y con el cuartel al lado, más aún.

En cuarto y quinto nos mandaron a las escuelas viejas. Dos módulos con dos aulas cada uno, separados. Los chicos en un módulo, las chicas en el otro. Nos tocó con D. Antonio, un cordobés que nos enseñó mucho y bien. Al entrar en el módulo, lo precedía una especie de zaguán pequeñito, donde nos refugiábamos cuando llovía. Después, un recibidor con tres posibilidades. A izquierda y derecha, las clases y de frente los baños.

El recreo lo hacíamos en una explanada, que era donde en verano se ponía la feria del pueblo. Actualmente la plaza Félix Rodríguez de la Fuente. En la explanada había árboles, donde más de uno se partió algún diente jugando al fútbol y un hueco donde se hacía la fuente de la feria, que en invierno se llenaba de agua de la lluvia.

La fuente de la feria era mágica, ¡¡¡funcionaba o dejaba de hacerlo cuando le pasabas la mano por encima!!! No lo podíamos entender, era imposible, que unos chorritos de agua obedecieran la mano de un niño.

Pero ya hablaré de la feria.

Sin motivo aparente, los chicos y las chicas no nos mezclábamos ni en el recreo. Lo teníamos bien aprendido.

No tenía amigas, las chicas no podían ser tus amigas. A lo mejor alguna hermana de algún amigo, pero o eran mayores o muy pequeñas. Ya empezaban a gustarnos las chicas, pero siempre estaban tan lejos que eran como inalcanzables.

Cuando estaba en 5º curso, se murió Franco. A partir de ese momento la vida escolar comenzó a sufrir cambios, al igual que la vida en general, pero yo los viví en el seno escolar.

En 6º, 7º y 8º, volvimos a "Las escuelas nuevas" que, con el cambio que se estaba produciendo en España, pasaron a llamarse: Colegio Público Antonio Machado. ¡Ya éramos mixtos! Pero en esta etapa me pienso detener un poco más. Sólo voy a contar una anécdota.

Un verano unos tíos míos que vivían en Cataluña, nos trajeron como regalo, unas camisetas blancas con un dibujo de una mano haciendo la señal de la "V" donde se leía "Visca Catalunya".

Se me ocurrió ir a clase con ella puesta. Creo que fue en 7º curso. Ningún niño me dijo nada, pero cuando entró el profesor y vio mi camiseta, comentó que vivíamos en Andalucía, que si yo era catalán y me invitó a que fuera a casa a cambiármela. Además se comprometió a regalarme una, pero con la bandera andaluza. Nunca lo hizo... y yo no volví a ponerme la camiseta discordante.

Se estaban produciendo muchos cambios que no entendíamos muy bien, pero notábamos en el ambiente que algo pasaba. La Constitución estaba naciendo.



Foto cedida por: Isabel Gil Ruiz. LAS ESCUELAS VIEJAS

## Los primeros cambios

Los primeros cambios comienzan a producirse con los nombramientos de algunos maestros graduados recientemente: José Carlos Carmona Toledano, Manolo “el gallego” o Santiago Conde Gálvez.

A ellos les sigue un grupo grande de docentes: Manuel Amaya, Maribel Hidalgo, Paco Fernández, Aurora López o Juan Pliego. Más tarde, en 1978, es nombrado Don Avelino como maestro, que sustituye en el cargo de tesorero a Doña Joaquina.

Sería bajo la dirección de Manolo Amaya, cuando comenzara el gran cambio tanto en la fisonomía del centro como en la actualización de los métodos educativos.

Todos recordaremos la construcción del Fuerte (que se convirtió en seña de identidad del colegio), las fuentes que se pusieron en marcha o el famoso OVNI cerca del comedor escolar y que tanto ha sido utilizado por muchos de los que hoy estáis aquí.

Comenzamos a realizar la excursión de fin de etapa a Cazorla, que ininterrumpidamente hasta hoy se lleva efectuando durante más de 40 años. Primero en acampada libre, preparando los alumnos su propia comida, y hoy en día ya en centros organizados.

El colegio era centro de actividades donde muchos vecinos y vecinas colaboraban en el adecentamiento del edificio en los llamados “Días del colegio”, un día donde, de forma voluntaria, eran realizadas las tareas necesarias en las infraestructuras del centro para su mantenimiento; un día festivo de trabajo que acercó a los vecinos al colegio de manera importante.

En este punto creemos debemos hacer un especial reconocimiento a Benito Ganfornina que, de forma desinteresada en un principio, colaboró en el cuidado del Centro de manera especial. La meta era que el alumnado encontrara un entorno agradable para que tuviera más ganas de ir al Colegio. Paralelamente, existía un Equipo de Mantenimiento interno y externo, formado por dos maestros que, cuando

veían algún desperfecto (cisternas, grifos, canastas de baloncesto, etc.), llamaban al Ayuntamiento y solucionaban el problema cuanto antes.

Ese cambio en las aulas vino provocado de algún modo por la práctica diaria de Maribel Hidalgo, MAESTRA con letras grandes a la que todos recordamos y que a algunos nos marcó en nuestro futuro: cercanía con los alumnos, métodos novedosos y ayuda desinteresada a toda la comunidad educativa.

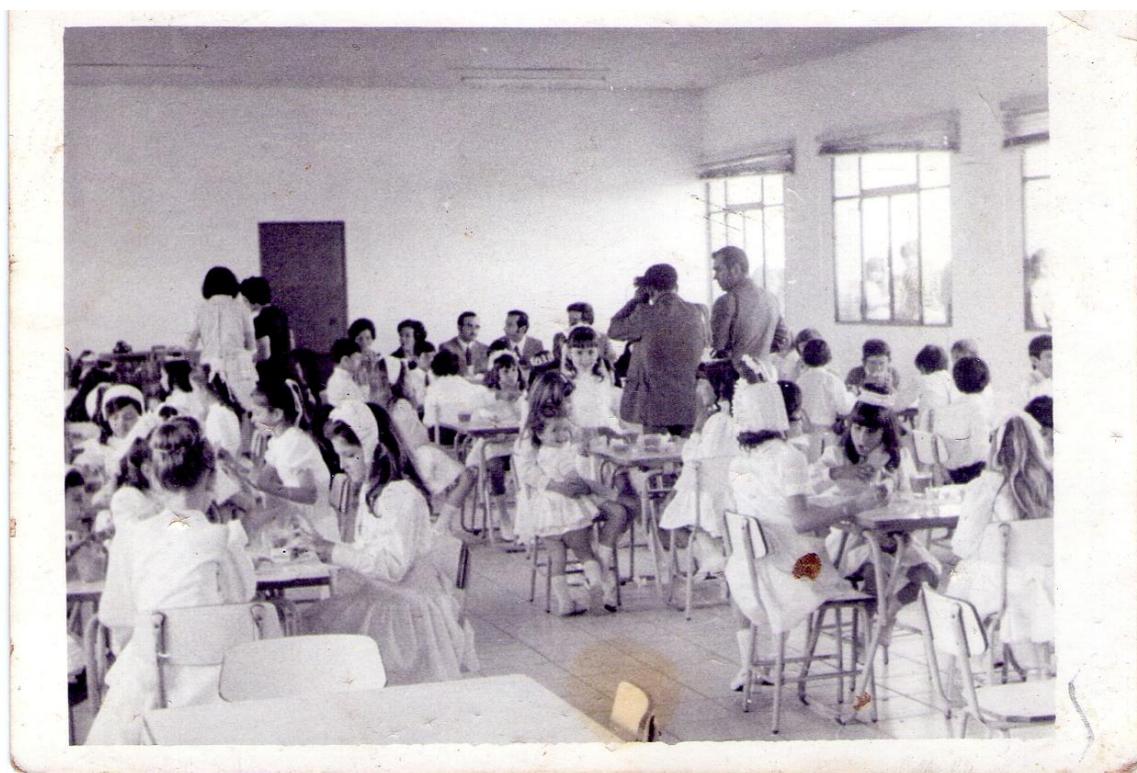


Foto de María Luisa Barrios

## Y llegaron Los Maestros...

En torno a 1980 llegó un grupo numeroso de maestros y maestras, curiosamente casi todos de la provincia de Córdoba: Rafael Aguilera, Amelia Martínez, Juan Jiménez, Mari Carmen Moreno, Mari Ángeles Aguado, Herminio Cambeiro, Soledad González, Paco Torrado, Rafael Simarro, Gloria Ibáñez, Antonio Alias, Juani Toledano, Mari Carmen Molina, Elena Marín Pérez, etc.

A este grupo se le conoce coloquialmente como “Los Maestros”.

Ellos continúan el cambio iniciado y profundizan aún más en cuanto a las novedades pedagógicas se refiere. Se pone en marcha un método mixto de lectoescritura realizado por los mismos maestros. Se realizan las primeras cartillas “Leo”. Se comienza a trabajar por centros de interés, algo que perdura hasta nuestros días.

El centro pasa a ser Centro TIC, puesto en marcha por Rafael Aguilera, Juan Jiménez y Antonio Alias. Se realizan multitud de cursos de formación con un reciclaje continuo por la necesidad de estar actualizado en el trabajo diario: educación en valores, educación medioambiental, de autoedición informática, internet, multimedia, elaboración de proyecto curricular, seminario permanente en lectoescritura, estudio del área del lenguaje, educación musical, etc.

Una experiencia en la que participaron estos maestros y que tuvo gran repercusión fue la de compartir prácticas educativas con colegios de otros países como Italia, Francia o Reino Unido. Se realizaron viajes de trabajo a colegios extranjeros y recibieron, asimismo, visitas de maestros de estos centros para intercambiar buenas prácticas.

Una novedad que dice mucho de este grupo de maestros es la dirección compartida. Aunque oficialmente existía un director, un jefe de estudios y un secretario, no se ejercía como tal. Cobraban por ese cargo, pero entregaban el sueldo (reteniendo lo que correspondía a Hacienda) para realizar luego una excursión con sus familias, que servía para unir más si cabe al grupo.

Todos los asuntos y actividades del centro eran estudiadas por el grupo de maestros que voluntariamente quería participar y eran repartidas entre todos. De esa forma, la implicación en la tarea diaria era mucho más intensa, existiendo un clima de trabajo idóneo que repercutía en el alumnado tanto en el proceso de enseñanza-aprendizaje como en la buena convivencia que se disfrutaba.

Pero no solo existió una implicación en la renovación pedagógica, sino que este grupo de maestros vivía permanentemente en La Luisiana (en las casas de maestros) y desde el primer momento la implicación en la vida diaria del municipio fue llamativa.

Juan Jiménez y Rafael Aguilera participaron en la creación de la Peña Flamenca “La Posá”. Promovieron la instalación de los semáforos de la Avda. de Andalucía tras una reunión con colectivos de La Carlota que se encontraban en la misma situación.

Se incentivó el Carnaval, especialmente por parte de Don Avelino. Se ensayaba en las clases y las actuaciones tenían lugar en la Caseta Municipal y durante los pasacalles para que todo el pueblo pudiese participar.

Especial mención debe hacerse de la promoción de multitud de deportes: voleibol, atletismo, baloncesto, etc. Llegó a ser tanta la implicación, que con sus propios vehículos desplazaban a los deportistas los fines de semana para competir en otras localidades. La cantidad de trofeos que se acumulan en la Sala de Profesores del colegio dan buena cuenta de esta tarea dirigida por Rafael Aguilera, Juan Jiménez y Paco Torrado ayudados de otros compañeros.

Se potencia y facilita la creación del grupo de teatro “Jarapo”, grupo que en el escenario que había en el comedor nos entretuvo con sus obras y que seguro que tuvo mucho que ver con que alguno de sus miembros se dedicase al teatro de forma profesional.

Igualmente, apoyaban al grupo de sevillanas Besana, que ensayaba en las dependencias del Centro. El colegio estaba abierto casi todo el día dispuesto a ayudar en todo lo que se podía.

Pasado un tiempo, llega una segunda oleada de maestros: Juanjo, Cayetano, Pepi Escalera, Santi Conde, Pepi Freire, Antonio y Fernando Castilla, Pepi Yélamo y algunos más, un grupo de docentes que se adaptan perfectamente a la dinámica del centro y que aporta su grano de arena.

En esta época se crea el “Grupo Ecologista La Luisiana Antonio Machado” (GELAM), que reparte plantas para las familias y siembra en algunas zonas del pueblo. También se participa activamente en los Movimientos de Renovación Pedagógica, apostando por el progreso en todos los sentidos.

Con el paso de los años, una pareja de maestros de los primeros que llegaron: Manolo Amaya y Maribel Hidalgo se traslada a Sevilla. Al tiempo fallece Maribel, hecho que fue recibido con gran dolor en el pueblo por el afecto que se le tenía. Se celebraron actos de duelo multitudinarios y se rotuló la calle del colegio con su nombre.

Para ilustrar este apartado han participado con su testimonio Chari Alonso, Carmen Morales, Carmen Gómez y Montserrat Martín.





Fotos de Pepa Bermudo

## Testimonio de Chari Alonso

Yo te puedo decir que mi época del colegio fue la mejor etapa de mi vida. Yo también soy anterior a los 80 pero te puedo decir que al igual que tú vives en el pueblo, los maestros antes también lo hacían y eso hacía que nos conociéramos todos mejor.

Eran maestros y vecinos y por ello se involucraban muchísimo en todas nuestras fiestas y cultura, sobre todo en los carnavales. Que no digo que ahora no se involucren, pero te aseguro que era totalmente distinto porque al vivir aquí, los pasacalles y demás eran en horario extraescolar y podían verlo y disfrutarlo más gente y, como bien dice Carmen (Carmen Morales), los maestros visitaban a los padres para convencerlos de que dejaran estudiar a sus hijos.

En mi caso no hubo éxito. Por más que insistió D. Manuel Carmona Saborido, que fue mi último profe en octavo, pero nada. Mi padre era albañil y mi hermano Manolo (que al igual que yo éramos excelentes estudiantes, con muy buenas notas) nos quedamos ahí, en octavo, porque supuestamente él tenía que ser albañil como su padre y yo ama de casa. Los pensamientos de antes. Y al final ni mi hermano llegó a ser albañil ni yo ama de casa exclusivamente porque he trabajado en el campo más que pelos tengo en la cabeza.

En aquella época había mucho fracaso escolar. Los que emprendían sus estudios en Écija no iban bien. Se juntaba sus mentalidades con la frase “¿Pa qué quieres estudiar, pa pasear los libros?”.

Pero mi homenaje para los maestros de esa época que hicieron muchísimo por el futuro de este pueblo.

## Testimonio de Carmen Morales

Yo sí tuve mucha relación con todos los maestros, porque yo no fui al colegio, pero ya era madre de Antonio y de Sergio cuando llegaron ellos y mis niños estaban en el colegio. Luego llegó Pili también, pero yo estaba participando desde que entró Antonio. Estaba en el colegio, en la AMPA y en el consejo escolar.

Entonces sí te puedo decir que eran todos o casi todos, algunos tenían sus cosillas como es normal en las personas, pero eran maravillosos. Y lo que han dicho las niñas, que sí, se involucraban en todo. Fuimos los primeros que hicimos carnavales, que yo fui la primera vez que me vestí aquí en el pueblo de Carnaval.

Salí con ellos, con el colegio y con todos los maestros. Poco a poco se sumaron más madres y fueron aumentando los carnavales, se pusieron muchos más grandes. Y en esos entonces no había pistas, todo era tierra, y entonces entre los padres que podían ir y eso, fue cuando se sembraron árboles, cuando se hicieron las pistas, hacíamos una comida para luego comer todos. Yo tengo una foto donde ya aparecemos un buen grupo de maestros y padres. Está un poco borrosa porque en aquellos tiempos las máquinas no eran muy buenas.

Yo tuve a mi Pilar, a la que hicieron bullying, lo que se llama hoy bullying, fue un acoso muy grande. Yo me di cuenta, hablé con todos los maestros, Maribel, Manuel, Paco, María Ángeles, con todos los que había, Rafael... Todos los que había, eran muchos y muy buenos.

Y me observaban a Pili, me la levantaban y les estoy muy agradecida a todos. Yo me porté bien con el colegio y ellos conmigo. Hasta que no salió Rosa, que tú sabes que es la pequeña, pues no salí del colegio. Entonces después me fui al instituto y estuve en el AMPA del instituto hasta que salió Rosa.

Pero yo conozco a muchos, vamos, los conocía a todos y todos eran muy, muy, muy buenos. Y muy implicados con el colegio, con arreglarlo, mejorarlo... Se hizo la biblioteca, se hizo el salón grande, las pistas, el castillo, todo lo que hay más nuevo y después se ha reformado, por supuesto. Ahora quieren hacer el fuerte y reformarlo otra vez. A ver si se consigue, porque es un recuerdo muy bonito sobre todo de Manuel Amaya, que era el director entonces y fue en la época en la que lo hicieron.

En ese momento cerró una fábrica de muebles que había aquí. Manolo fue y pidió muebles. Se pidieron los muebles que no querían y se pusieron en la biblioteca y en la salita y todo eso.

Un año nos propusimos coger y comprar los libros y ahorrarnos un 25%. Ahorramos 500.000 pesetas en aquel entonces, que era mucho, entre El Campillo y La Luisiana, que también estaba allí en El Campillo Manuel Somoza, que colaboró con nosotros, y Santi, que era el alcalde entonces. Íbamos a Sevilla, nos traíamos los libros y todo eso era en beneficio para los padres, para los niños. Se les daba a los niños que los padres no les interesaba o no podían o no se preocupaban, de darles de comer, de darle los libros, de darle todas esas cosas... Nos ayudábamos.

Eso, mucho trabajo y mucha implicación, lo que hoy no está. Nos han cerrado las puertas, como aquel que dice, y el colegio está como si fuese una cárcel en vez de una cosa que es para todos. Es mi opinión ahora.

A mí me gusta, a mí me han dicho que yo llame y puedo entrar cuando quiera. He colaborado yo ya por mi cuenta en la biblioteca, cuando la hicieron en el cole, y he donado libros y cosas que le sirven a los niños. Pero que fue una época muy, muy bonita para mí por lo menos, que empecé a integrarme en todo y meterme en todo como he estado siempre. Y los maestros eran, ya te digo, Avelino, todos, maravillosos. Avelino sigue aquí muy cariñoso, muy amable y muy buen amigo.



Día del colegio. 1993. Familias, niños y maestros adecentaban el centro

## Testimonio de Carmen Gómez

Yo sí he tenido la suerte de conocer a esos maestros de los 80, que además de ser maestros, fuera de su trabajo teníamos una relación especial. Vamos, de ir a sus casas como si fueran amigos o vecinos de toda la vida

Nos hicieron abrir las mentes más allá del pueblo, lo importante de estudiar, amar la naturaleza plantando árboles en el colegio, a ser solidarios y lo más importante: a pensar por ti mismo.

Cuando yo estuve, fue el primer año que se hizo la excursión a Cazorla. Fuimos pocos porque era la primera vez que se iba una semana. Se hacía en tienda de campaña, mi maestra Maribel se llevó varias semanas a mi casa para convencer a mi madre que me dejara ir. El colegio tiene fotos de todo, antes no había móviles y cámaras pocas.



Foto de Paqui Hebles

## Testimonio de Montserrat Martín Torres

### AQUELLOS MARAVILLOS AÑOS DE LA EGB

Nacida en 1970, tanto mi familia paterna como materna son de La Luisiana, y como tal, curso estudios de Educación General Básica ( EGB ) en La Luisiana, desde 1976 a 1984, me coge de lleno el cambio del modelo educativo iniciado a finales de los años 70.

Durante el curso escolar 1976/77, cursé 1º en la clase B ( ya toda mi etapa de la EGB estaría asignada a la clase B). De primer curso lo único que recuerdo son a mis compañeros (a algunos , y al maestro Don Luis , del cual solo recuerdo el nombre ).

En 1977/78, lo que recuerdo de 2º curso es a la señorita Doña Joaquina, una maestra conservadora que impartía clases y corregía los comportamientos inadecuados y disruptivos de los alumnos pegándonos en la palma de la mano con el cepillo de madera de borrar la pizarra (hecho este común en los años 70 pero impensable en la actualidad).

Llegamos a 3º, 4º y 5º curso de EGB (de 1978 a 1981). Los cursos continuaban con un único maestro, la nuestra era la Señorita Justa Losada Valseca, una maestra de Écija, en estos años soltera, de índole conservadora, que a las niñas nos enseña a hacer labores de costura. Para ello, hacemos muñecas de trapos, mantelitos individuales y “ Tú y yo “, también nos enseña a hacer punto de cruz, bordar a mano, hacer punto con dos agujas... Para mí fueron unos cursos donde estuve muy feliz y donde aprendí el gusto por hacer labores de costura y punto.

Llegamos a la última etapa de EGB, los años 1981 a 1984. En los cursos de 6º, 7º y 8º curso . Existía en nuestro colegio un buen grupo de maestros venidos de Sevilla y de Córdoba que en aquellos años se asentaron en el municipio y vivían con su familia en las “casitas de los maestros“ que se situaban junto al colegio, entre los que se encontraban:

D. Manuel Amaya (Director del Colegio) y su esposa la señorita Maribel Hidalgo con sus hijos, D. Avelino con su esposa Gloria e hijas, D. Rafael y su esposa

la señorita Amelia y sus hijos, D. Rafael Simarro con su esposa y su pequeña hija Elena, D. Juan y su familia, D. Francisco Torrado, D. Herminio y la Señorita Mari Ángeles...

Estos maestros no solo impartían materia educativa, sino que abrieron la comunidad educativa al pueblo. Estos maestros y sus familias se integraron en la comunidad, en la vida del pueblo, participaron en la vida de las asociaciones, hicieron amistades y, de forma recíproca, el pueblo los acogió y ellos nos acogieron a nosotros.

Esta forma de ver la escuela abierta al pueblo también vino propiciada por los cambios que se están produciendo en la sociedad española en aquella época y a raíz de la entrada de la democracia en España.

A lo largo de los cursos 6º, 7º y 8º (de 1981-1984), tenemos un tutor de referencia, D. Rafael Simarro, maestro de Córdoba que vive en una de las casitas de los maestros. Como maestro de Inglés, nos imparte esta asignatura el maestro D. Francisco Torrado, más adelante Paco Torrado, que durante años estuvo ejerciendo también de Director del colegio.

En esta etapa dejamos de realizar actividades de labores de costura y comenzamos a participar en tareas deportivas (fútbol los niños principalmente y el juego del “matar” las niñas, y el baloncesto). La Señorita Amelia desarrolló a lo largo de su ejercicio profesional en La Luisiana una labor muy importante de fomentar el deporte en las alumnas de aquellos años.

Cómo no recordar a D. Avelino y D. Juan con ese gusto por la música y su énfasis en dar a conocer entre los alumnos la afición por los instrumentos musicales (la flauta principalmente) y por las canciones.

Fueron unos tres años muy enriquecedores, muy felices, que despertaron en mí el interés por seguir aprendiendo, por seguir estudiando... Para mí fueron parte muy importante en mi educación y siempre he sentido que podía contar con mis maestros de mi cole. Este grupo de maestros nos conocían muy bien y lo he podido constatar con el paso del tiempo.

Anécdotas:

1. Cursando en la Universidad de Sevilla los estudios de Trabajo Social, y en concreto haciendo las prácticas en Centro de Servicios Sociales de Nervión- San Pablo (año 1990), me pasan la llamada de teléfono de una persona llamada Maribel de Sevilla. Mi sorpresa, la Señorita Maribel Hidalgo, que se había enterado de que estaba haciendo las prácticas de trabajo social en este Centro y tuvo el detalle de llamar para contactar conmigo, para conocer cómo me iba y cómo estaba mi familia. Me ofreció su teléfono, me brindó su casa y me felicitó por haber elegido la profesión de trabajo social. Me dijo que ella antes de ser maestra estudió Asistente Social (que así se llamaba anteriormente), pero que nunca ejerció la profesión. Esto es una muestra de la unión de estos profesores con todos los alumnos de La Luisiana (la Señorita Maribel no me había dado clases, pero conocía a todos los alumnos de aquellos maravillosos años 80).

2. En el verano de 2022 estando mi hija mayor de enfermera en Centro Vithas en Nerja, acude a urgencias por una picadura una joven de nombre Elena, que charlando con mi hija le pregunta que de dónde es (por aquello del acento). Mi hija le dice que de un pueblo cerca de Écija - Sevilla - a lo que la chica le dice que ella también, que ella es de La Luisiana. Mi hija, sorprendida, le dice que no, que ella no es de La Luisiana, que mi hija sí es de La Luisiana y no la ha visto nunca.

La chica contesta que su padre ha sido maestro en La Luisiana durante muchos años y que ella nació allí, pero que siendo ella pequeña se fueron a Córdoba, de donde eran sus padres.

Se trata de Elena (hija de D. Rafael Simarro). La chica se siente de La Luisiana, toda una muestra de la implicación de estos maestros en la vida del pueblo.

Y más prueba de ello la tenemos en nuestro querido maestro D. Avelino y su esposa Gloria que han echado raíces en el pueblo.

## Interconectados con el pueblo

El cambio que experimentó tanto la educación como la sociedad en sí se hizo patente en La Luisiana, que disfrutó de una verdadera época muy potente en cuanto a actividades culturales, iniciativas vecinales y actuaciones cooperativas de personas que de manera altruista fomentaban propuestas para la juventud y el bienestar del pueblo. Contamos con los textos de Francisco Cadenas Ojeda y Baltasar Isla para recrear esta etapa que todavía hoy en día muchos añoran, pero que, recordemos, fue así gracias al interés y a la unión de personas que no disponían de los medios económicos ni técnicos de los que disponemos actualmente.



Foto de Pepa Bermudo

## Texto de Baltasar Isla: *Mi primera vez*

*Juventud, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro...  
y a veces lloro sin querer...*

Rubén Darío

¡Y vaya si se fue!

¡Pero qué divertida, emocionante, turbadora, apasionante y excitante fue!

Llena de locuras, anécdotas, amores, pasiones, sucesos... pero siempre, siempre, sorprendente.

Supongo que el cambio de casa propulsó el cambio de amistades y con él, el cambio de rutinas. Intento esforzarme por saber exactamente como ocurrió, pero me resulta imposible precisar.

Nuestra amistad surgió poco a poco, imagino.

Lo que sí puedo precisar, es que a partir de algún momento concreto, Caye, Bermu, Paco Reina, Antoñito, Lola, Chari, Gaspar y yo formamos un grupo de teatro: "El teatro del Jarapo". Nos gustaba como sonaba.

Los Jarapos... por como vestíamos. Seguramente tendría alguna connotación más... pero para mí era esa.

Una velada teatral en el comedor escolar (donde se hacía y veía todo el teatro que había) me despertó la curiosidad de interpretar, convertirme en personajes y vivir con ellos aventuras, desventuras, penas y glorias.

Era un grupo ecijano y actuaban, creo que, tres personas. Uno de ellos, Rafa Armenta, después sería mi profesor de cerámica en los cursos del INEM para desempleados.

Lo único que recuerdo es que hicieron una obra sin palabras sobre una estatua y la soledad. Me cautivó.

Salí de allí con la intención de hacer teatro. Y me lo repetía una y otra vez. Se lo comenté a mi hermano, a Antoñito... y a los demás.

Recuerdo que me pasaba las tardes en la sala de profesores del colegio buscando obras para representar.

Al principio no sabíamos bien para qué... pero, como no teníamos mucho que hacer en el pueblo, decidimos quedar por las noches para improvisar, escuchar música, hacer payasadas y “ver si montábamos algo de teatro”.

Hablamos con los profesores y nos dejaron una llave para que entráramos y saliéramos del colegio. Cada vez que lo pienso, no dejo de sorprenderme.

¡¿Cómo nos dejaron las llaves?!!

Bueno, hay que decir que nunca fuimos conflictivos, ni teníamos mala fama (por malos actos)... más bien al contrario. Y en el pueblo nos conocíamos (y sigue siendo así) todos y todas.

O sea, que si ocurría algo, algún desperfecto, altercado o similar... seríamos nosotros.

Nos dejaron las llaves de la sala de profesores, donde se podía fumar y se estaba más calentito, podíamos leer y escuchar música, y la del comedor escolar, donde ensayábamos en el escenario construido con mesas del comedor y unas maderas encima, dos telas a modo de telón y unos focos fabricados con latas de chopped pork y las bombillas pintadas de colores.

Y allí pasábamos las noches de invierno.

Íbamos llegando poco a poco a la sala de profesores, cada uno a la hora que podía o quería. Los demás esperábamos oyendo canciones, fumando y hablando de lo que podríamos hacer.

Un día, Antoñito apareció con un libro que contenía varias obras de teatro de Antonio Martínez Ballesteros que se titulaba *Farsas contemporáneas*.

En su interior, cuatro farsas:

.-contra el inconformismo “El hombre vegetal”,

.-contra el consumo “Los esclavos”,

.-contra la censura “La opinión”,

.-contra el clasismo “Los opositores”.

Cuando las leímos, no podíamos creerlo... ¡Era lo que estábamos buscando!

Unas obras atrevidas, directas, cargadas de crítica y con ese punto que marcaba la diferencia y que tanto buscábamos. Decidimos montar “El hombre vegetal”.

Repartimos los papeles y comenzamos los ensayos. Cada uno teníamos un personaje.

Bermu era el Hombre Vegetal. No luchaba, sólo vegetaba y dejaba que todo pasara a su alrededor, sin querer hacer ni cambiar nada. Se conformaba.

Me recuerda un poco a la situación que vivimos actualmente.

Los demás éramos Combatientes. El uno, el dos, el tres y el cuatro. La libertad era Chari, una bailarina que estaba presa y había que liberarla.

Durante los ensayos, salieron muchas propuestas de diferente índole. Algunas cómicas, otras más experimentales, muchas sin palabras... y así completamos, después de muchas noches y algunos ensayos, lo que decidimos llamar: “La Fábrica de sueños”

Nuestro primer montaje como amateurs, de casi una hora de duración, con diez propuestas teatrales.

Gaspar se encargaba de la música, Caye de las luces (jajajajaja... que calambrazo se pegó!!!!).

Y los demás actuábamos. Algunos más, otros menos.

Con más coraje que cabeza, decidimos realizar una velada de teatro en el comedor escolar. Contábamos por aquel entonces con el apoyo de los profesores y con la concejal de cultura de ayuntamiento, Pili.

Así que publicitamos el acto con los medios que ponían a nuestro alcance, fotocopias, carteles y el coche anunciador.

Se llenó. No cabía nadie más. Tuvieron que abrir las ventanas para que la gente pudiera vernos actuar.

Alguien hizo una pequeña introducción-presentación y alabó nuestra iniciativa.

—Y zin maz, demo pazo a “El teatro del Jarapo”.

Y comenzamos.

A Lola le tocó presentar el acto con una especie de presentación ensayada, que hablaba de los actores y su oficio. ¡Que nerviosa estaba!

La recuerdo perfectamente, mirándola entre bambalinas, con la voz entrecortada, sin parar de mover los pies, con un continuo bamboleo producido por los nervios, y las manos descontroladas, que movían sin parar las tirantas del sujetador.

Y a partir de aquí, se fueron sucediendo sketch, comedias y obras hasta completar el programa preparado.

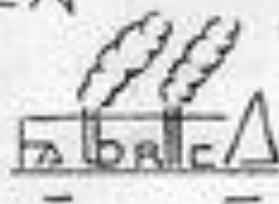
Yo personalmente lo viví como una especie de nebulosa, como una burbuja llena de magia, ilusión, nervios y ensoñación.

No tengo recuerdos de lo que pasó después. Imagino que lo celebraríamos.

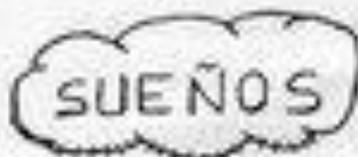
Lo que sí recuerdo es la sensación de felicidad, alegría y euforia que me invadió esta primera vez y que vuelvo a sentir cada vez que piso un escenario.

LA

EL TEATRO O  
JARDIN POL



DE



UNA NUEVA  
DIMENSION  
DE LAS  
FORMAS ESCENICAS

OBRAS A PRESENTAR

1ª) " EL HOMBRE VEGETAL ".  
( UNA FARSA CONTRA EL CONFORMISMO ).

TEATRO CONCRETO

( NO DADO. ABIERTO A CUALQUIER INTERPRETACION )

1ª) " ESATURAS INEX ".  
 2ª) " LOS TOPOS ".  
 3ª) " MOVIMIENTOS OCULTOS ".  
 4ª) " LOS PREHISTORICOS ".  
 5ª) " EL CUENTO ".  
 6ª) " LO QUE CHARY SE LLEVO ".  
 7ª) " EL LOCO ".  
 8ª) " GALERIA DE ARTE ".  
 9ª) " NACIMIENTO ".  
 10ª) " EL RODAJE ".

EL GRUPO DE TEATRO " JARAPO " ESTA FORMADO OCHO MIEMBROS:

CAYE  
 BEREN  
 CHARY  
 TARIN  
 TONITO  
 RESINA  
 LOLA  
 GASPAR

---

.....



## Texto de Francisco Cadenas Ojeda: Radio Zéjel y Televisión Municipal

En este artículo me apetece hablar de una radio de teníamos en La Luisiana hace muchos años. Fue en los 80, y por lo tanto, los más jóvenes, posiblemente no hayan ni oído hablar de ella. Yo particularmente, había escuchado que existió, pero no la escuché nunca. Ahora que he comenzado a investigar sobre ella, me he quedado asombrado por cómo era. Este proyecto no se debería haber perdido nunca.

También tuvimos una televisión municipal. De esta, la mayoría, posiblemente sí se acuerde. Era llevada por nuestro recordado Pepín Márquez, y en ella, aparte de todas las celebraciones que había en La Luisiana, las cuales eran grabadas por el propio Pepín, también podíamos ver los plenos municipales y por la noche solía poner alguna que otra película de adultos.

Volviendo a la radio, que es de la que quiero hablar hoy, se llamaba *Radio Zéjel*, cuyo nombre provenía de un género poético que surgió en Al-Ándalus, de nuestros antepasados andaluces, los llamados andalusíes. Su lengua se llamaba aljamía y de ella proviene el andaluz. La aljamía tiene influencias cristiana, árabe y judía.

La emisora comenzó a emitir desde la casa de la cultura y posteriormente pasaron a la parte de arriba de la antigua guardería, donde insonorizaron completamente el estudio. Hoy en día todavía se conserva el estudio de radio.

Algunos de los que estuvieron en la radio fueron: José Antonio Martín (Candileto), Baltasar Isla (Presentaba 1º el programa musical *Trazos* y después *La Buhardilla*, en la noche de los sábados), José Martos (Presentador de programa de música durante las tardes), Luisa Reina (Presentadora de programa musical), Antonio Gordillo Franco (Presentaba un programa musical), María Luisa Barrios (programa de horóscopos), Manolo Alonso Domínguez (Presentador del programa *Perfiles* sobre música, y después presentó una especie de radio Fórmula, al estilo de los 40 Principales. Fue a finales de los 80, antes de cierre) o Rafael Romero (Conejero) en sonido, también había un grupo de 4 niñas: María Elena Fernández

Utrilla, Montserrat Martín Torres, Isabel Ríos y Mari Ángeles Caro González, que entrevistaban en el exterior y comentaban en la radio.

Sobre estas niñas que he comentado anteriormente, hay 2 anécdotas, la 1ª que es dos de ellas comenzaron a discutir sin darse cuenta de que el micro estaba abierto y la discusión salió en antena, y la 2ª es que durante una entrevista en la caseta de feria del Parque Félix Rodríguez de la Fuente, comenzaron a entrevistar a los asistentes sobre la actuación de payasos que habían visto, sin darse cuenta que uno de esos entrevistados era el mismo payaso, que naturalmente la actuación le pareció fantástica.

La radio era muy completa, ya que aparte de cualquier tipo de música, había entrevistas, como a distintos políticos locales en época de elecciones, a los artistas que venían a la feria, etc., rifas, y una de las actividades que realizaban, y que más me ha llamado la atención, era un concurso para las personas del pueblo que quisieran participar. En este, escondían un objeto en algún lugar del municipio y desde la radio daban pistas. Los niños o no tan niños iban recorriendo todo el pueblo siguiendo las pistas para así localizar el objeto y llevarse un premio. Este concurso era presentado por Mari Ángeles Caro González. Como anécdota de este programa, os contaré que una vez escondieron uno de estos objetos, que podían cambiar por regalos, junto a la avenida del Trabajo, debajo de unos montones de hojas caídas, con la mala suerte que habían barrido todas las hojas, y los niños para encontrarlo desparramaron todas las bolsas de hojas que habían recogido para dar con él.

Otro programa era de miedo que se llamaba *No estamos solos*. En este se contaban historias de terror y a la gente le encantaba. Lo dirigía Alfonso Sánchez Lasarte y también colaboraba Toño Barrios.

También solían conectar todos los mediodías con Radio Nacional de España para emitir las noticias nacionales y el tiempo. Casi toda La Luisiana escuchaba su emisora en aquellos años.

Muchas empresas del municipio patrocinaban la radio con sus cuñas publicitarias, por lo que la radio, con ese dinero que obtenían, podían comprar los últimos discos que salían al mercado e incluso las propias discográficas enviaban

discos con algunas canciones nuevas para que fueran escuchadas antes de que salieran a la venta y así promocionar estos discos.

Otra anécdota que me han contado es que varias veces se presentaba en el estudio de radio la Guardia Civil para cerrarla, ya que el dial por el que emitían pertenecía a otra emisora y, aunque esta no emitía, no dejaban que nadie usara su dial. En ese momento, cerraban, pero al día siguiente volvían a abrir y emitir, hasta que volvía nuevamente la Guardia Civil. Emitía en el 106.6.

Desgraciadamente, este interesante proyecto, como dije anteriormente, se perdió, lo mismo que ha ocurrido con otros muchos que eran muy interesantes, y dejamos de tener radio en La Luisiana. Como dije, ojalá algún día se pueda recuperar y tengamos una emisora local.



Alumnado del IES Pablo de Olavide realizando un taller de radio.

Foto extraída de las redes sociales del centro

# El claustro del Colegio Antonio Machado de La Luisiana en los 80

## Testimonio del Maestro Arjona (José Antonio Arjona Tamarit)

Quisiera destacar una forma de organizar el colegio que tenía el equipo directivo, creo recordar que en la época de los 90, no lo recuerdo bien, y la forma de trabajar que tenían ellos (Los Maestros). En primer lugar, como hoy en día hay un Director, un Jefe de Estudios, que es en mi caso, un Secretario... y también había un grupo de maestros que eran todos amigos, muy amigos: Paco, Juan, Amelia, Rafa Aguilera, Antonio, que llegó después...

Este grupo de maestros llevó a cabo en el cole una dirección colegiada. ¿Qué es eso de una dirección colegiada? Bien, si bien oficialmente uno era el Director de cara a Delegación de Educación, otro el Jefe de Estudios y otro el Secretario, ellos hacían la función de Director, la función del Jefe de Estudios, la función del Secretario todos de manera conjunta, de manera colegiada. Si bien el Director era Rafa, la función de dirección la podía llevar cualquier otro que no fuera Rafa, fuera Amelia, fuera Juan, fuera Antonio o fuera Paco.

Esos dineros que venían como complemento al Director, al Jefe de Estudios o al Secretario, los guardaban ellos en una hucha y luego, al finalizar el curso escolar, se pegaban todos juntos un buen viajecito. Eso es de reconocer, de admirar y de resaltar.

No he conocido en 25 años que llevo ya en la enseñanza ningún centro, ni en el 2000 ni en el 2010 ni en el 2020, que haya hecho algo parecido. Y os digo que lo hizo este grupo de maestros antes de finalizar el siglo pasado fue único.

Otra de las experiencias que querría resaltar y que algunos de los que me están leyendo pues se van a ver reflejados en ella, porque también formaron parte en algún momento, es de una manera de organizar parte del centro en cuanto al alumnado, que hoy día pues después de 25 años la enseñanza no he vuelto a ver.

Cuando yo era niño y terminé quinto y pasé a sexto de primaria, me nombraron, don Herminio, me nombró encargado del material. Había, donde hoy día está el aula de AL, de Audición y Lenguaje, había allí pues alicates, llaves inglesas, destornilladores, segueta, material, material para construir o material para arreglar cualquier desperfecto que hubiese en el colegio. Si bien después de pasados unos años, pues vino Pepe Millonario, vino Flores, no teníamos un conserje como hoy día podemos tener que nos arregla un poco todos los desperfectos que se van dando en el centro, en el aula o en cualquier puerta, en cualquier sitio.

Bien, pues los niños venían a mi clase, a mi clase de sexto, de séptimo, de octavo y me pedían una bola del mundo. Yo salía, le daba la bola del mundo, le apuntaba quién se la llevaba y a qué curso se la llevaba. O bien yo, o bien el chico Francisco Bermudo, o bien mi amigo Rafa Heble, que éramos los tres encargados del material en aquella época de sexto, séptimo y octavo.

Muchos de los que me están leyendo también formaron parte antes o después de mí y seguramente también recordarán aquello como algo diferente a lo que hoy se da. Fue una cosa que a mí me gustó, me daba una responsabilidad, salía de la clase y le daba lo que me pedían, la segueta, el martillo, lo que le hiciera falta al maestro, me volvía a meter en mi curso de sexto, séptimo, octavo... y me enganchaba de nuevo a la clase y a seguir. Aquello de encargado del material fue una cosa que me marcó y por eso me gustaría destacarlo hoy aquí.

Quisiera destacar también de este grupo de maestros de los 80 otra de las experiencias que a mí me cautivó, me llamó mucho la atención. Ya habiendo terminado bachillerato e incluso Magisterio, a primeros de los 90 o mediados de los 90, estos maestros pasaban horas y horas y horas en el colegio. Ellos llegaban tempranito a su hora, a las nueve, terminaban su horario escolar, después de su horario escolar se iban a entrenar con sus niños a hacer su baloncesto, su voleibol, su atletismo... pero luego seguían, seguían.

Rafa pasaba horas y horas y le daban las nueve o las diez de la noche en el colegio hasta la hora de cenar. ¿Qué hacían allí? Innovar, innovar. Fueron maestros que hicieron intercambios escolares con otros centros educativos de Europa, no solamente España, de Europa para intercambiar experiencias.

Les estoy hablando de los años 90, de los años principios de los 90 a mediados de los 90, finales de los 90 ya también. Desde el año 2000 para acá y desde que yo estoy en el centro, eso hoy día no se ha vivido en el Antonio Machado. Esta gente, estos maestros, fueron los maestros pioneros innovadores, algo fuera de lo normal.

Esas horas de dedicación con esos disqueteras, con esos discos, con esos ordenadores Spectrum, esos ordenadores grandes que hoy día no tenemos y esa manera de innovar es de resaltar y es de reconocer. Muchos de nosotros, la primera vez que tocamos un ordenador, los botones de un ordenador, fue gracias a que ellos tenían la sala de informática a la que íbamos un determinado tiempo al día o a la semana, con nuestro curso, para trabajar informática en aquella época. Fueron unos pioneros de la informática, de las nuevas tecnologías y de la innovación.

Llevaron todas estas ideas y estas formas de trabajar al extranjero, no recuerdo bien si a Italia o a Malta, y también recibieron visitas de maestros de otros centros educativos de Europa en los años 90. Casi nada. Otra de las experiencias que me gustaría recordar de este grupo de maestros y que guardo con mucha nostalgia, son las fiestas que se realizaban al final de cada trimestre, antes de Navidad, o al finalizar de cada curso escolar en el mes de junio, para recaudar fondos, sobre todo la de Navidad, para ir a la excursión de Cazorla, con la realización de teatros, bailes, escenografías, monólogos.

Muchos de los niños de aquella época, que hoy tenemos 40 o 50 años, los recordamos con mucha nostalgia, con mucha alegría. Esa Amelia, ese tesón, esas ganas que ponía para animarnos a la hora de bailar o de ensayar, era extraordinario. Esos teatros y esos bailes hoy se siguen realizando, pero no igual ni de la misma manera con nuestros alumnados.

Hoy día existen muchos gurús en educación que vienen a hablarnos aquí de cosas que parecen que acaban de inventar, cosas que yo de niño pude ver y probar con este grupo de maestros. Ahora se habla de aprendizaje servicio a nivel escolar. Vamos a enseñar a los niños para que salgan a la calle y lo que han aprendido dentro se lo enseñen y se lo den a los de fuera.

Eso, ya se llame como se llame, ya existía en los 80 con este grupo de maestros. Ellos tenían una costumbre que yo como docente, como maestro, después

de 13 años en el Antonio Machado, estoy intentando llevar a cabo, pero claro, los tiempos no son los mismos y es difícil incluso de igualar. Ellos eran unos amantes de la naturaleza y raro era el mes que Avelino en tercero, cuarto, quinto o Herminio en sexto, séptimo y octavo como tutores nos sacaban del cole para hacer una excursión y hacer algún bien a nuestro alrededor: una limpieza de cauces, una limpieza de caminos, una siembra de árboles para dar sombra a zonas donde no las hubiera... En fin, aquello sí que era aprendizaje servicio, aquello sí que era colaborar con el pueblo, la localidad y el municipio.

Hoy día pues intento ya como docente salir con mis niños, lo he hecho alguna que otra vez, a limpiar algún que otro camino y he tenido alguna que otra reprimenda por parte de algún padre diciéndome que su niño no es basurero, o que su hija no recoge mierda de nadie, que para eso están la gente del Ayuntamiento.

Los tiempos han cambiado, no se toma todo de la misma manera y resulta más complicado. Aun así, hoy día como maestro de Educación Física intento hacer una salida trimestral con mi alumnado, con todo el alumnado de primaria, para que a través del senderismo conozca los alrededores del pueblo e incluso alguna que otra vez hacer algún bien en pro de la naturaleza. Una de las actividades que quisiera resaltar, que mucha gente hará y yo creo que será una de las más importantes de las que todo el mundo hablará aquí, es del viaje a Cazorla. Pero como ya seguro que hablan de ella y del significado que tuvo para nosotros, aquí lo dejamos con toda mi admiración para estos Maestros que tanto se esforzaron para instalar en nosotros el progreso.



En La Madre sembrando árboles. Febrero de 1998



Deportes. Mayo 1993



Fotos de Paqui Hebles



María Luisa Barrios muy feliz en Cazorla

## Entrevista a la Maestra Pepi Freire

Realizada por Almudena Ocaña

**Hola, buenas tardes, Pepi, vamos a empezar a entrevistarte.**

Hola, buenas tardes, me llamo Pepi Freire Rodríguez, nací el 13 de mayo de 1952, he cumplido en mayo 73 años, llevo 13 años jubilada.

**Muy bien, ¿y tú eres de aquí de la Luisiana?**

Sí, en la Luisiana nací, ¿tú conoces dónde está la Guardia Civil? Sí. El cuartel, pues en ese balcón nací yo, esa casa era de mi padre y se la vendió al banco, que pusieron primero un banco y luego la compró el Ayuntamiento por tres millones de pesetas, fíjate. Y ahí hemos nacido mi hermano Ramón, el mayor, yo que soy la

segunda y mi hermano Ignacio. Ya mi hermana en la época moderna nació en el hospital.

**¿Cómo se llamaban tus padres?**

Mi padre era Ramón Freire González. Mi madre, Margarita Rodríguez González, muy guapa, muy guapa mi madre, ahora te la voy a enseñar.

**¿Con cuántos años empezaste tú a trabajar de maestra?**

Con 23.

**¿Y aquí en la Luisiana empezaste?**

En la Luisiana, sí. Pero como era la más joven, todos eran más mayores, me mandaban a preescolar. Yo no había hecho preescolar, yo había hecho sociales, pero me ponían en preescolar y la primera vez me pusieron ahí para sustituir a una maestra y estuve en preescolar todo el curso, porque ya no se incorporó, porque se puso mal y ya no se incorporó, y ya empecé.

**¿Qué fecha era esa más o menos?**

Te lo digo exacto: el 27 de septiembre de 1975. Cuando murió Franco ya estaba yo trabajando. Yo empecé a trabajar el 27 de septiembre y por tres días que trabajé en septiembre me pagaron el mes entero, que para mí eso era... ¡Oh, qué alegría! Y ya estuve todos los años aquí en la Luisiana.

**¿Con qué maestros coincidiste tú aquí en la Luisiana?**

Con Manuel Hidalgo, con Manuel Amaya, con Avelino después más tarde, Amelia, Rafa Aguilera, Juan, Mari Carmen... Cayetano vino luego, aprobó las oposiciones dos años más tarde que yo y vino más tarde, Cayetano Selfa. Yo he estado siempre aquí en la Luisiana menos esos años que te dije, uno en Cañada y dos en Campillo.

**Pepi, ¿y qué recuerdas tú del ambiente de los maestros?**

¡Oh, aquí teníamos un ambiente...! Nos llevábamos estupendamente. Fíjate si nos llevábamos bien, que una vez al año hacíamos una excursión con los niños nuestros y nos íbamos todos los maestros con sus maridos, sus mujeres y sus niños,

y nos íbamos por ahí en el puente de Andalucía. Nos íbamos a Castilla-La Mancha, a Galicia... Siempre estupendamente. Muy bien. Se puede decir que éramos como una familia. Una familia, sí.

Además, también había una cosa en el colegio que lo quitaron, que era el domingo, el día del colegio. Entonces los padres, las madres, los niños, todos, y los que quisieran, limpiábamos el colegio. Un sábado o un domingo, casi siempre era un domingo.

Pintábamos los hierros, las madres, los profesores y los niños. Y después, al final, la cocinera hacía un guiso de arroz y todos comíamos ahí en medio del patio. Eso lo hicimos muchísimos años, pero ya después lo quitaron.

Ya empezaron a venir más gente distinta, yo ya me jubilé y ya no... Y con lo de la pandemia, que ya dejé de entrar. Porque antes de la pandemia yo entraba todos los días a llevar a mis nietos, pero ya después nos dijeron que no entráramos y ya perdí el contacto. Yo entonces ya conocía a Mari, Maricarmen y Miguel, que también estuvieron conmigo, el que fue director. Yo he estado muchos años ahí, ya no me acuerdo de todos de pasar tanta gente a mi lado.

**¿Y qué momentos bonitos o qué actuaciones importantes recuerdas de lo que se hacía en el colegio?**

Mira, estaba muy bonito cuando se hacían las convivencias entre los colegios de Cañada, Campillo y La Luisiana. Cada año lo hacía uno, un año lo hacíamos nosotros en La Luisiana y venían los dos colegios. Se hacían competiciones deportivas, se hacían talleres, se hacían un montón de cosas. Y luego también un arroz y comíamos todos, una convivencia.

Otro año en Campillo y otro año en Cañada. Yo ya no sé si eso se sigue haciendo o no. Las fiestas de fin de curso, las fiestas de Navidad, también se hacían teatros y se hacían cosas, eso siguen haciéndolo. Eran actividades que servían para unir a la gente, para crear comunidad.

Amelia, la maestra, que era más apañada... Vamos, y es, vive ahora en Sevilla. Ella daba clases de Educación Física a todas las mujeres por las tardes, gratis, en el gimnasio. Yo iba también al gimnasio y dábamos clases de gimnasia todos los días.

Muy bien, yo tenía un ambiente buenísimo. Yo iba al colegio contenta. Yo iba a gusto al colegio, porque me gustaba y tenía los niños... Me han gustado siempre los niños y yo estaba muy a gusto, muy a gusto. Pero claro, llegó la época de la jubilación y como todo el mundo... Y ya, a disfrutar de la vida.

**Claro. Y, cuéntame, Pepi, el tema de organización del colegio, ¿cómo os organizabais los maestros para hacer tantas cosas?**

Por ejemplo, los maestros teníamos una zona de recreo, en cada zona, la parte delantera del colegio, estábamos tres maestras, otros estaban en el parque, en el fuerte, otros estaban en la pista roja, otros estaban allí en los párvulos. Los niños siempre estaban vigilados. Nos organizábamos entre nosotros para cubrirlo todo y todos respondíamos.

**Pero yo me refiero... ¿cómo lo hacíais para planificar las actividades?**

Nosotros nos organizábamos en los claustros. Yo recuerdo que antes yo salía el lunes, que teníamos la jornada intensiva. Teníamos clases dos horas por la tarde. Yo llegaba, salía de mi casa a las nueve menos diez o menos cuarto y cuando volvía eran las nueve de la noche. Porque como yo era de La Luisiana, siempre estaba en el colegio, en el Consejo Escolar, en todo... Y llegaba a mi casa ya bien hartita.

**Aparte de los lunes, ¿os quedabais más tardes en el colegio?**

Los lunes y los jueves. Sí, luego lo cambiamos al martes: lunes y martes. Nos quedábamos para organizar, pero también había actividades para los niños, que lo daban los chavales jóvenes y todo eso, daban clases de Matemática, de lo que fuera. Así como extraescolares. Y nosotros estábamos allí en el claustro, reunidos haciendo las programaciones y las cosas.

**Cuéntame algún momento importante del colegio de aquella época, algo que tú tengas en la memoria.**

Es que como tengo tantos, yo ahora mismo no sé decirte uno. A ver, a ver, a ver. Yo los mejores recuerdos los tengo con los compañeros. Yo ahora mismo... Vamos, es que me pongo a llorar. Y cuando se jubilaban los compañeros o algunos que también se fueron... Estuvimos muy bien muy bien. Nosotros estuvimos muy a gusto.

### **¿Tú has participado también en los viajes a Cazorla?**

Sí, yo estuve de primero a sexto, porque antes la primera etapa era de primero a quinto. Y después era sexto, séptimo y octavo en el colegio. Luego ya hace sexto, séptimo y octavo hicieron el instituto y ya éramos nosotros de primero a sexto. Sí. Yo estuve de primero a sexto y en ese año, en sexto, pues fui a Cazorla, claro. Claro. Con los niños, una excursión buenísima. Mi marido, como había estado también muchos años allí con esos niños, vino conmigo y con los chiquillos.

### **¿Cómo se llamaba tu marido?**

Santiago Conde Gálvez. Fue maestro y luego fue alcalde aquí en La Luisiana doce años. Y luego se fue siete u ocho años a la Diputación de Sevilla, en el área de deporte. Y luego ya se jubiló aquí.

### **¿Y en el tema deportivo también había actividades?**

Sí. Aquí las olimpiadas de Navidad, que se hacían antes de las Navidades.

Y a final de curso también hacían unas olimpiadas los maestros de deporte. Competían los chiquillos, venían de Cañada, de Campillo, y se hacían las competiciones todos juntos. Yo no sé si ahora sí lo hacen. El día de Andalucía se ponían los pepitos con aceite y las madres llevaban todas una comida, un postre... algo para compartir.

Y también hacíamos una convivencia antes de las vacaciones, el mismo día, un poco antes de las vacaciones. Y allí llevaban bizcochos, comida, tortillas, salmorejos... Yo qué sé lo que se llevaba allí. Y nos lo comíamos las madres con los niños y los maestros.

Que yo tuve cuarenta y nueve niños de cuatro y cinco años. Yo solita. En Campillo. ¡Cuarenta y nueve! Y no había ni fotocopiadora, no había de nada. Yo con la imprentilla Freinet me hacía una o dos fichas, más no podía hacer porque iba a reventar. Y ahora llegaba el niño con cuatro años y en un momento rompía la ficha y ya no tenía nada para trabajar. Digo. Hay que ver...

Y ahora lo tienen todo. Nosotros instauramos lo de las cooperativas, porque había muchas diferencias económicas entre las familias. Algunos con muchísimas cosas. Muchos bolígrafos, muchas cosas bonitas. Y otros, angelitos, no podían tener

nada. Entonces dijimos, pues venga. Dos euros o tres euros. Dos euros. Bueno, eran pesetas en aquella época, claro. Dos duros o tres duros, lo que fuera.

Y el material, íbamos a comprarlo nosotros los maestros. Yo iba a almacenes. Comprábamos las cosas y se las dábamos después a los niños. Todos iguales. Si un niño rompía un lápiz, le decíamos: “Te quedas con el lápiz roto. Cuando todo el mundo lo tenga gastado, entonces te lo damos a ti. Tú no vas a tener 300 lápices y el otro nada más que uno porque es más cuidadoso que tú”.

Nosotros hemos estado siempre así con los niños. Vamos, ahorrando y viviendo para el colegio. Ahora no. Yo veo que ahora los maestros van al trabajo y rápido a su casa. Nosotros no teníamos hora de venir.

En verano, mi marido, Paco Torrado y Cayetano iban al colegio a regar las flores, los árboles. Todos los árboles que hay en el colegio lo plantaron ellos. Mi marido, Paco Torrado, Rafael Aguilera... todos. Y durante los veranos, cuando se iban los otros, los que se quedaban aquí, Cayetano, él, y Paco que algunas veces venía y se quedaba, regaban los árboles. Fíjate.

**¿Por qué aquí en la Luisiana tanta gente sigue hablando de Los Maestros con la de años que hace que ya estáis todos jubilados? ¿Por qué crees tú que la gente sigue teniendo tan buen recuerdo?**

Porque estábamos en relación constante con el pueblo. Es que ocho vivían en las casas de maestros. Y esos se juntaban con el pueblo, con la peña flamenca, con todos. Luego estaba mi marido y nosotros dos. Estaba Cayetano, que también vive aquí. Estaba Mari, estaba Miguel, y estaban muy implicados en la escuela y con las madres y con los niños y con todo. Claro. Que eran maestros, pero estaban relacionados con todo lo de La Luisiana. No que ahora la mayoría vienen, se van en el coche y se van. No que sean ni más ni menos. Pero que se tienen que ir porque no viven aquí.

Luego también hacíamos muchas comidas nosotros los maestros. Nosotros muchos sábados íbamos al colegio y hacíamos allí sardinas y cosas. Y nos lo comíamos allí en el salón, en la dirección, en la cocina... Nos juntábamos porque nos gustaba juntarnos y nos llevábamos a los niños nuestros. Y jugábamos allí en el colegio. Los niños jugaban en el colegio, en el fuerte. Y nosotros estábamos allí

charlando y friendo sardinas y cantando, porque Juan tocaba muy bien la guitarra y Avelino tocaba. Y cantaban sevillanas, bailábamos y allí estábamos el sábado. Muy bien.

**¿Y algo más que tú recuerdes así de esa época, de los años 80, de las actividades que se hacían? Porque allí se hacía teatro también, ¿no?**

Sí, Amelia era la que hacía el teatro. Amelia era... Los bailes, los teatros. Eso lo hacía ella todos los años. Y había muchos... Teníamos talleres, yo no sé si ahora los hay, que nosotros teníamos las clases, había dos tardes, de 3 a 4 y media, al principio el horario. Era de 9 a 1 y media. Y después, de 3 a 4 y media clases, el lunes y el martes.

Pues entonces, el lunes y el martes, en vez de dar clases normales, todos los grupos, de todos los cursos, se hacía esto: uno se apuntaba a manualidades, que las daba yo, otro a costura, otro a periódicos, otro a deportes, y esas dos tardes eran de talleres.

**¿Y eso era lo hacíais gratis?**

Es que era en horario escolar, cuando se iba al colegio con la jornada partida. Yo tenía niños hasta de quinto, de sexto, de séptimo, de todos, mezclados. Los niños se podían mezclar entre ellos. Hacíamos talleres optativos. Cada niño cogía el taller que quería. Y cada maestro daba su taller. Los lunes y los martes, pero dentro del horario escolar.

**¿Y eso entonces no se evaluaba?**

Sí, nosotros poníamos talleres y poníamos la nota. Claro, según lo que trabajara, aunque fuera el niño del curso que fuera.

Luego también cuando en el recreo (eso lo inventé yo) las madres decían que para los niños era muy tarde las doce para el desayuno y salían después y no tenían ganas de comer. Y entonces digo yo un día: "Oye, ¿por qué no ponemos de once menos cinco a once y cinco? Que se coman el bocadillo en la clase con nosotros, estamos pendientes, echan las cosas en la papelera, todo eso, y ya no se ensucia el patio, porque estaba el patio asqueroso". Pues mira, estuvo bien.

Y estuvieron muchísimos años. Yo no sé si eso lo habrán quitado, pero... No perdían nada, porque después salíamos a las doce y diez al recreo, pero como ya habían comido, pues lo que tenían eran veinte minutos para jugar a correr y tal. La comida ya se la habían comido en la clase. Y tú estabas pendiente: "Tú, cómete eso, lo otro, venga, échalo en la papelera, lo otro". No que de la otra forma, había comida que aparecía en la papelera, que la habían tirado los niños sin comer y ya no sabías tú quién había desayunado y quién no. Así nos asegurábamos de que todos comían.

### **Y algo sobre el tema de la naturaleza, de la ecología...**

Pusieron un huerto. El huerto. El huerto estaba allí delante. Cada maestro tenía un día señalado, íbamos a cavar y sembrábamos patatas. Y después, cuando salía la cosecha, nos la comíamos en la cocina. Hacían una tortilla de patatas y nos la comíamos en las clases.

**Pepi, y ya para ir terminando, no sé... ¿Me quieres contar algo más que tú recuerdes? Algo que me quieras contar para finalizar...**

¡Que yo volvía otra vez!

**¡Ay! Que te lo pasaste bien, ¿no?**

Yo sí, además que lo digo, yo volvía otra vez a empezar a trabajar, pero con mi marido delante. Claro.

**Fue una época bonita entonces, ¿no?**

Muy bonita, sí, muy bonita, preciosa. Y mis hijos, yo tengo tres, el niño mayor... Mi niño, ¿sabes? Ha cumplido 48 años y mis niñas... La madre de Isa tiene ya 45. También estuvieron ellos en el colegio.

**¿Qué consejo le darías tú a los maestros que estamos ahora para crear un ambiente así como lo que vosotros tuvisteis aquí en esa época?**

Es que ahora es muy difícil ya de crear ese ambiente porque es que a las 3 o a las 2 están deseando, y es que es lógico, de irse para su casa, para Córdoba, para Sevilla, para donde sea. Claro. Antes es que no había esta velocidad, este ritmo de vida y esta cosa. Y luego, nosotros muchas tardes nos íbamos allí. Claro. Por gusto. Es que eso es muy difícil de hacerlo hoy en día. Imposible, vamos.

Porque además es que un colegio tú no lo puedes tener abierto tanto tiempo y con tantos niños allí. Había un guarda que nos ayudaba a controlarlos, ahora no hay guarda. La mujer de Cayetano fue mucho tiempo guarda desde las nueve que entraba y, cuando se acababa la clase, estaba ya ella allí con su uniforme y todo y ya estaba dando vueltas por allí y estaba hasta las 6, las 7, las 8. Claro. Es que eso también ayuda tener una persona allí de vigilante, digamos.

**Claro, eso ya no hay. Bueno, Pepi ¿cómo cerramos la entrevista?**

¿Qué digo? Que la educación es la base de tus hijos. Eso de que los niños hagan lo que les dé la gana... Eso no puede ser. La educación es cosa de todos. Yo veo, por ejemplo, un papel al suelo que lo ha tirado un niño y su padre o su madre no le dicen nada y me pongo descompuesta. Muchas veces me decían: “Mami, cállate que tú ya no eres nada, déjalo!”. Digo.

Pero sí, yo me quedaba pensando “pero ¿cómo puede ese niño tirar eso al suelo y que nadie le diga nada?”. Antes había más valores, digo yo. Yo por lo menos creo que antes había más valores.

Eso de que te hablen los niños con esas malas formas... No tienen respeto al maestro ni a la maestra, antes no. Y yo con mis niños, yo no he sido nunca impositora en la escuela. Yo a todos los quería y a todos les hablaba, bien, pero estaba todo el día diciendo: “No hagáis nunca lo que no queráis que os hagan”.

La educación es cosa de todo el mundo. No que con uno hago unas cosas y con la otra no lo puedo hacer. Tendría que ser como hacíamos nosotros, por ejemplo, todo el mundo si ve que el niño está tirando un papel donde no es, pues el que sea le dice: “Ese papel a la papelera”. Todo el mundo. Todo el mundo, pero no... Es más difícil. ¿Tú estás en el instituto?.

**En el instituto, sí.**

En el instituto es peor.

**En el instituto los chavales son ya mayores. Tienen una edad muy complicada, pero bueno... Hay que seguir intentándolo. A mí me gustaría aprender y trabajar como lo hacíais vosotros: que el ambiente fuera bueno y respetuoso a la vez. Que haya convivencia sana entre todos, pero sin perder la**

**autoridad ni el respeto. Conseguir un equilibrio para que todos estemos bien y ellos aprendan. En fin... Pepi, muchas gracias.**

De nada, hija, me alegro de haberte conocido.

**Igualmente. Me ha encantado hablar contigo.**



Pepi Freire en una excursión con Los Maestros al Monasterio de Yuste



Maribel Hidalgo, Santiago Conde, Manuel Amaya y Pepi Freire



Jubilación de Benito Ganfornina

## Aportaciones del Maestro Avelino Díaz

El Maestro Avelino Díaz (de Música), para completar la información recogida, señala que es muy importante hablar sobre la metodología que Los Maestros empleaban en su día a día, algo novedoso y que dio muy buenos resultados. Se trata del trabajo por centros de interés y el método global. Nos lo explica de la siguiente manera:

Este es el método global que usábamos. Como los niños no dicen “ven-ta-na” sino “ventana” cuando hablan, lo primero que se hacía era poner un papelito con el nombre de “ventana”, “mesa,” “silla”, etcétera, en la clase. Luego, en una especie de tendedero colgábamos cartulinas con los dibujos de las palabras cuyos fonemas íbamos a estudiar.

Por ejemplo: “Popi”, que era un payaso, “pupa”, “pie”, “púa”... Luego hacíamos unas cartulinas plastificadas con esas palabras y, cuando las teníamos en las manos, venía una racha de viento y las lanzaba hacia los alumnos y les decíamos: “¿Quién tiene esta palabra?”, señalándole el dibujo que estaba colgado. Y el que la tenía venía a ponerla con nuestra ayuda. Cuando los alumnos tenían asociados palabras y dibujos, Pegábamos las cartulinas con las palabras en la pared, donde permanecían todo el curso, y volvíamos a otros fonemas.

A cada fonema le dedicábamos una semana. Nosotros hacíamos las cartillas de lectura y digo nosotros porque lo hacía junto a Antonio Alias, que era mi paralelo. Desde la primera cartilla se introducía al final la letra de imprenta, se trabajaban las sílabas directas, inversas y trabajadas. El material que usábamos se quedó en el colegio.



Fotografía de Pepa Bermudo

En cuanto a los centros de interés, se usaba en la segunda etapa y yo estaba en la primera etapa.

Sin embargo, aquí ofrecemos alguna información sobre este tema para que los maestros actuales que lean estas páginas o futuros docentes a los que les interese esta cuestión puedan indagar un poco.

Hernández, Fernando y Ventura, Montserrat (1998). *La organización del currículum por proyectos de trabajo. El conocimiento es un calidoscopio*. Barcelona: Graó.

El método de los centros de interés es un método pedagógico ideado por Ovide Decroly, que consiste en centrar los temas de estudio de acuerdo con los intereses de los niños en cada edad. Este tipo de planificación posee tres etapas: observación, asociación y expresión. Su principal aportación es ser el primero en definir pedagógica y psicológicamente el concepto de globalización. Según ésta, el pensamiento del niño no es analítico sino sintético. Es decir, percibe un todo completo y no partes. La curiosidad del niño le lleva a investigar y descubrir las partes del todo, llegando a un cierto análisis.

Da mucha importancia al desarrollo biológico y a la higiene física, para lo cual hay que crear un ambiente adecuado y estimulante. Hay que diferenciar a los alumnos según sus características y necesidades, adecuando los objetivos a sus capacidades. Estimular las actividades necesarias para que el niño se adapte al ambiente que ha de tener cuando sea adulto, a través de una educación basada en la actividad. Hay que partir de las necesidades del niño.

A partir del concepto de globalización se formulan los “centros de interés” (el niño aprende lo que le interesa) que tratan de congeniar los saberes atendiendo a la atención, comprensión, expresión y creación, respetando las diferencias individuales de los niños. La educación se basa en la actividad y en los centros de interés están presentes todas las áreas de estudio, todas las asignaturas.

El trabajo por proyectos se presenta como una metodología global, un proceso de aprendizaje integral, con el cual no diferenciamos áreas ni disciplinas, sino que intentamos trabajar desde la natural curiosidad infantil, que no entiende de asignaturas ni de horarios, ni de libros ni de especialistas.

Tres ideas básicas del trabajo por proyectos: la primera es que tiene que existir un vínculo entre docente y alumno que permita estructurar y organizar la información; la segunda es que en el aula se construyen experiencias de aprendizaje y no actividades programadas y preparadas (fichas), y la tercera es que se tiene que promover la imaginación, actualmente secuestrada por los libros de textos, por los ordenadores, etc.

Estas consideraciones nos dirigen hacia el concepto de "currículo integrado", que nos permite relacionar los diferentes saberes porque investigamos la realidad y no la reducimos ni la empequeñecemos en el aula para facilitar la tarea de investigación al alumno, sino que la adaptamos, la modelamos y la ajustamos a sus necesidades para dar respuesta a aquellas cuestiones que surgen.

### **Fases del proyecto de trabajo**

Todo trabajo por proyectos consta de unas fases o momentos que permiten establecer su propio guion de desarrollo. Pero esta secuenciación no es fija ni ocupa siempre el mismo tiempo, puesto que está ligada y depende de la motivación

generada por el proyecto y de los objetivos propuestos. Teniendo en cuenta esta relatividad, el guion del proyecto sería el siguiente:

- Discusión y elección del tema (entre maestros y alumnos).
- Concreción y explicitación de lo que se sabe y de lo que se quiere conocer del tema.
- Confección del índice o guion de trabajo.
- Establecimiento de acuerdos referentes a la organización del grupo-clase, fuentes de información, temporización, etc. (aspectos referentes a planificación).
- Investigación y aportación de información:
  1. Ordenación de la información recibida.
  2. Planteamiento y verificación de hipótesis, definiciones, etc., a través de la información, el diálogo, la reflexión, etc.
  3. Establecimiento y explicitación de relaciones causales, de nuevas cuestiones, etc.
  4. Desarrollo de los apartados del índice (en gran grupo, pequeño grupo o individualmente).
    - Confección del dossier de síntesis (conferencia, dossier escrito, mural, etc.).
    - Evaluación del proceso seguido:
      1. Concienciación de lo que se ha hecho y se ha aprendido (autoevaluación).
      2. Aplicación de lo que se ha aprendido a otras situaciones o establecimiento de nuevas relaciones.
      3. Explicitación de perspectivas o temas que se han abierto y que quedan por tratar.

<b>Diferencias entre el trabajo por centros de interés y el trabajo por proyectos</b>		
<b>Elementos</b>	<b>Centros de interés</b>	<b>Proyectos de trabajo</b>
<b>Modelo de aprendizaje</b>	Por descubrimiento	Significativo
<b>Temas que se trabajan</b>	De conocimiento del medio social, cultural o natural	Cualquier tema
<b>Elección del tema</b>	Por votación mayoritaria	Por argumentación
<b>Función del profesorado</b>	Experto, organizador	Estudiante, intérprete, coordinador, mediador
<b>Sentido de la globalización</b>	Sumatorio de materias	Relacional
<b>Modelo curricular</b>	Disciplinas	Temas, inquietudes, ámbitos de conocimiento
<b>Rol del alumnado</b>	Ejecutor	Copartícipe
<b>Tratamiento de la información</b>	Presentada por el profesorado	Se busca con el profesorado y colaboradores
<b>Técnicas de trabajo</b>	Resumen, subrayado, cuestiones, conferencias, etc.	Resumen, subrayado, cuestiones, conferencias, índice, síntesis, opiniones, etc.
<b>Evaluación</b>	Centrada en contenidos	Centrada en las relaciones, procedimientos y en los objetivos iniciales

Fuente: Hernández y Ventura, 1998.

Para poner en práctica estas metodologías, es fundamental el trabajo en equipo de los docentes, su coordinación e implicación. A la vez, un proyecto de este tipo fomenta el intercambio de experiencias entre iguales, ya que los niños y niñas comparten información con otros alumnos y alumnas. Y también favorece la visión unitaria del centro, no solo por parte de los docentes, sino también de las familias.

El papel del maestro o maestra es fundamental. Se tiene que definir como motor de conocimiento, como hilo conductor y dinamizador del trabajo. Debe tener la capacidad de prever los contenidos que se trabajarán y fomentar la participación de cada uno de los alumnos, ayudando a la aportación e interpretación de la información. Tiene que ser un facilitador de la evaluación y mostrar una actitud de moderador, de intérprete, de narrador... acompañando el proceso de aprendizaje desde la observación.

Por último, el alumno o alumna tiene que jugar un papel participativo y activo en su proceso de aprendizaje, conversando y buscando información que tiene que aprender a interpretar y transmitir para darle significación y sentido a lo que ha aprendido.

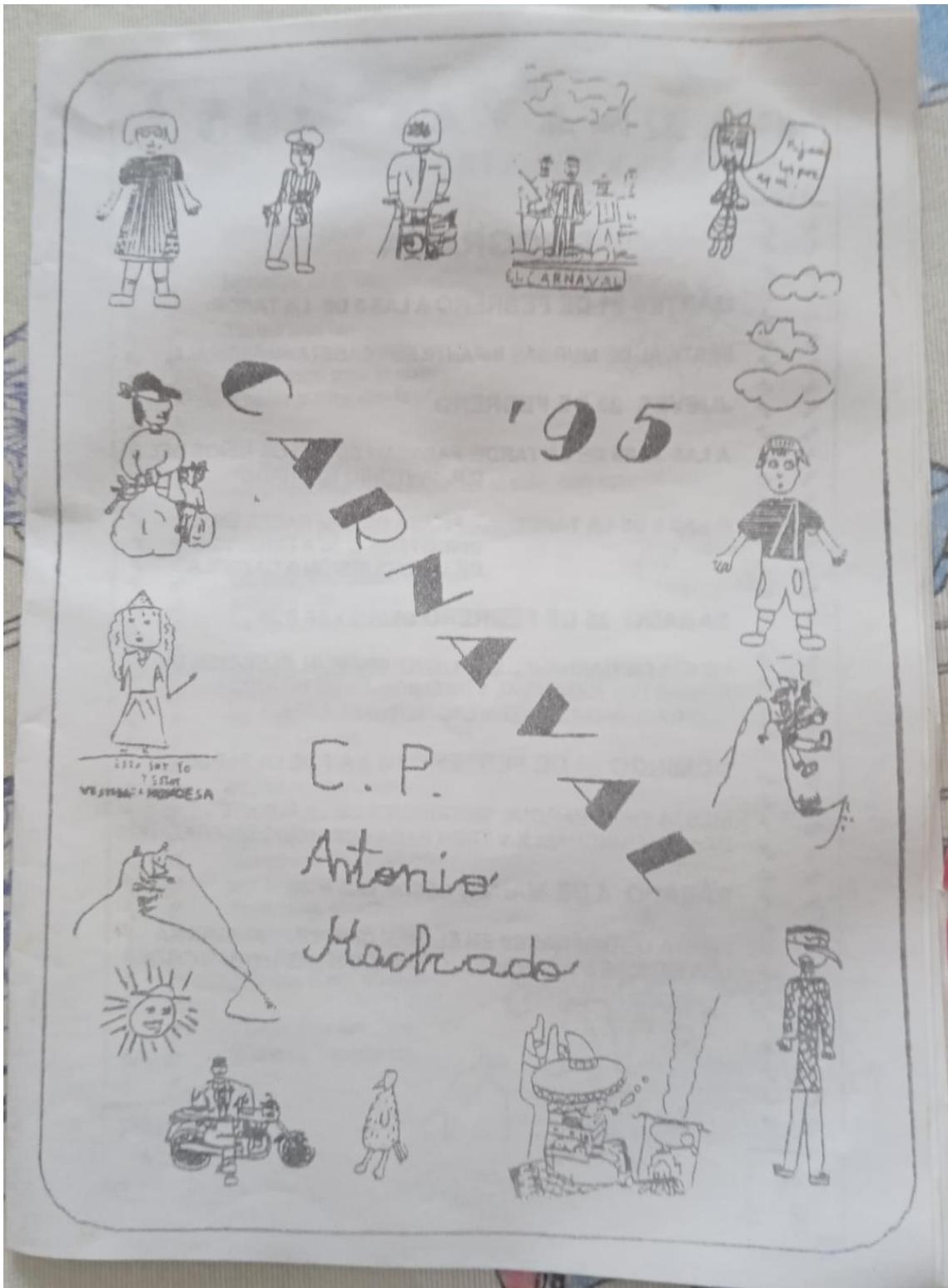
### **En cuanto a nuestra aportación a los carnavales de La Luisiana...**

Para preparar el carnaval, como no quería que el colegio se metiera en la cuaresma, lo primero que miraba era el almanaque para ver cuándo caía el miércoles de ceniza. El carnaval lo celebraba el colegio el lunes y martes anteriores al miércoles de ceniza. Como empezó cuando había clase por la tarde, el lunes a las tres y media hacíamos el certamen de canciones en la caseta municipal y el martes a las tres y media, el pasacalle por todo el pueblo. A las cinco y media íbamos a una fiesta que organizaban los alumnos de octavo en la Q25 que era una discoteca para recaudar fondos para la excursión de Cazorla.

Cuando solo hubo clase por la mañana, el certamen de canciones en la caseta municipal se celebraba a las nueve y media y el pasacalle a las doce. Una vez dicho esto, paso a describir cómo elegíamos el tipo y cómo confeccionábamos la canción. Para elegir el tipo, se ponían en la pizarra todos los que decían los alumnos y el que más votos sacaba, tras una larga deliberación, ganaba.

Luego, a lo largo del mes de enero, enseñábamos la rima y sacábamos la canción con las ideas que los alumnos y yo aportábamos. Ensayábamos todos los días la canción en clase cuando ya estaba terminada para aprenderla y que nos saliera muy bien en la caseta municipal. También se hacían unos libritos con las canciones de todos los cursos, primero a octavo y se repartían gratuitamente.

Estos eran los libritos...



# CARNAVAL '95

## PRIMERO Y SEGUNDO

DISFRAZ: Pajaritos.

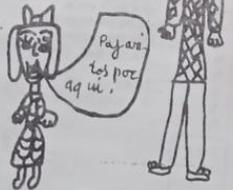
Estribillo

A, e, i, o y u.  
Si lo quieres más bonito  
mi querida Mariluz  
calientate la cabeza  
y lo haces tú.

MUSICA: *La gallina Turuleta.*

Somos niños del Colegio  
que hace unos meses  
aprendimos a leer.  
Somos primero y segundo  
por lo graciosos  
nos pueden reconocer.  
Somos lo mejor del pueblo  
y ahora mismito  
lo vamos a demostrar  
porque como todos saben (bis)  
ya estamos en Carnaval.

(Al Estribillo).



Pág.  
4

# CARNAVAL '95

## PRIMERO Y SEGUNDO

DISFRAZ: Pajaritos.

MUSICA: *Los Pajaritos.*

Pajaritos por aquí  
pajaritos por allá  
¡Qué bonito este disfraz  
"pa" Carnaval!  
Eso dijo un chiquitín,  
un maestro lo escuchó  
y esto salió.

Es Carnaval y "tos" queremos  
en estos días disfrutar  
porque ya estamos todos hartos de ha-  
cer tantas fichas y de estudiar.

(Al estribillo)

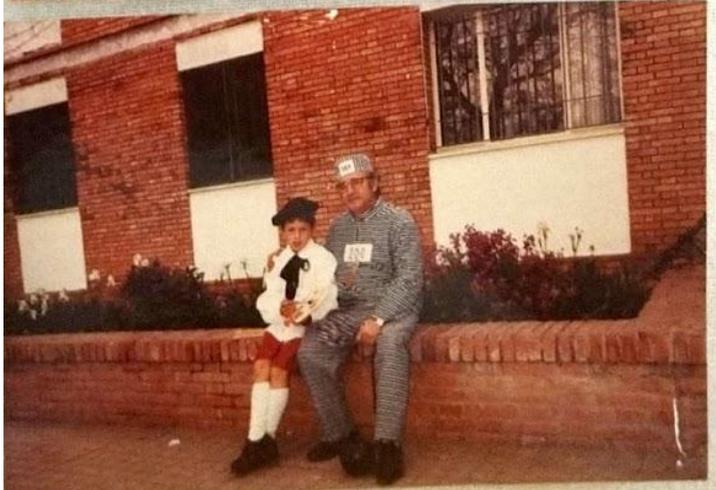
Vaya Colegio que tenemos  
esto ya no se "pué" aguantar  
tenemos plantas de "toas" clases y  
un pararrayos sin contaminar.

(Al estribillo)



Pág.  
5

Fotografías de Avelino Díaz



## Miguel Hernández y Maribel de Pepa Bermudo

A Maribel

La maestra llegó a clase preocupada. Corría el año 1978 y ella impartía clases en una escuela pequeña de un pueblo jornalero de la campiña sevillana. Natural de Valencia (Ché la llamaban los íntimos), se enamoró de un cordobés y terminó viviendo en Sevilla. Después de acabar sus estudios de Asistente Social decidió ser maestra porque era lo único que se podía estudiar en Córdoba.

Aquella mañana llegó la maestra un poco triste a la clase de octavo de EGB donde sólo había 17 niños y niñas. Había recibido una visita de inspección y la inspectora le había dicho muy seria:

—¡Mucho Miguel Hernández! ¡Mucho Miguel Hernández! Pero...¿Y Garcilaso?

Entonces se fue a la pizarra y escribió:

*Sonreír con la alegre tristeza del olivo.*

*Esperar. No cansarse de esperar la alegría.*

*Sonriamos. Doremos la luz de cada día*

*en esta alegre y triste vanidad del ser vivo.*

*Me siento cada día más libre y más cautivo*

*en toda esta sonrisa tan clara y tan sombría.*

*Cruzan las tempestades sobre tu boca fría*

*como sobre la mía que aún es un soplo estivo.*

*Una sonrisa se alza sobre el abismo: crece  
como un abismo trémulo, pero valiente en alas.*

*Una sonrisa eleva calientemente el vuelo.*

*Diurna, firme, arriba, no baja, no anochece.*

*Todo lo desafías, amor: todo lo escalas.*

*Con sonrisa te fuiste de la tierra y del cielo.*

Cuando se cumplen 100 años del nacimiento del poeta alicantino que da nombre a la calle en que nací, no puedo dejar de recordar a la maestra que me enseñó a amar sus versos.

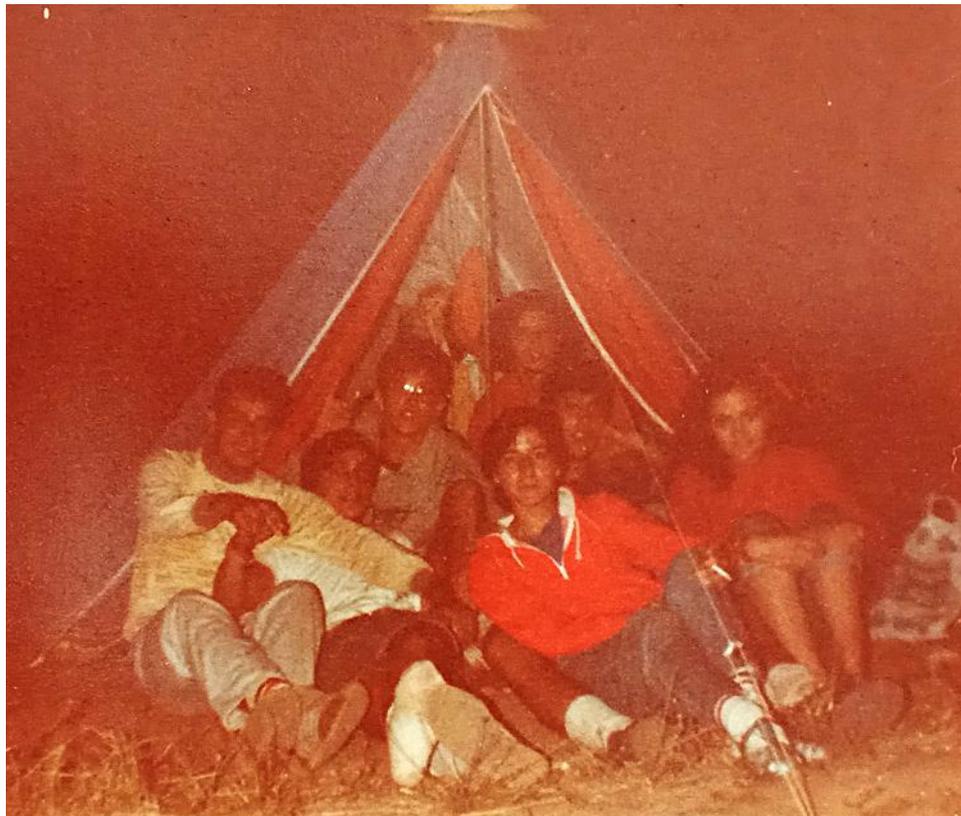


Foto de Paqui Hebles

Colegio Director Manuel Somoza de El Campillo

# CEIP DIRECTOR MANUEL SOMOZA



## Testimonio de Jessica Laguna Ancio

Sobre Manuel Somoza sí te puedo contar un recuerdo. De pequeña lo recuerdo siempre de un lado para otro, el colegio era su vida, y siempre cargado de llaves, siempre llevaba encima el llavero con todas las llaves de las aulas y las puertas del centro.

Recuerdo la luz de la secretaría hasta bien tarde encendida, parecía que vivía allí en el colegio. Menos mal que su casa estaba justo al lado. ¡La de horas que echaría Don Manuel en esa secretaría!

Otro recuerdo que tengo de él, que eso sí creo que estaba yo en primaria, estábamos nuestro curso en primaria, a ver si hablo con compañeros y demás y te pongo la fecha exacta. Hicimos una obra de teatro que creo que se llamaba *Salvemos el Planeta* y ya nos hablaba él del cambio climático. Estaba súper, súper involucrado en el tema de la naturaleza. Nos hizo hacer un bosque mediterráneo en la zona de atrás de la caseta, que repoblamos con árboles autóctonos de aquí de la zona y ya nos hablaba él de que veríamos con nuestros ojos cómo venían lluvias torrenciales, cómo iba a hacer mucha calor, que cada vez el planeta se iba a calentar más...

Te estoy hablando de hace ya muchos años, del 95, 96 o así más o menos sería. Ya nos hablaba él del cambio climático porque las Ciencias Naturales y las Matemáticas era lo que a él más le gustaba. Sobre todo las Ciencias Naturales.

*D. Manuel Somoza Gómez: La enseñanza como vocación de vida,*  
por María José Somoza



**El maestro que enseñó más allá de las Matemáticas**

## **Infancia, familia y vocación temprana**

Manuel Somoza Gómez nació el **14 de abril de 1939** en la Plaza de Carlos III de El Campillo (Sevilla). Sus padres, D. Manuel Somoza Demans y D<sup>a</sup> Ana Magdalena Gómez Fernández, tuvieron seis hijos de los que D. Manuel fue el mayor.

Desde muy joven mostró una curiosidad inagotable por el conocimiento. Las **matemáticas** fueron su primer gran amor intelectual: encontraba en ellas un orden, una armonía, casi una música secreta que lo acompañó toda su vida. Pero más allá de los números, lo que realmente le motivaba era el **deseo de compartir, de enseñar y de guiar a otros en el camino del aprendizaje.**

Se casó con **Doña Josefa López Ruiz**, compañera de vida y apoyo constante, con quien formó una gran familia con sus cuatro hijos: M<sup>a</sup> del Carmen, M<sup>a</sup> José, Manuel y Ana. Compartió valores y una visión de la educación como herramienta para la vida.

Para todos era conocido y respetado como **D. Manuel**, un título que combinaba cariño y admiración.

## **Inicios de una trayectoria ejemplar**

Aunque comenzó su docencia en **1959 como maestro idóneo** (alfabetización) no fue hasta **1964** cuando recibió su nombramiento oficial. Su carrera lo llevó primero a impartir clases **como sustituto de un profesor en El Campillo, Escuelas Parroquiales en La Luisiana, CEIP El Valle en Écija y CEIP Andalucía en Cañada del Rosal.**

Finalmente, en el año **1970-1971** se estableció en **El Campillo**, donde trabajó en el CEIP Gloria Fuertes de manera ininterrumpida en él hasta el año **2003-2004**, dando por terminada su etapa profesional, después de **40 años** de docencia. Fue un maestro en continua formación, ya siendo docente se especializó en Matemáticas y en Ciencias de la Naturaleza.







*--M<sup>a</sup> José Somoza, “Siempre recuerdo a mi padre con un libro de Matemáticas o de Ciencias, aprovechaba ese ratito de sol en el patio o en su chimenea en esos días crudos de invierno.”*

Desde **1980**, salvo un intervalo de dos años, ocupó la **dirección del centro educativo durante 20 años**, combinando la enseñanza con la responsabilidad de guiar al colegio hacia la innovación educativa y un ambiente lleno de valores humanos.

*--M<sup>a</sup> José Somoza, “Era un director cercano y atento. Si algún niño llegaba tarde o se sentía perdido, D. Manuel estaba allí con una sonrisa para aliviar la tensión. Siempre estaba al lado del más débil.”*

## Maestro innovador: enseñando para la vida

D. Manuel fue un **maestro innovador** desde sus primeros años. Aplicaba ideas modernas antes de que se pusieran en práctica: **constructivismo, enseñanza competencial y aprendizaje centrado en los intereses del alumno**. Para él, aprender no significaba memorizar fórmulas, sino desarrollar habilidades y valores útiles para la vida.

-- José Antonio Rivero, antiguo alumno: *“Se me vienen recuerdos de mi niñez. Recuerdos de mi babi azul, de recreos entre las adelfas y cartillas con el abecedario. Pero si hay algo que siempre llevaré en la memoria, son aquellas mariposas de colores prendidas entre alfileres, tras el cristal de la urna. Y las “bichas” y las lagartijas, en los botes de alcohol. Y sobre todo, aquellos trabajos de marquetería, esa grúa que giraba sobre canicas y el molino de harina, con sus poleas y manivelas. Me enseñó a cortar con el arco, a sentir amor por lo que hacía y por la forma de hacerlo. Aún hoy, sigo haciendo marquetería, sigo haciéndolo como él me enseñó.”*







## Más allá de los números: música y naturaleza

Si las matemáticas eran su lenguaje intelectual, la música era su refugio emocional. Amaba escucharla, sentirla y compartirla, como otra forma de enseñar a mirar el mundo con sensibilidad. De ahí la creación de un coro parroquial con su alumnado de diferentes edades participando en la celebración de la Eucaristía, continuando en el tiempo durante varias generaciones.

La naturaleza también ocupaba un lugar esencial en su vida: largos paseos por el campo, momentos de contemplación y la certeza de que en lo sencillo habitaba la grandeza.

*--M<sup>a</sup> José Somoza, “Mi padre tuvo la maravillosa iniciativa de repoblar la zona del arroyo Cascajoso con su alumnado. Una bonita forma de contribuir con el medio ambiente, estudiar diferentes especies y motivar al alumnado a aprender los diferentes conocimientos que debía enseñar. También realizó una maqueta del “Bosque mediterráneo” con todas las especies naturales que allí habitan. Una vez finalizada, lo hizo realidad con su alumnado, al lado del arroyo Cascajoso, para el estudio de las diferentes especies que figuraban en el libro.”*



*--José Antonio Rivero, "En verano, al lado del arroyo, allí estaba D. Manuel con su sombrero de paja y el bastón, mientras cuidaba de las ovejas con un libro de matemáticas bajo el brazo."*

## **Un maestro de valores**

Lo que distinguía verdaderamente a D. Manuel no eran solo sus conocimientos, sino los valores que impregnaban cada gesto y cada palabra: **honestidad, solidaridad, respeto y empatía.**

*--M<sup>a</sup> José Somoza, "Mi casa, era la segunda escuela para aquellos niños y niñas que necesitaban un apoyo académico. Por las tardes, mi padre, reunía a ese grupito de alumnos/as a dar unas clases particulares gratuitas en aquellas asignaturas que debían reforzar. Su cara era de felicidad disfrutando de su trabajo y los niños y niñas encantados de sus clases.*

*Mi madre, Pepita, su apoyo incondicional, mientras, estaba en la cocina preparando esa merienda tan esperada y ansiada por los estudiantes"*

--José Antonio Rivero, confiesa: “Recuerdo muchas cosas de aquellos años, pero ante todo, su bondad y su paciencia. Él no ha sido el maestro, sino NUESTRO MAESTRO”.

## Homenaje a toda una vida

El **14 de abril de 2004**, cuando cumplió **65 años**, su pueblo, **El Campillo**, le rindió un homenaje en reconocimiento a su trayectoria. Asistieron autoridades políticas, familiares, amigos, compañeros del centro y alumnos de varias promociones. Ese día se convirtió en un testimonio palpable del cariño y respeto que D. Manuel había cultivado a lo largo de toda su carrera.

Como iniciativa de sus compañeros/as del colegio, se le hizo llegar el **máximo reconocimiento institucional**: el cambio del nombre del Centro Educativo que iba a pasar a ser “**Director Manuel Somoza**”, tras haber sido aprobado por el Consejo Escolar el **12 de enero de 2004**. Este gesto simbolizó la gratitud y admiración de toda la comunidad educativa por su dedicación y legado.

*--Claustro de profesorado: “¡Nadie mejor que tú, merece este honor! Tú siempre serás un referente para los/as profesores/as y alumnos/as que te hemos conocido.”*

*--Belén Hans Uber” De D. Manuel puedo decir muchas cosas, pero creo que lo más importante es la forma en la que ha influido en la vida de la juventud. Ha sido ese maestro que ha estado siempre en el colegio estricto y exigente pero del que hemos aprendido el respeto hacia los demás, a poner tesón en nuestro trabajo, a aceptar la idea de que todos podemos si nos lo proponemos y a implicarnos en nuestra tarea diaria.*

*Veíamos cómo disfrutaba resolviendo una ecuación o enseñándonos su famosa tabla de sumar. Muchos de sus alumnos/as han decidido no continuar con sus estudios y quizás no recuerden nada de Geografía, de Lengua o de cualquier otra asignatura, pero estoy segura que ninguno de ellos se ha habrá olvidado la tabla de multiplicar”.*

## El legado que permanece

Hoy, su nombre no se recuerda solo en pizarras, libros o en el nombre del propio Centro Educativo, sino en la memoria agradecida de quienes tuvieron la fortuna de aprender con él. Cada alumno que descubrió la belleza de las matemáticas gracias a sus clases, cada persona que recibió su apoyo en un momento difícil lleva consigo una parte de su legado.

*--Una antigua alumna resume: “Lo que más recuerdo de D. Manuel no son las fórmulas que nos enseñó, sino la manera en que nos hacía sentir capaces, importantes y respetados. Él nos enseñó a aprender y a vivir con valores. Y nos enseñó a disfrutar mientras aprendíamos.”*

*--Belén Hans Uber, “Yo personalmente, tengo que agradecer a D. Manuel mi interés por las Matemáticas. Si algún día llego a ser alguien en el mundo de las Matemáticas, parte del mérito es suyo. (Actualmente Belén es profesora de Matemáticas en el IES San Fulgencio en Écija).”*

*--Manuel Somoza López, “He seguido los pasos de mi padre, amante de la naturaleza y de la transmisión de la enseñanza, realizando mis estudios de Ingeniería Agrícola especialidad en Agropecuaria, en Hortofruticultura y Jardinería. Máster en ganadería y agricultura ecológica. Actualmente soy Profesor de Secundaria en Ciclo Formativo de F.P en IES Antonio Gala (Palma del Río).”*

*--María José Somoza López, “Una parte de mi padre permanece en mí, siendo un pilar fundamental en mi vida y en la de mis hermanos a través de sus valores transmitidos como buen cristiano practicante. Su legado lo llevo a la práctica ejerciendo de maestra de Religión en el CEIP Antonio Machado (La Luisiana) desde hace 30 años”.*

**D. Manuel Somoza Gómez fue, y seguirá siendo, un maestro de vida**, un innovador que enseñó con pasión, dedicación y humanidad. Porque quienes enseñan con amor permanecen siempre en los corazones que tocaron.

## Testimonio de Florencio Alcaide y su hija Rosario Alcaide

### **Florencio:**

Soy Florencio Alcaide. Hasta donde yo me acuerdo, El Campillo, la aldea de La Luisiana, antiguamente eran cuatro calles, una iglesia y una plaza. Casas hechas de tierra y cal y chozos de pasto. Algunas todavía existen.

En 1950, con una sillita me fui a la escuela, situada en calle Burgos, una casa particular donde nos daban escuela.

A día de hoy, han pasado muchos maestros por El Campillo. Uno de ellos ha sido Manuel Somoza Gómez, vecino del pueblo. Buena persona, se desvelaba por enseñar. Te atendía en la escuela, en la calle, en su casa... sin interés de ninguna clase. De ahí se conoce hoy Colegio de El Campillo, Director Manuel Somoza Gómez.

En primer lugar, nos daba escuela en mi casa. Mi padre nos dejó una sala, íbamos ocho o diez niños y ahí nos daba clase. Y de noche también enseñaba, de pago, porque estábamos con el ganado y no podíamos ir a otra hora. Y después, ya un poquito mayor, ya trabajando, nos daba escuela en cualquier momento. Muy poco nos cobraba, muy poquillo, para ayudarse a sacar sus estudios.

Sacó su carrera y siguió dando clases. Cuando ya se hizo fijo, estuvo dando escuela hasta que le pagó a su madre aproximadamente lo que habían gastado en sus estudios. Hasta entonces estuvo aguantando y no se casó hasta que terminó.

Para mí todo fue positivo lo de este hombre. Te atendía en cualquier sitio. Si ibas a preguntarle lo que quisieras saber, él te daba clase incluso sin cobrarte nada. Le gustaba la escuela, le gustaba la enseñanza, le gustaba enseñar a los chiquillos en el pueblo y a las personas mayores y a todo el mundo.

### **Rosario:**

Atendía a todo el mundo. Desde nuevo hasta que se retiró, porque la diferencia de edad que yo tengo con mi padre... y lo conocí igual. Yo llegué al instituto y me acuerdo que le decía a mi padre: "Si la niña tiene algún problema con las matemáticas, que se venga por la tarde, que yo le explico. Pero esa chiquilla ¿por qué no viene si tiene dudas?" Vamos, que él seguía pendiente de que los niños aprendieran. Es que le gustaba, es que disfrutaba.

Cuando yo fui alumna suya, recuerdo que a lo mejor te preguntaba algo en clase, alguna pregunta, alguna difícil, y cuando tú se la decías bien, te decía “¡qué bien! “. Y te ponía la mano en la cabeza, te cogía de las colas... es que se le veía la ilusión. Era impresionante este hombre. Y por la tarde también nos atendía es verdad, porque antes teníamos horario partido, teníamos de nueve a una y de tres a cuatro y media.

Luego cambiamos y era de nueve a dos, creo que era. Pero él seguía por la tarde muchas veces, con los de su clase, con los que él tenía en tutoría, le llamaban las exclusivas. Entonces se iba por la tarde, hacías los deberes, seguía explicando y eso no era pagado, eso era porque él quería.

Pero que no había ningún problema, que yo podía ir a preguntarle y él se quedaba. Que él no eran las cuatro y media y cojo y me voy, que no. Que si se tenía que quedar un cuarto de hora o media hora más, él se quedaba, pero sin ningún problema.

Las Matemáticas era lo que más le gustaba. Siempre empezábamos con cinco o diez minutos de cálculo. Él se ponía en el centro de la clase y nosotros a su alrededor y preguntaba... “¿Cuatro más cinco? ¿Por tres? ¿Menos cuatro?” Y le iba preguntando a todos.

Y además, se quedaba con los que a lo mejor tenían más dificultad, con los que les costaba más aprender. A esos no los abandonaba nunca. Él se iba y les insistía y les insistía... A lo mejor teníamos un examen en el que habíamos fallado algunos y cogía y repetía el examen. Que sí o sí, se aprendía.

Hasta con el que no tenía interés, él intentaba siempre sacárselo. Esa es una cosa muy buena que tenía. No dejaba a ninguno.

### **Florencio:**

Te voy a decir una cosa, a mí me hizo llorar cuando vi morir a mi padre, a mi madre, en fin...Pero que yo, por mi gente no lloré ni más ni menos que por él.

Cuando lo vi metido en la caja yo pensé ¿pero esto es posible?, que este hombre con el genio que tiene, como se presta... increíble. La vida. Se fue antes de tiempo. No tenía que haberse ido todavía.

**Rosario:**

Sí, es verdad que terminó y se fue pronto. Y la verdad que lo digo porque es la pura realidad. No sé si hay alguien que hable malamente de Manuel en El Campillo, creo que nadie.

Luego vinieron otros maestros: Don Antonio y Don Blas fueron dos personas que se integraron en el pueblo muy bien. Don Blas estuvo un año o dos, pero... Sí, se hicieron con el pueblo. Don Antonio Pedrosa.

Era una gente que miraba mucho por el pueblo también. Y además promovieron lo de la candelaria. Fueron los que levantaron un poco la tradición para que no se perdiera.

La candelaria es una tradición de toda la vida, como en muchos pueblos de Andalucía, pero ellos aquí le pegaron un empujoncito. Hacíamos muñecos en el colegio para quemarlos luego. Eso se sigue haciendo.

Con ellos empezamos a hacer los muñecos, que antes creo que no se hacían. Y ya los niños nos entusiasamos y sigue todavía la candelaria. Cada vez más grande. Ese empujoncillo ayudó.

**Florencio:**

Por ahí hay muchos pueblos, porque yo los he visto también. Los he escuchado y los he visto. Y sobre todo ahí de la Sierra Sur. En El Rubio y eso lo hacen también. Y allí en vez de hacer una candela grande, ahí hacen candelitas chicas. Pero aquí... Estas son unas candelas que llegan a las nubes. Un montón de leña que da miedo. Y salen los niños con los muñecos. Eso lo inventaron ellos, estos maestros.

**Rosario:**

A mí me dieron clase en primero. Sí, en el 84. En el 82 o así sería.

Luego también fue director Juan Pliego. También es un hombre muy apañado, buena gente. Y después el último que había que era Don Pablo. Pablo Asencio.

**Florencio:**

Recuerdo “un atranque” con Don Manuel...

Porque él quería hacer un parquecito autóctono. Allí debajo de la caseta. Y yo le decía a Don Manuel: “pero ya que hay terreno, vamos a hacer más, vamos a hacer más esto más grande”.

Y él me decía: “que no, chiquillo, con esto nada más se hace el parque”.

Y yo le contestaba: “Tú entiendes más de escuela, pero yo de árboles entiendo más que tú”.

Y el parquecito se hizo al final como decía Don Manuel. Lo que pasa es que se abandonó porque hace falta mucho mantenimiento. Hace falta regarlo y cuidarlo. Y limpiarlo también.

### **Rosario:**

Yo recuerdo el Día del Árbol, pero luego después me han dicho que eso era el Día de Andalucía.

Entonces iban los padres con los niños, compraban sus arbolitos y repoblamos la parte de la carretera hacia La Luisiana. Entonces cada niño cogía su arbolito con su padre o su madre, plantábamos nuestro árbol y nosotros nos encargábamos de ir por las tardes a regarlo. Unos salían para adelante y otros no iban a regarlo como es normal.

Pero han quedado muchos árboles allí. Sí. Y era un día muy bonito. Yo lo recuerdo como un día bonito. Por lo menos durante dos o tres años se hizo. Nosotros nos íbamos ilusionados con nuestro arbolito. Luego hacían un arroz y echábamos el día. Porque la cosa estaba así. Venga árboles. Pero hay que regarlos. Hay que regarlos o se secan.

### **Florencio:**

Y entonces yo llegué a un momento que dije: “ya no se planta ni un árbol más”. Porque luego era una lástima que nadie se ocupara de ellos y se secaban. Hay que cuidarlos. Bueno, como todo...

# AMPA Hidalgo-Somoza

## Testimonio de Loli Díaz

El nombre de AMPA Hidalgo-Somoza se debe a los dos maestros importantes que hemos tenido en La Luisiana y El Campillo. Hidalgo por la maestra Maribel y Somoza por un maestro de El Campillo, Manuel Somoza, que fue mucho tiempo el director del colegio.

Y como aquí al instituto venían niños y niñas de El Campillo también, pues como era de la Luisiana y de El Campillo, decidieron ponerle ese nombre.

La AMPA sobre el año 97-98 se fundó en el instituto. Estuvo unos años, pero luego lo dejaron. Estuvo, no sé, por lo menos seis o siete años sin AMPA. Cuando mi hijo, la generación de mi hijo, los del 2005, entraron en el instituto, se retomó otra vez. Eso fue en el 2017.

En la reunión que tuvimos a principio de curso, Vicente nos dijo, vamos, a todas las madres y padres que fuimos, que no había AMPA en el instituto. Que llevaban unos años sin AMPA y que a ver si alguien se animaba, porque era una pena que no tuvieran AMPA. En fin, todo eso. Bueno, pues salimos de la reunión.

Entonces, en la puerta de la AMPA, ahí en el piso de los maestros, nos reunimos cuatro o cinco madres y pensamos que por qué no había AMPA, vamos a ver. Pero ninguna hablaba, ¿sabes? Entonces, como éramos, creo que éramos cinco, pues decidimos que podíamos tener una reunión. Que lo pusiéramos en el grupo de WhatsApp que teníamos de madres, por si quería ir alguna más, pues que fuera. Entonces, fíjate que nos reunimos en la cafetería que había antes al lado del Índalo.

Bueno, pues ahí nos reunimos una tarde. Entonces, dijimos que a ver quién iba a ser la presidenta, la vice... Bueno, de estas cosas. Entonces dije que yo, bueno, venga, pues yo presidenta, Gemma, Núñez, vicepresidenta, en fin, así, ¿no? Y ya nos fuimos nombrando. Porque normalmente tiene que haber presidenta, vicepresidenta, secretaria y tesorera, y luego, por lo menos, tres vocales, porque tiene que ser número impar. Los vocales tienen que ser número impar.

Bueno, fuimos al día siguiente al instituto a hablar con Vicente y decírselo, que nos habíamos propuesto otra vez que hubiera un AMPA en el instituto. Vicente

se puso muy contento. Entonces nos dijo que la última presidenta que hubo fue Mari Carmen Regañá, la maestra que había del colegio.

Bueno, pues yo fui a su casa y me dijo que sí, que ella tenía los papeles. En fin, que quedamos otra vez en la cafetería. Nos llevó la carpeta con todos los papeles de la AMPA.

Pasó mucho tiempo porque otra vez volvimos a reunirnos, llamamos a Sevilla la FAMPAs... Fue como si otra vez se hiciera la AMPA de nuevo, ¿sabes? Porque allí no tenían constancia. Luego sí, porque claro, el CIF es el mismo, en el año 97 que en el año 2017. A partir de ahí, volvimos otra vez a tener AMPA.

Entonces ya teníamos reuniones, ya decidimos poner una cuota que era 10 euros. Al principio, los primeros años fueron 10 euros, luego ya pasó a 12 euros. Yo creo que llevarán, creo que tres temporadas con 12 euros. Sí, tres cursos creo que llevarán con 12 euros.

Teníamos reuniones cada mes y medio o dos meses, para ver cómo iban las cuentas, cuándo había algún evento en el pueblo, para juntarnos, para proponer cosas, en fin... Y bueno, yo creo que lo hicimos bien, porque la verdad es que conseguimos muchas cosas en el instituto.

Yo he estado cinco años de presidenta. Los dos últimos años estos de que Antonio ha estado, yo ya dije que yo ya iba a salir. Entonces, hubo otra reunión, que ya nos dieron la llave de AMPA, para poder reunirnos en el sitio oficial, y yo ya me salí.

Luego hubo otra reunión y ahora ninguna quería ser presidenta. Yo dije que mira, esto es una pena que se pierda. Total, es que al final ya salió otra presidenta y aquí estamos desde el 2017 hasta ahora, 2025.

Yo creo que esto va a ser seguir, porque hombre... es una pena que desaparezca ya que el AMPA está funcionando. Vamos, yo creo que sí, que esto va a seguir. Hombre, fundamentalmente interesa por los niños, esto tiene que seguir. Pero ya te digo, desde el 2017 a 2025, no se ha interrumpido ningún año. Ojalá que siga así.

## EL IES Pablo de Olavide

*Toda persona, organización, empresa, o sociedad, para sobrevivir deberá aprender al menos a la misma velocidad a la que cambia el entorno; y si quiere progresar, a más velocidad.*

José Antonio Marina

**En 1998 por fin se crea el Instituto.** En un principio, puesto que aún no estaba construido el edificio, tuvieron que compartir las instalaciones con el colegio. Algunos de los maestros, como Amelia Martínez, Rafael Aguilera y Rafael Simarro, optaron por dar clases en secundaria. Habría que esperar a finales de enero o principios de febrero de 2000 para que concluyeran las obras y al curso 2000/2001 para lucir en la entrada un nombre que lo distinguiera y, por lo tanto, poder decidir conforme a las necesidades que demandaba el contexto de la localidad.

Cuando el Instituto comenzó a funcionar de manera independiente, el edificio se mostraba como un lugar inhóspito y desangelado. Todo flamante, pero totalmente vacío. Uno de los primeros retos que se propusieron los profesores junto al Equipo Directivo fue dotar de alma a este inmueble que debía acoger al alumnado procedente del colegio Antonio Machado, un centro en el que todos funcionaban como una gran familia.

Manolo Gómez, profesor de Educación Plástica y Visual capitaneó un ingente trabajo que el propio alumnado llevó a cabo a lo largo de varios cursos escolares, dejando una huella imborrable que constituye la seña de identidad del Olavide: sus paredes, sus ventanas, la entrada al centro y su azotea.

Con Vicente Mazón al mando, la innovación educativa estaba asegurada, ya que apostó en todo momento por la formación del profesorado, la puesta en marcha de los distintos planes y programas educativos, el uso de las TIC, el aprendizaje cooperativo, el aprendizaje por proyectos y el aprendizaje servicio.

Tuvieron la suerte de contar con el profesor Juanma Díaz, que se encargó de impulsar una verdadera transformación digital en la metodología de trabajo.

Cuando llegó Pilar Gallego, formó el tándem perfecto con Vicente Mazón, convirtiéndose ambos en líderes educativos que pusieron en pie proyectos tan señalados como el de *En una galaxia muy cercana* o *Bajo el signo de la luz*, trabajo que implicó a nuestro centro adjunto CEIP Antonio Machado de La Luisiana y al Centro de Educación Infantil Platero, además de que involucraron a todo el pueblo en la realización del proyecto, el alumnado le recordó al pueblo su origen colonos, celebrando luego por todo lo alto el recibimiento del premio Antonio Domínguez Ortiz al fomento de la innovación educativa y el Joaquín Guichot al fomento de la cultura andaluza.

Debido al contexto rural en el que nos encontramos, fue por lo que comenzaron las andanzas respecto al emprendimiento, la innovación, la motivación, la apertura de mente, la mejora de la autoestima, la convivencia y el empoderamiento de los chavales que, al ver su trabajo reconocido en varios premios educativos, pudieron comprobar que sus capacidades eran las mismas que las de los jóvenes de la capital y que, aunque sus padres fueran agricultores, ellos no tenían por qué conformarse solo con labrar la tierra, sino que podían también labrarse otro tipo de porvenir, sin despreciar en ningún momento el arado ni la tierra que les pertenece.

Nuestro objetivo ha consistido siempre en dar respuesta a una necesidad: la ilusión, hacerles ver que otros caminos son posibles, mostrarles la amplitud del mundo mucho más allá del pueblo, dotarlos de la confianza y la formación para hacerles conscientes de que ellos son capaces de mucho más de lo que se imaginan.

La presencia de la Música también ha influido considerablemente en la sensación de pertenencia a una comunidad. Los Musiqueando, las fiestas de Navidad, los Días del Flamenco (incluso hemos sido Premio *Flamenco en el Aula*), los Días de la Paz, los Got Talent y los finales de curso han ayudado a que ningún artista se quede en el tintero, a que todos pasen por el magnífico escenario que es el patio o el gimnasio, la Plaza del Ayuntamiento o la Peña Flamenca. Todos los ratos de ensayos, preparativos y, cómo no, las actuaciones delante del público se han

convertido en experiencias memorables que guardamos en nuestro corazón y que nos han servido de pegamento para sentirnos fuertes y abordar cualquier proyecto. Muchos de nuestros alumnos no serán músicos, pero la Música siempre estará en sus vidas.

Las actividades de tránsito tanto con el Colegio Antonio Machado como con el Colegio Director Manuel Somoza también han supuesto un antes y un después en cuanto a la convivencia entre el alumnado. Los tres centros educativos trabajan mano a mano para ofrecer a los chavales la conexión necesaria para que el aprendizaje fluya. Entre estas actividades encontramos escape rooms que diseña el propio alumnado, yincanas matemáticas, proyectos compartidos, reuniones de coordinación entre el profesorado y formas similares de abordar la educación.

Actualmente, se apuesta por una metodología basada en el aprendizaje cooperativo. Se trabaja por proyectos a través de tareas integradas (situaciones de aprendizaje globalizadas) en las que se conectan todas las programaciones didácticas, cohesionando áreas y materias para dar respuesta a un reto que propone el propio alumnado. Se pone en práctica el aprendizaje servicio involucrando tanto a las familias como al pueblo (fundamentalmente a las personas mayores, con las que hemos creado un vínculo especial), a sus empresas y entidades en el proceso de aprendizaje del alumnado, de manera que el quehacer diario adquiere un sentido práctico y tangible desde el primer minuto.

Los alumnos son los verdaderos protagonistas de cada aventura que se emprende. Ellos son los que proponen, disponen, gestionan y organizan. El profesorado, liderado por Vicente Mazón y Pilar Gallego, está continuamente formándose para mantenerse actualizado, participa en casi la totalidad de los Programas de Innovación Educativa de la Junta de Andalucía y, al igual que el alumnado, trabaja en equipo y conecta todo el proceso de aprendizaje con el entorno y las familias para que sigamos siendo un símbolo de lo que significa la cultura emprendedora en educación.

Hoy en día, La Luisiana cuenta con el Ciclo Formativo de Grado Básico de Soldadura (Fabricación y Montaje) y el Ciclo Formativo de Grado Medio de Diseño de Interiores (Técnico en Obras de Interior, Decoración y Rehabilitación). El

Instituto desarrolla su programa educativo en colaboración con empresas del municipio del sector de calderería, pladur, soldadura, carpintería metálica y con el Ayuntamiento.

Se trabaja el pensamiento computacional en el aula y la robótica, contando con un aula del emprendimiento y un aula del futuro, además de un aula específica totalmente adaptada y actualizada.

Tal y como hicieron en su día Los Maestros, se han creado redes de trabajo entre centros de diferentes países (sobre todo Francia e Italia) y comunidades autónomas a través del programa Erasmus+ y de agrupaciones de centros educativos para la realización y puesta en marcha de proyectos comunes que favorezcan la educación inclusiva y la innovación educativa, para educar a personas digitalmente competentes, atender al desarrollo sostenible de acuerdo con lo establecido en la Agenda 2030 y fomentar la capacidad de los estudiantes para aprender a aprender (aprender a ser, a saber, a hacer y a convivir). Gracias a este proyecto, el alumnado viaja a Francia y a Italia a la vez que alumnado extranjero nos visita en nuestras casas y nuestras aulas, lo que favorece una apertura de mente y una exposición a experiencias de vida que de otra forma sería imposible conseguir aquí.

Continuamos involucrados con la lectura y la escritura a través de *El placer de leer* y del *Certamen de Relatos Pablo de Olavide*, capitaneados por Vicente Mazón, referente literario de gran calibre con el que contamos para todo.

En definitiva, en La Luisiana y El Campillo se está demostrando que el tractor, la mulilla y los olivos son perfectamente compatibles con las profesiones actuales, los robots, los viajes al extranjero, el arte, la literatura, la música, las matemáticas y hasta las naves aeroespaciales. Hasta aquí hemos llegado gracias al esfuerzo y la colaboración de toda la comunidad educativa: docentes, familias, alumnado, personal de administración y servicios, empresas, Ayuntamiento... porque, como dice un proverbio africano, “para educar a un niño hace falta la tribu entera”.

*Todos somos responsables de la educación de los niños que se crían en nuestro grupo social y todos y cada uno, desde su puesto en la sociedad, debe retomar su papel y enseñar a vivir.*

José Antonio Marina

Los cimientos del Olavide cuando todavía no tenía ni nombre







El primer claustro



## *Tiempo de pioneros en un centro sin nombre, por Vicente Mazón*

El paso del tiempo da una perspectiva que permite discernir los acontecimientos con claridad. Desde esa perspectiva sé que formé parte del grupo de fundadores que se enfrentaron al reto difícil de crear un centro desde el cero absoluto. Y a la hora de poner orden en los acontecimientos y darles la estructura de un relato más o menos coherente, uno duda si el azar o el destino fueron el tejido que traza nuestro camino.

Debió de ser por el verano de 1998 cuando tocaba solicitar el concurso de traslados que se había convocado a nivel nacional. Una noche, cenando con mis amigos Paco y M. José en el bar Manolito Selfa, bromeaba con que acabaría trabajando en su pueblo, donde aún no había instituto.

Por aquel entonces, para priorizar las solicitudes, no existían los recursos con los que contamos en la actualidad, así que los navegadores o similares quedaban en el terreno de la ciencia ficción. Por lo tanto, según los usos de la época, con el mapa desplegado sobre la camilla, compás en ristre y mirando los colores de las carreteras y los kilómetros, empecé a priorizar las localidades que iba a solicitar. Tampoco disponíamos de teléfonos inteligentes con buscadores a los que preguntar y yo no controlaba ni las distancias ni el estado del viario: mi suegro hizo las veces de Google y me fue suministrando la información. En ese momento estaba destinado en el IES Eugenio Hermoso, de Fregenal de la Sierra (Badajoz), el pueblo de mis padres, y quería aproximarme a Écija, el pueblo de mi mujer, donde íbamos a fijar nuestra residencia. Ordené las peticiones por localidades -creo recordar que aún no nos facilitaban listados de centros-: La Luisiana ocupaba la opción cuatro.

Fue de esa manera como en julio de 1999, con mi hija pequeña a punto de nacer, empaquetamos la casa y nos vimos inmersos en una nueva mudanza -tediosa como todas las mudanzas y con el deseo de que fuese la última-; en esta ocasión a Écija.

Aunque ya había estado más veces en La Luisiana, casi siempre había sido de noche y de bares o boda. El día que me acerqué por vez primera a conocer mi nuevo destino, entré al pueblo por la primera desviación: de día llamaban la atención el contraste entre las fachadas blancas y el colorido de las plantas, y lo cuidada que estaba la travesía (en algún punto de esta un cartel anunciaba que había obtenido

un premio nacional por ese motivo). Acostumbrado a poblaciones más grandes, me llamó la atención la estampa de las mujeres que aprovechaban el fresco de la mañana para limpiar las puertas de las casas y la de los hombres arracimados en los bares. Paramos en varias ocasiones para preguntar por la dirección del instituto: nadie sabía que hubiese un centro de secundaria en el pueblo, la cara siempre era de sorpresa. Y la sospecha de que hubiese un error en mi adjudicación empezó a rondarme la cabeza. Por fin, alguien, en un relámpago de lucidez, nos encaminó al CEIP Antonio Machado: buena señal para alguien de letras como yo. Cuando aparcamos, salía de un Opel Astrad quien después sería uno de mis compañeros del alma, Manolo Gómez. Detrás de él avancé por un sendero de baldosas hasta el edificio de administración: el único que estaba abierto. La organización y cuidado de los espacios exteriores era prometedor: no me había encontrado jamás con un centro educativo parecido. A derecha e izquierda del camino, se elevaban numerosas especies de árboles -frondosos, enormes-, todas etiquetadas con plaquitas de madera. En el último tramo había que pasar bajo un túnel tupido de enredaderas, que acabaría desapareciendo de la fisonomía del colegio. Más lejos, a la derecha, se entreveía un fuerte del Oeste, una réplica a escala de los que me había criado viendo en las películas de la *Sesión de tarde* en la televisión. Dentro, frente a un ordenador, el cigarro colgando a un lado de la boca, Rafael Aguilera se encontraba enfrascado en labores administrativas. No sé si ese día estaban también por allí Amelia y M.<sup>a</sup> Carmen Ortiz.

Rafael nos puso en situación y antecedentes: el instituto de La Luisiana como tal no existía todavía. Desde el curso que acababa de concluir, el 1997/98, había empezado a funcionar en el edificio del colegio como una extensión del IES San Fulgencio, de Écija, hasta que concluyeran las obras del nuevo edificio, a apenas unos pasos. No solo no había instalaciones propias, tampoco había equipo directivo: Rafael Aguilera ejercía como jefe de estudios adjunto y la plantilla de docentes era mucho más inestable que ahora: lo acompañaban Amelia, su mujer, Rafael Simarro y algún otro maestro que había pasado adscrito a la secundaria. Durante el curso anterior, el resto de las plazas las habían cubierto con interinos y ninguno quiso repetir: en las palabras de Rafael se intuía que el curso había sido complicado.

Cuando empezamos el nuevo año escolar, en medio del debate sobre si el año 2000 era el inicio o no del siglo XXI, Manolo Gómez asumió la secretaría del centro

para poder completar las horas de su asignatura, Educación Plástica y Visual. El resto del claustro lo formábamos desconocidos, cada uno venía de un lugar diferente y con una trayectoria totalmente distinta. Para complicar más el panorama, la limitación de las aulas cedidas por el Antonio Machado imponía que trabajásemos con un horario partido: los más pequeños, el alumnado de 1º y 2º de ESO, se ubicaba en horario de mañana y concluía sus clases sobre las 14.30 horas; a las 14.45 empezábamos con los mayores, 3º y 4º de ESO, que no terminaban hasta las 20.30. Entonces, el instituto contaba con tres líneas para los grupos de más edad, que, además, eran muy numerosos, algunos pasaban los treinta. Este puzle implicaba que los docentes de la mañana y los de la tarde ni siquiera se pudiesen coordinar: de hecho, hasta diciembre, durante las evaluaciones, no nos conocimos.

Las circunstancias eran poco halagüeñas antes de que empezasen las clases. El inicio de estas, bien avanzado septiembre, no hizo más que corroborar las sospechas de que nos enfrentábamos a un reto colosal y a numerosos problemas. El alumnado de uno de los grupos de 4º era excepcional, chavales atentos y muy trabajadores; el de los demás no tenía gran interés en los estudios. Y, a medida que descendíamos hasta 1º, la motivación y la actitud de los alumnos se iba volviendo más compleja: casos de absentismo y numerosos problemas disciplinarios que, en determinadas ocasiones, desembocaban en enfrentamientos casi físicos con el profesorado. Dar clases con normalidad era una utopía. En fin, un panorama que se encontraba en las antípodas de lo que hoy es el IES Pablo de Olavide.

Durante meses, se impuso la sensación de provisionalidad, de ser un extraño en tierra de nadie. Se podrá pensar que los recreos eran un alivio. Así era para quienes no tenían guardia en ese tramo, pues el rato del café nos permitía hacer piña; sin embargo, quien debía controlar esa media hora pasaba por momentos de dificultad: a las disputas más o menos habituales, se añadía el problema de los espacios que mi primer día me deslumbraron: la suma de la oscuridad y el Fuerte era foco de conflictos y no faltaba algún alumno que aprovechaba sus rincones para fumar o liarse un porro.

El nivel de estrés que alcanzamos aún me sorprende. En mi caso, fin de semana sí y otro también, acababa en urgencias presa de pinzamientos y contracturas severas. Bien es cierto que en clase había grupos de alumnado -en femenino casi siempre- con los que se disfrutaba dando clase, pues eran

participativos y mostraban un interés enorme. La composición de los grupos poco tenía que ver con los actuales, puesto que la tendencia en esos años era aglutinar a los más estudiosos en la misma aula y al resto en clases que derivaban en conflictos continuos.

Cuando llegó diciembre, el desgaste personal había alcanzado unas dimensiones inimaginables. Fue el momento de celebrar las primeras sesiones de evaluación. Y entonces, por primera vez, coincidimos con los compañeros de la mañana. Las reuniones las celebramos con la chimenea encendida en la actual sala de profesorado del CEIP Antonio Machado: imborrable el recuerdo de Fernando Flores Pistón, Don Fer para el alumnado, con su cuaderno del maestro abierto, pluma en mano y anotaciones en latín. Tanto él como Rafael Aguilera nos ponían al día del árbol genealógico como de las circunstancias familiares de cada chaval: una información impagable porque explicaba muchas cosas. Si Rafael conocía a la perfección La Luisiana, Fernando hacía lo propio con El Campillo: y sí, la separación y roces entre el alumnado de una y otra población eran evidentes; hasta hace pocos años, ya en el IES Pablo de Olavide, buscaban espacios separados.

El equivalente de sala de profesores con el que contábamos para secundaria no podía acogernos: se encontraba en unas dependencias mínimas, junto a la actual biblioteca del colegio. Aquella fue, durante esos meses, sala de profesorado, de reuniones y departamentos didácticos del instituto sin nombre. Los chavales la llamaban la Reforma, tal vez porque allí se impartían las normas y la disciplina.

En ese trimestre llegó la propuesta de nombre para el nuevo centro: el ayuntamiento había decidido que había de llamarse Pablo de Olavide. Un perfecto desconocido para quienes llegábamos desde fuera, pero que tanto habría de marcar el destino del centro y la dirección que tomó en los años posteriores. En la Reforma habían surgido otras propuestas, pero nadie preguntó: por mi parte, medio en broma medio en serio, había sugerido “Macondo”, pues las similitudes con la fundación de un espacio nuevo eran más que evidentes.

Con la distancia de más de un cuarto de siglo de aquellos inicios creo entrever las causas que dificultaron el arranque del centro. A las limitaciones y zancadillas de los horarios y lo reducido del espacio, había que sumarle la implantación de una nueva ley educativa que suponía la obligatoriedad de estar escolarizado hasta los 16 años: quienes tenían en su horizonte continuar una educación formal, veían esa

prolongación como algo natural; para el resto era una condena, algo forzado que los hacía rebelarse (muchos estarían ya trabajando en lugar de permanecer en las aulas). A eso habría que sumarle el origen forastero del profesorado, lo que aumentaba la sensación de algo impuesto desde afuera, el desconocimiento del contexto de ese nuevo instituto, y un enfoque de la enseñanza propio de la secundaria. El cóctel -molotov- estaba servido.

Llegó por fin el temido año 2000 con sus amenazas de apagón para los sistemas electrónicos e informáticos. Pero nada de eso ocurrió. Por el contrario, a finales de enero o inicios de febrero, las obras del nuevo centro concluyeron y tuvo lugar la mudanza. Ayudados por los chavales, y cargando cada cual con nuestros enseres didácticos, nos trasladamos: para la ocasión, en la cocina del CEIP Antonio Machado prepararon pestiños y con ese endulzamiento aliviamos la tarea de una jornada llena de ajetreo.

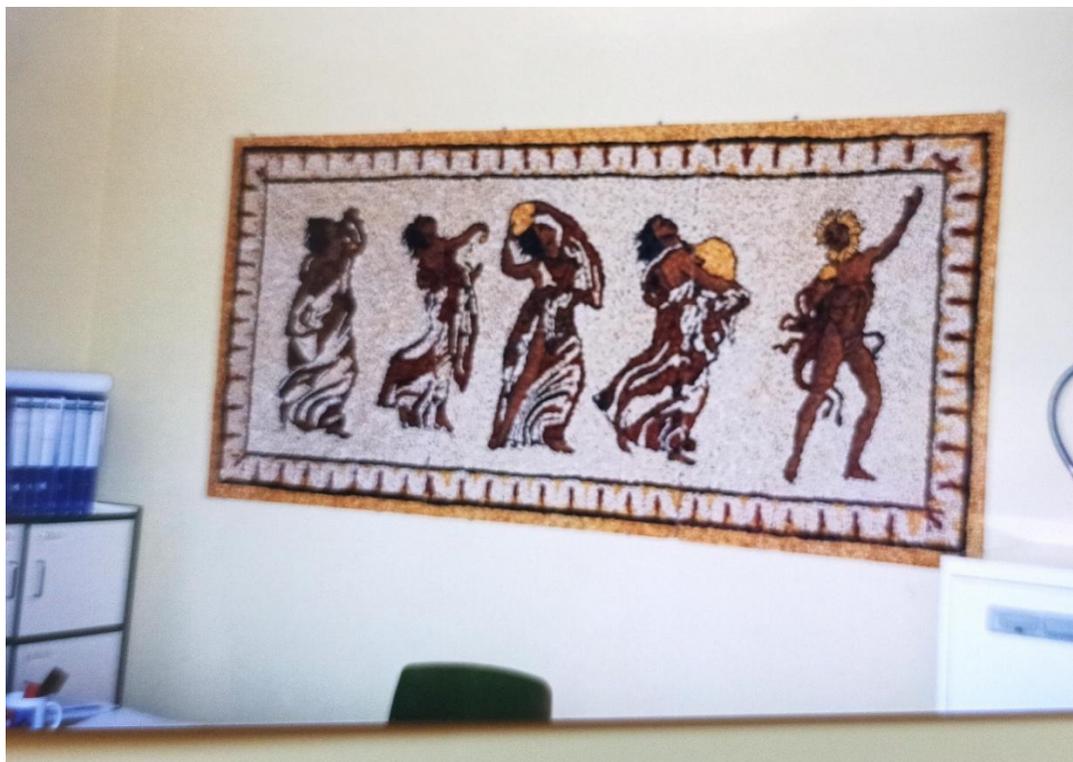
El nuevo espacio distendió los conflictos ligeramente, pues la sensación de olla a presión se alivió. Y los horarios se normalizaron: todas las clases, por fin, se impartían en horario de mañana. Los meses siguientes supusieron el reto de buscar normalidad y de ir preparándola para cursos venideros. Rafael Aguilera, con el espíritu asambleario propio de los maestros del Antonio Machado y con una lucidez enorme, hizo una ronda de consultas con todos los docentes para decidir quién los acompañaría a Manolo Gómez y a él -cuando fuese director- como jefe de estudios: la unanimidad fue casi absoluta: Juan Antonio García Molina era el perfil idóneo en esas fechas para enfrentarse a un reto tan complejo.

El siguiente curso, el 2000/2001 fue el verdadero inicio ya con nombre propio, edificio propio y las primeras normas propias, porque esa fue la verdadera lucha de los primeros años: sembrar un ambiente propicio para dar al alumnado la mejor educación posible.

Rafael Aguilera, ya con un equipo directivo completo, puso la proa hacia el futuro durante los tres siguientes cursos. Sería en 2003, cuando él decidió mudarse a Sevilla junto a su familia, cuando le tomé el relevo en la dirección, con su mismo equipo durante un par de años. Después me acompañaron otros docentes y amigos inolvidables, que se sumaron al reto de crear un centro integrado en La Luisiana y El Campillo, capaz de conciliar el camino recorrido con la innovación y de salvar las andanadas de problemas que surgen en el día a día.

No quiero prolongar este texto más de lo necesario, pues no pretende ser más que un apunte de mi toma de contacto con nuestro pueblo y del momento en que germinó el IES Pablo de Olavide. Sí quiero cerrarlo con un enlace al documental que Manolo Gómez y Pilar Gallego prepararon para conmemorar el décimo aniversario del instituto: ahí encontraréis una visión más amplia y rica sobre los primeros compases de un centro que por fin tenía nombre propio:

<https://youtu.be/Za2FE7fpawQ?si=nO4WT9HZ4OIT7Fv4>



*Vicente, el constructor invisible, por Almudena Ocaña*



***Es importante creer que desde la educación se puede cambiar el mundo y hay que empezar desde la puerta del instituto hacia afuera.***

A muchos de nosotros nos suenan nombres de empresas y personas relacionados con el ámbito de la construcción en La Luisiana y El Campillo, ya que se trata de un gremio predominante en estos lares. Sin embargo, no sé si alguien habrá relacionado el nombre de Vicente Mazón con términos como arquitectura, cimentación, alzamiento, obra o incluso habitabilidad.

Él es profesor de Lengua Castellana y Literatura, Maestro para los presentes, y todo un arquitecto (metafóricamente hablando) para los que lo conocemos. Lleva treinta años desarrollando su labor docente en Extremadura y Andalucía. De ellos, los últimos veinticinco cursos ha estado destinado en el IES Pablo de Olavide de La Luisiana (Sevilla), centro en el que ha ocupado el cargo de Director hasta ahora.

Desde que llegó al pueblo, no ha hecho más que construir “lo invisible a los ojos,” como ya dijo en *El Principito* el autor francés Antoine de Saint-Exupéry. Las cosas verdaderamente importantes en la vida, como el amor, la amistad, los sentimientos genuinos y el valor de las personas o las experiencias, no se pueden ver o tocar, sino que se aprecian con el corazón, es decir, con una percepción más profunda y subjetiva que trasciende las apariencias para encontrar lo verdaderamente valioso. A esto es a lo que se ha dedicado Vicente durante todo este tiempo. Me explico:

Cuando llegó a este centro vacío y sin nombre, como buen obrero, tuvo que derrumbar a la vez que otros cimentaban. Mientras que se perfilaban ventanas y pasillos, Vicente lidiaba con unos chavales que en ocasiones manifestaban de forma violenta su rabia y frustración por tener que continuar sus estudios hasta los dieciséis años, cuando el curso anterior sus compañeros estaban en la calle con catorce. No fue fácil el cambio de la EGB a la LOGSE, recibir a los de séptimo y octavo como los primeros y segundos de la ESO y mantener cautivos, prisioneros de nuestros muros, a los que deberían estar en la mili o descargando camiones.

Los métodos de Los Maestros no funcionaban con adolescentes que doblaban a las maestras en corpulencia, genio y estatura. Tampoco funcionaba lo de dar con el cepillo por más ganas que a uno le entrasen, hasta ahí podíamos llegar. Había que construir un método nuevo que permitiera trabajar, aprender, convivir... Inculcar unas normas que no existían en esas edades y seguir adelante manteniendo la ilusión. Prácticamente una utopía. Sin embargo, Vicente no se rindió a pesar de que

algunos familiares y amigos le dijeran que esto no merecía la pena. ¿Apostar por la cultura en un pueblo baldío? ¿Estamos locos? Parece que sí.

Hubo que echar abajo lo que impedía crecer. Tocaba limpieza y desbroce, eliminar costumbres arraigadas en el pueblo que ya no correspondían con los tiempos actuales: que los chavales se fueran a la aceituna y perdieran dos meses de clases; que los de El Campillo por una parte y los de La Luisiana por otra arreglaran sus piques en el patio a base de puñetazos e insultos... Todo un sinsentido que había que arreglar. Socavones y obstáculos inmateriales desnivelaban el terreno, impedían la convivencia y así no se podía trabajar. Un “¡se acabó!”, como cantaba María Jiménez, que muchos entendieron y otros criticaron, pero que fue imprescindible para establecer un orden y empezar a funcionar.

Con una de cal y una de arena, les hizo ver tanto a las familias como al alumnado que con quince o dieciséis años ya nadie es un niño, sino un adolescente en plena ebullición al que hay que acompañar hasta las puertas de su madurez. Vicente veía un futuro en lo que le rodeaba, un proyecto viable. A pesar de los problemas y del gran pulso que hubo que echar para conseguir lo que hoy en día tenemos, continuó con mucha constancia, ladrillos por un lado, versos por otro, trabajo en equipo, esfuerzo, Manolo Gómez al frente de la decoración, tan importante para que el alumnado sintiera el centro como suyo, marcando identidad, comenzando a construir... Vicente roturó la besana que nos ha guiado a todos los que hemos pasado por el Olavide. Ya estaba echada la losa de cimentación invisible.

Se entendió que el trabajo cooperativo nos salvaba. Que, igual que los costaleros levantan el paso todos por igual, nosotros (tanto el alumnado como el profesorado y las familias) podíamos emprender, proyectar y llevar a cabo lo que nos propusiéramos uniendo nuestras fuerzas. Llegaron las tareas integradas, los premios que mejoraron nuestra autoestima, la convivencia mejoró... La obra invisible ya iba cogiendo color sobre una excelente estructura.

Los chavales comenzaron a escribir bajo su tutela y consiguieron el Primer Premio al Fomento de la Lectura en Centros de Educación Secundaria Obligatoria con el Proyecto “Invadidos por la lectura” en el curso 2017-2018 y quedaron finalistas en la VIII edición Premios Espiral de Edublogs en la modalidad de Biblioteca Escolar con <http://bibliotecaiespablodeolavide.blogspot.com/>.

Era el tiempo de apertura al exterior. El IES Pablo de Olavide de La Luisiana y El Campillo ya comenzaba a ser reconocido.

Tal y como él lo explica en una entrevista, quizá el hito más importante en la proyección de la Biblioteca de nuestro centro haya sido la creación del *Certamen de relatos Pablo de Olavide*, que se ha consolidado como uno de los más importantes en el panorama nacional.

El certamen surgió como una propuesta del IES al Ayuntamiento y, desde ese momento, se ha convertido en la fiesta de la cultura en el municipio: el jurado está integrado por una treintena de personas de diferentes ámbitos de las dos poblaciones (antiguos alumnos y alumnas, representantes de las familias, docentes, asociaciones...). La cédula de habitabilidad invisible la teníamos ya más que conseguida.

Los alumnos contaban cada vez con más autoestima, más seguridad en sí mismos, más autonomía para emprender y defenderse en la vida. Cuando ganaban premios, se sentían al mismo nivel o por encima de quienes viven en las ciudades.

Pero, sobre todo, expresa Vicente en otro medio, de lo que estamos más orgullosos, aparte de los premios, es de que estamos ayudando a crear buenas personas, con sentido del compañerismo, que se apoyan, que no asimilan el modelo de las falsas amistades... Y además son capaces de sacar en Bachillerato las mejores calificaciones. Hay alumnado que está trabajando en empresas de primera línea, otros dando clases en la universidad, otros han sacado sus ciclos medios con premios extraordinarios... Por muchos de ellos nadie apostaba en el pueblo cuando eran adolescentes. En el instituto hay un clima de confianza con el alumnado, de vínculo afectivo que permite que ellos y ellas vayan avanzando paso a paso, con seguridad y dispuestos a comerse el mundo.

Vicente Mazón, como bien señalan los compañeros de *Redes*, ha demostrado que es posible construir humana y pedagógicamente un centro educativo público, que es posible hacer equipos estables con plantillas inestables, que esos equipos no son meros burócratas sino que tienen claro un proyecto educativo de largo alcance con vocación integradora de alumnado, familias y profesorado, es decir, que tienen claro para qué y para quienes trabajan. Por todos estos motivos y muchos más, *Redes* concedió al IES Pablo de Olavide de La Luisiana y El Campillo el V Premio "Isabel Álvarez" al Compromiso con la Educación. Compartimos la opinión que expresa la

asociación *Redes* de Sevilla en cuanto a que estamos convencidos de que Vicente Mazón es de los docentes y directores imprescindibles, de los que tanto necesita la educación pública en estos momentos, y que no sólo ha dejado huella sino, sobre todo, ha dejado surco por donde estamos seguros que el centro continuará.

Cierro este testimonio con un poema suyo:

*Es duro el regreso a Ítaca.*

*Siempre.*

*Rastrear la raíz del pasado,*

*perseguir la sombra del futuro.*

*Encontrar los harapos del padre*

*que tiene el sustento de hierbas tristes.*

*Descubrir que los astros,*

*en los ojos de Penélope,*

*perdieron su brillo.*

*Ver que la semilla propia*

*engendró la debilidad en el hijo.*

*Es duro el regreso.*

*Saber que la sombra del espejo*

*es cuanto queda de Ulises,*

*que la pasión del fuego*

*naufregó en otras playas.*

*Siempre.*

*Intuir que Ítaca ya no es Ítaca,*

*que su rumbo murió*

*en el hechizo de Circe,*

*en el lecho de Calipso ardiente.*

*Es duro aprender*

*que Ítaca quedó en el camino,*

*siempre,*

*que la patria es sombra*

*como sombra es la faz*

*que devuelve el espejo.*

Vicente ha sabido valorar y darles su sitio a los aspectos intangibles de la vida, a los momentos compartidos, a la belleza de lo simple y a las relaciones humanas verdaderas, que a menudo (si no siempre) son más importantes que las posesiones materiales. Ha construido una gran obra invisible a simple vista desde la más absoluta nada y los que lo conocemos no podemos más que mostrarle nuestro profundo agradecimiento y nuestra enorme valoración de su calidad como director, como docente y como persona. Ítaca ha sido siempre un faro que ilumina la existencia de los hombres, pero nuestro faro es y va a seguir siendo Vicente Mazón.

Gracias, MAESTRO.



# La huella de Los Maestros:

## Asociación Tirititrés y la Peña Flamenca

Lo cuentan los miembros de la Asociación y Avelino Díaz.

### **El bienestar, la vinculación social, y el aumento de posibilidades.**

Somos felices si vivimos bien, si mantenemos unas relaciones afectivas cordiales y si nos sentimos capaces de progresar. Una ciudad que funciona es la que satisface brillantemente estas tres necesidades de sus vecinos. El bienestar, mediante unos servicios públicos de calidad. La vinculación social, mediante unas buenas relaciones vecinales, de respeto y colaboración, junto a un decidido rechazo de la corrupción y la violencia. El aumento de posibilidades, favoreciendo el desarrollo educativo, cultural, profesional y económico de sus vecinos.

La Asociación Tirititrés intenta promover estos valores a través de sus actividades a lo largo de todo el año, pero fundamentalmente en verano con sus "Baños de Arte". En 2017 propuso Manuel Alonso a Manuel Fuenmayor y a José Antonio Martín la idea de crea una asociación cultural para llevar a cabo actividades en la localidad. Cuando se pensó en el nombre, se quería que hiciese referencia a que eran tres personas y, después de dar muchas vueltas y tomando como referencia la anotación musical de TIRITITRÁN, cambiamos el final por TRÉS.

Desde los comienzos han organizado: Siete ediciones de Baños de Arte, Proyección de películas y tributo a Triana, Concierto de año nuevo en la Iglesia, documental sobre los orígenes de la colonia sevillana de Carlos III en colaboración de los Ayuntamientos de Cañada Rosal y La Luisiana, más de 25 exposiciones de artista de múltiples disciplinas que han expuesto en varios de los pueblos de la comarca (La Luisiana, Écija, La Campana, Fuentes de Andalucía y Carmona), preparación de libros sobre los orígenes de La Luisiana y un anuario recopilatorio de actividades, Actividad de presentación de libro y tributo a Triana en el IES Pablo de Olavide, colaboración con diversas asociaciones locales y de fuera, preparación y

puesta en marcha de rutas de senderismo desde hace varios años y con personas de toda la comarca.

Nuestra asociación se fundó en noviembre del dos mil diecisiete, por tanto, mucho después de que los maestros y maestras de los que hablamos se hubiesen ido del pueblo. Pero, aunque no coincidiéramos en el tiempo, indirectamente, sí han tenido mucha influencia en nuestra asociación.

Todos los miembros fuimos, en distintas etapas, alumnos de estos docentes y luego algunos continuaron siendo amigos y algunos tuvimos la gran suerte de tenerlos como amigos y compañeros de trabajo.

Estos maestros y maestras dejaron una impronta en todos nosotros: el amor por la cultura, la solidaridad con los demás y sin duda, las ganas de hacer cosas, altruistamente, por nuestros vecinos.

Estos docentes marcaron un tiempo de cambio en todos los sentidos en el pueblo. Favorecieron la cultura, los movimientos organizativos (Peña Flamenca, Grupos musicales, Asociaciones culturales, Grupos ecologistas...), la práctica deportiva en multitud de deportes (baloncesto, voleibol, tenis), el desarrollo educativo (introducción de la informática, proyectos de lectoescrituras propios o muchos cursos de formación), etc.

Resumiendo, nuestra asociación de alguna forma es producto de esa semilla que estos maestros y maestras sembraron en el pueblo.



Asociación Cultural Tirititrés (Manuel Alonso, Manuel Fuenmayor, José Antonio Martín, José Antonio Rivero y Francisco Cadenas) en los Baños de Arte junto a un grupo de teatro

**En cuanto a la Peña Flamenca de La Luisiana...** Había un grupo de maestros entre ellos Juan Jiménez y Rafael Aguilera a los que les gustaba el flamenco y empezaron a juntarse con personas del pueblo a los que también les gustaba. Se reunían periódicamente y en una de esas reuniones decidieron hacer la peña cultural flamenca, La Posá. Empezaron por hacer los estatutos y nombrar un presidente y un secretario.

El presidente fue un aficionado del pueblo y el secretario un maestro. Como para formar los estatutos necesitaban 10 socios como mínimo, me preguntaron a mí, que fui el socio número 10. Corrían los inicios de la década de los 80.

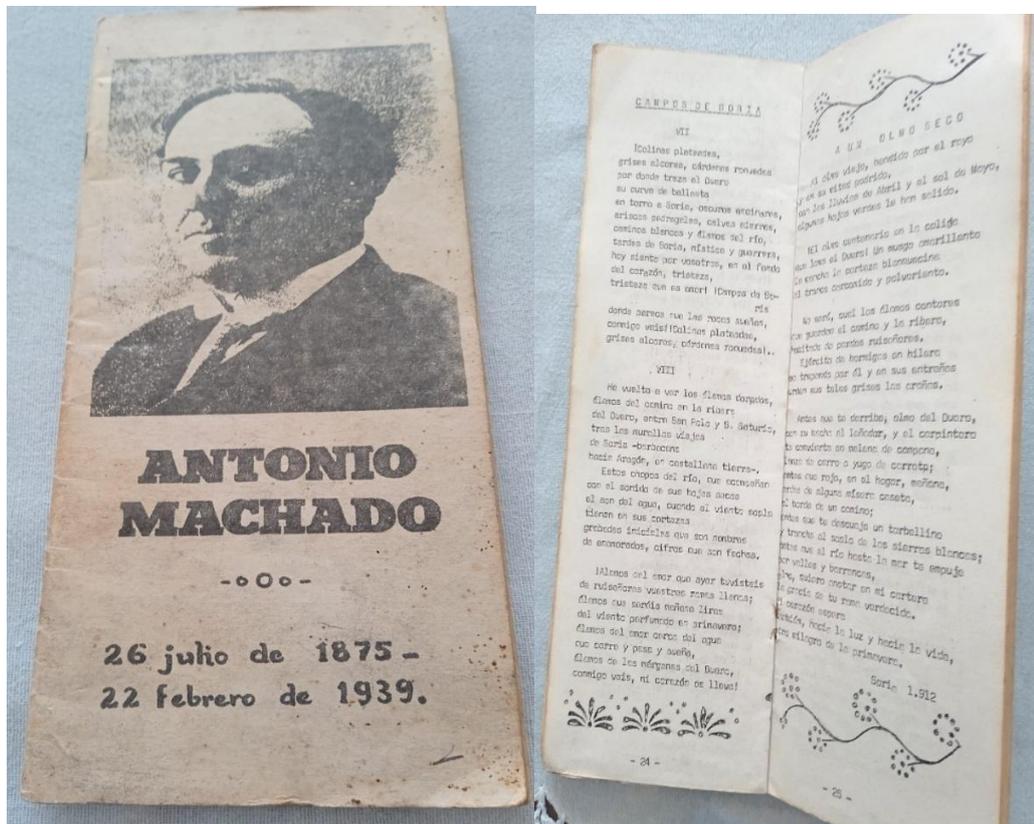
Hacían falta mesas y fuimos a por ellas a Montilla que las fabricaban simulando parte de un barril de vino con patas. Se puso un tablao donde empezaron a celebrarse las actuaciones de los distintos cantaores que fueron pasando por él. Lógicamente también se hizo una pequeña barra para que los invitados y los aficionados calmaran su sed.

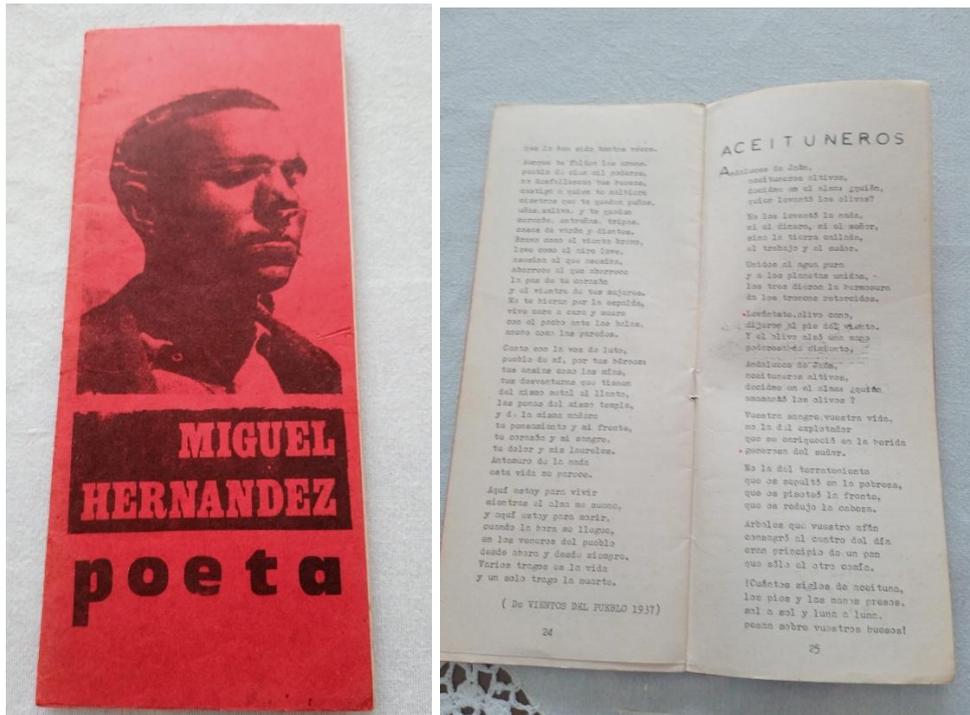
Y así fueron los comienzos de la peña cultural flamenca, “La Posá”.





En la Peña Flamenca. 1984





Algunos de los libritos que confeccionaban Los Maestros

## El recuerdo del alumnado

### *Semillas que dejaron huellas, por Mari Ángeles Hebles*

Volviendo la vista atrás, muy atrás y siempre tan presente, escribo hoy estas líneas. Los recuerdos me acompañan en un constante ir y venir a mi memoria. Soy lo que soy gracias a ellas y a ellos, a esas mujeres y hombres jóvenes que moldearon nuestros pensamientos, educaron nuestros corazones y transformaron todo un pueblo. Fueron guía y luz para unas niñas y niños —y también para sus padres— en un mundo en plena transformación. Señalaron el camino que debíamos recorrer con sus consejos, con una ayuda incondicional donde el tiempo no contaba, donde las fronteras entre maestro y alumno parecían difuminarse y las vidas se entrelazaban. El educador, el padre, la madre, el amigo, el niño... todos se fundían en una relación casi perfecta.

En mi mente permanece un aula, un grupo de niñas y una maestra: Maribel. Guapa, alta, esbelta, con un cabello rizado que enmarcaba aún más su belleza. No había nada más: yo quería ser ella. Todo lo que me enseñó, todo lo que aprendí, quedó grabado para siempre, hasta el punto de que, muchos años después, me ayudó en mi propia docencia. Pero lo más preciado que me regaló, cuando apenas tenía seis años, fue un sueño: ser maestra.

Con el paso de los años, y gracias a todos mis maestros, ese sueño fue tomando forma, fortaleciéndose cada vez más en mis pensamientos. Me bastaba con que se acercaran a revisar mis tareas, con escuchar unas palabras de aliento, recibir un encargo especial en otra aula o simplemente percibir una mirada de aprobación o una sonrisa.

Son recuerdos y vivencias imborrables: los teatrillos nacidos de nuestra imaginación, las canciones que despertaban conciencias, la ansiada excursión a Cazorla, el ir y venir al colegio con mis compañeros por la avenida España, el viejo 600 eternamente aparcado en ella, que convertíamos en escenario para interpretar las canciones de Grease, imitando a Olivia Newton-John y John Travolta.

La excursión a Cazorla marcaba siempre un final y el inicio de una nueva etapa. Tras aquel viaje, una tristeza profunda, casi una depresión, se apoderó de mí. No solo dejaba atrás esa experiencia, también a mi colegio, a mis amigos y a mis maestros. Nunca olvidaré aquel último día, cuando crucé la valla y me pregunté: “¿Cuándo volveré? ¿Se acabó todo?” No, no podía ser. Y en ese instante tuve la respuesta: volvería algún día... como maestra. Mucho antes de que ese día llegara, en mis sueños ya regresaba a esas aulas, a ese sentimiento que me acariciaba el alma.

—“¿Maestra? Puedes estudiar otra carrera, algo más importante”— me repetían a menudo. Pero ¿había acaso algo más grande que tener la oportunidad de contribuir a formar vidas? Con los años, el sueño se convirtió en realidad: regresé a mi colegio como docente. Pude saludar cada mañana a aquella mujer, a aquel ejemplo, en la fotografía junto a la firma de entrada. Recorrí de nuevo pasillos, aulas, comedor y patio, todo impregnado de recuerdos, de imágenes, de emociones, de alegría, de ilusión, de ganas. Fue, sin duda, un regalo de la vida.

Don Manuel Amaya, Don Francisco, la señorita Aurora, Don Rafael Aguilera, la señorita Amelia, Paco Torrado y mi señorita Maribel... y tantos otros que también

estuvieron. Personas, maestras y maestros, que dejaron una huella imborrable en mí y en tantos niñas y niños de nuestro pueblo.

Este año, una alumna que se graduó en la ESO me escribió una carta de despedida, en la que, entre otras palabras, me decía: “Gracias a ti...”. Entonces, inevitablemente, volví a recordarla a ella. El sueño estaba cumplido con creces, y la historia, una vez más, se repetía: gracias a ti, MAESTRA.

## Reflexión de Pepa Bermudo

Extraída de su texto *Monumento al maestro-maestras de monumento* publicado en su blog *Odio el verano*.

Tuve la suerte de educarme en una escuela rodeada de rosales, que sembré con mis propias manos, junto a mi maestra. En las aulas del colegio Antonio Machado de La Luisiana me enseñaron a hablar, pensar y expresar sentimientos.

En la puerta de esa escuela hay una plaza con el nombre de mi maestra, la plaza Maribel Hidalgo. Quizás sea necesario un monumento para que no olvidemos a las mujeres que, como ella, se preocupaban de que las niñas fueran a la escuela y al instituto, mujeres que fueron un modelo en los años 70, cuando no era posible hablar de feminismo o coeducación en los pueblos jornaleros de la campiña sevillana y que nos inculcaron el sueño de una escuela feliz y una sociedad más justa.

## Testimonio de Toñi Álvarez

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero, en el colegio público de nuestro pueblo, La Luisiana, llamado Antonio Machado.

Ese colegio en el que descubrí un mundo fuera de mi casa y aprendí tanto de la mano de ese grupo de MAESTROS, que formaron parte de este pueblo, de nuestra historia, de nuestras vidas involucrándose tanto en lo educativo como lo cultural y lo deportivo, siempre con el simple hecho de ayudarnos a aprender, mejorar y abrimos puertas en los distintos ámbitos de la vida.

Pertenezco a la denominada Generación X, nacidos en 1975, y al grupo de alumnos que estrenamos una parte de “los colegios nuevos”, concretamente el bloque de párvulos, y que justo este año cumplimos los 50 años.

Recuerdo perfectamente mi primer día en mi colegio nuevo. Yo aún tenía 4 añitos, iba algo asustada ya que era muy tímida y puesto que el año anterior no tuve buena experiencia en las “escuelas viejas”, no sabía que me encontraría allí. Todo se me fue pasando cuando fuimos entrando en la clase y entró la maestra que nos tocaba, se presentó como la señorita Aurora, venía del vecino pueblo de Fuentes de Andalucía. A mí desde el principio me encantó, yo la veía amable, risueña, guapa y una voz que conforme nos hablaba siempre te transmitía paz y seguridad. No me equivoqué pues tengo muy buenos recuerdos de aquella etapa con ella desde el primer año hasta tercero de E.G.B. Al mismo tiempo, en la otra clase del mismo curso, estaba de maestro su marido Don Francisco, buenísimo también. Así que vivimos esos años con ellos siendo dos clases que compartíamos mucho más que curso y colegio.

Recuerdo que inventaban juegos y actividades para hacernos sentir más unidos y al mismo tiempo perder la timidez o valorar a los demás y tener mejor compañerismo: cómo presentarnos ante los demás y describirnos físicamente, ser capaz de elegir una pareja y decir qué te gustaba de él o ella, cantar una canción y todos mirándote delante de la pizarra, como si fuera el escenario, formar coros y cantar en fin de curso o aquellas añoradas fiestas de navidad, y un largo etc. Eran y siguen siendo una pareja encantadora, enamorados y felices.

De mi segunda etapa en el colegio, salto a sexto de E.G.B, pues mis recuerdos se van a ese grupo de MAESTROS que vivían en el pueblo y tantas cosas positivas nos dejaron. Recordando retazos, entre tantos de esa etapa, tengo presente a la señorita Amelia y su taller de rítmica, en el que nos enseñaba a escuchar música y saber movernos al ritmo de ella, tener compás o relajarnos al final de la clase (algo que me ha servido y mucho a lo largo de mi vida y me encanta). Me transmitió que la música no solo es sinónimo de fiesta, es mucho más. La señorita Amelia también fue la persona responsable de un gran cambio en mi niñez, ya que por un tiempo me animó, a pesar de considerarme tan bajita, a formar parte del equipo de baloncesto. Eso me hizo perder un peso considerable y al mismo tiempo me ayudó al “estirón”.

Recuerdo una tarde que fue mi madre a buscarme al colegio y la señorita Amelia le comentaba muy animada si había notado el cambio. “¿Ve usted el cambio que está teniendo la niña con el deporte? Está más alta y estilizada”. Mi madre muy contenta reconoció que así era y que me había venido muy bien.

Paco Torrado, para mí todo un referente de maestro y vecino de nuestro pueblo era mi maestro de Inglés. Con él empezamos a decir nuestras primeras palabras en ese idioma que a mí me entusiasmaba aprender y eso hizo que años más tarde siguiera interesada en seguir aprendiéndolo. También fue un tiempo mi maestro de voleibol en los talleres de las tardes. De Paco guardo buen recuerdo al mismo tiempo de maestro mío, como los dos años, también de maestro de Inglés de mi hijo ya sus últimos años en el pueblo.

La lección aprendida con Rafael Aguilera y las difíciles Matemáticas con su carácter tranquilo y su paciencia, algo tan valioso en algunos momentos de la vida.

Las lecturas con Don Herminio, que acentuó mucho más mi interés por la lectura y como no la importancia de la ortografía, que con tanta disciplina nos intentaba hacer entender. De Don Herminio cabe destacar su taller de teatro del que formé parte en uno de ellos siendo yo la protagonista, algo impensable para mí en aquella edad y al final me gustó y no me dio vergüenza actuar en público.

Don Juan se afanaba en enseñarnos de memoria esas canciones populares o clásicas, que entonces me parecían algo sosas sus letras y que con los años al seguir recordándolas fui comprendiéndolas y hasta valorándolas.

Pienso que todos ellos, maestras y maestros que durante largos años formaron parte de nuestro pueblo, estuvieron de acuerdo y empeñados en enseñarnos, en hacernos valorar como personas y educarnos de acuerdo con los nuevos tiempos. Eran unos años en los que se estaban viviendo grandes cambios en nuestro país y la mayoría de los padres, sin apenas estudios y en un pueblo pequeño, no estaban preparados para ellos.

Fueron años en los que consiguieron animar a muchos de aquellos alumnos a estudiar fuera y a tener una vida mejor, que no fuera solo el campo.

## Reflexión de Paqui Hebles Márquez

Nos quitasteis hambre.

Nos pusisteis alas.

Nos enseñasteis el camino.

Nacidos del destino de una dictadura, dispuestos a cambiar el mundo que nos había apaleado durante muchos años. Sabíais que podíais educar nuestras mentes para dedicarnos a mucho más que a cultivar la tierra.

Ellos rompieron las filas que se formaban en el patio para entrar en clase cantando el *Cara al sol* del franquismo y nos enseñaron a cantar las canciones de Jarcha, todas enfocadas a la libertad.

Fuimos el despertar de la transición.

Conocimos a Machado y a Miguel Hernández. Nos mostraron el mundo lleno de vida que había fuera, más allá de nuestro pueblo, y nos crearon expectativas para poderlo alcanzar. Nos educaron en el civismo, nos enseñaron valores y a elaborar el futuro de nuestras vidas.

Tanto nuestros padres como nosotros fuimos caldo de cultivo de unos maestros con hambre de libertad y superación.

Mi tutora Maribel me ayudó a elegir mi formación y soy lo que soy gracias a ella, a Paco y a Aurora. Nunca olvidaré cómo ayudaron cuando el accidente de Benjamín, las excursiones a Cazorla... No cambio mi adolescencia por nada.

Mis maestros ocupan un lugar muy importante en mi corazón y en el de nuestros padres. Gracias.



Foto de Paqui Hebles

## Testimonio de Inma Díaz

### **MI PADRE, MI MAESTRO**

Llegamos a La Luisiana en septiembre de 1978, yo tenía 4 años, mi hermana Gloria 2 años, (Avelino Jr. vino después), a mi padre, Avelino Díaz, lo habían destinado allí como maestro en el Antonio Machado. Nos tocó el piso que actualmente ocupa la Peña Bética, así que mi habitación fue la que ahora es la puerta de entrada a la peña.

El colegio en ese tiempo estaba a la afueras del pueblo, después del colegio empezaba un camino que iba a la Ortiguilla, eran nuestras excursiones de algunas tardes en bicicleta.

Y desde mi puerta se veía el letrero: “Hostal El Volante” y un campo lleno de girasoles que cada primavera antes de las vacaciones de verano cubría todo lo que daba mi vista.

Nuestros juegos eran pasar cada tarde incluso después de las clases de la tarde en el patio de recreo del colegio, donde se reunían más niños del pueblo porque en aquellos años no había parques tal y como los conocemos ahora en ningún lugar del pueblo, el Colegio era el centro recreativo para todos los niños, al menos para los que vivíamos a este lado de la carretera, el parque estaba con aparatos que se habían construido con materiales reciclados (Hierros, tubos, cadenas y demás, y sin homologaciones, todo un ejercicio de riesgo y aventura).

Pero mis juegos mayormente eran compartidos con los otros hijos de maestros, con los cuatro de Maribel Hidalgo y Manolo Amaya (nuestros vecinos de enfrente hasta que se marcharon, los dos de Juan Jiménez y M. Carmen Moreno, los dos de Amelia y Rafael Aguilera, y ya más tarde los dos de Antonio Alias y Mari (que no era maestra, como mi madre) y las dos Herminio y Sole.



En estas fotos: Carlos, Rafa, Inma Patricia y Gloria (Los Amaya y las Díaz), en el patio del colegio



En esta foto: Jorge, Elena, Natalia, Sole, Álvaro, Juan, Avelino y Carlos. El hombre es Benito, el que fue cuidador y responsable de mantenimiento del colegio por ese tiempo, en la puerta del acceso actual a la Piscina Municipal.

Ese fue el grueso de aquellos maestros que revolucionaron la vida del pueblo, mi padre junto con los demás comenzaron a darle vida al colegio a nivel cultural y por ende al resto del pueblo, lo que ellos construyeron es el ejemplo vivo de cómo desde la educación se interviene en la historia de un pueblo de forma positiva.

Fueron el pilar para la creación y puesta en marcha de la Peña Flamenca que aún sigue en pie como asociación, de la que mi padre fue socio fundador con el número 10.

Apoyaron los primeros pasos del grupo de sevillanas Besana, ensayaban en el colegio, y cada noche acudían a mi casa a pedir las llaves, y en alguna ocasión Juan Jiménez y mi padre los acompañaban en los ensayos.

Fueron un grupo de maestros sensibilizados con el cuidado del medio ambiente, de hecho fueron ellos los que con la ayuda y colaboración de las familias sembraron todos y cada uno de los árboles que hay en el colegio y parte del sendero que iba hacia la madre. El objetivo era crear un ambiente educativo agradable con sombras y espacios de juego alternativos al cemento que ya estaba. Construyeron el

Fuerte, yendo ellos mismos a por las vigas de madera ayudados por el camión del Camará a un pueblo cerca de la provincia de Huelva.

Muchas de esas actividades se realizaron en colaboración con las familias que acudían a sus llamamientos de cada sábado, esos encuentros eran un espacio de convivencia y no pesaban.

Promovieron además hábitos de vida saludable con el impulso del deporte, con Amelia como entrenadora del equipo femenino de Baloncesto y creadora de bailes para las fiestas de fin de curso, Rafael Aguilera como entrenador de atletismo que llegó incluso a clasificar al equipo para los campeonatos de Andalucía y en la vitrina de trofeos aún se exhibe aquel trofeo que orgullosamente se trajeron aquel grupo de alumnos (entre ellos mi marido Antonio Beltrán, como velocista y fondista), mi padre Avelino Díaz como entrenador de Voleibol, para lo que tuvo que realizar un curso de entrenador del que orgullosamente habla, y Rafael Simarro como entrenador del equipo de baloncesto masculino.

Y para esas competiciones había que trasladarse a otros municipios de la provincia de Sevilla, y ¿quién nos llevaba? Ellos, en sus coches particulares, cada sábado que había competiciones nos montábamos en nuestros coches y allá que íbamos mientras otras organizaciones y colegios iban con sus buses y equipaciones. Después, mucho después, comenzaron las primeras subvenciones y se nos pasaban equipaciones y otro material deportivo desde Ayuntamiento y Diputación pero los principios fueron más humildes.

Y, como no, el viaje de fin de curso a Cazorla, impulsores de ese viaje entre ellos mi padre en el año 79, con tiendas cosidas y construidas por mujeres madres de alumnos, entre ellas mi madre, fundas de colchonetas, tiendas etc. Al camping Fuente de la Pascuala, durante décadas. Recuerdo cuando esa semana se iban mis padres mis hermanos y yo nos quedábamos al cuidado de mis abuelos. Se organizaban por grupos para la preparación de comidas y cenas, cada maestro o maestra se encargaba de un grupo de 7 u 8 alumnos, y se elaboraban bocadillos, o se freían huevos, o lo que tocara ese día.

Se cargaba todo en el camión del Camará, y nos llevaban en el autobús de Andújar.



Primer viaje a Cazorla. 1981

En aquel tiempo aún había clases por las tardes, durante un tiempo les dieron posibilidad a las familias de colaborar en ese horario invitando a los padres y madres que quisieran a montar talleres de alguna actividad de manejaran (mi madre daba taller de costura, macramé y punto de cruz), así era más ameno ir por la tarde a clase. Yo recuerdo haber estado en el taller de medio ambiente con José Antonio Martín, recogiendo muestras en el Arroyo Madre Fuentes y analizándolas con el microscopio. También estuve en el de flauta con Juan Jiménez. Aunque el taller más demandado era el de Teatro, que lideraba Herminio, recuerdo una obra que montó: *La casa de Bernarda Alba*, protagonizada por M<sup>a</sup> Ángeles Caro González, que incluso llegaron a escenificar no sólo en la fiesta final de curso sino en otros escenarios y otras poblaciones.

Además, ellos se formaban continuamente en cualquier disciplina. Aún recuerdo un taller de títeres e instrumentos musicales al que acudí con mi padre (durante varios fines de semana), y donde construimos diferentes marionetas de diferentes técnicas en el manejo y diferentes instrumentos musicales con materiales reciclados, después eso se volcó en las aulas y los alumnos también fuimos formados.

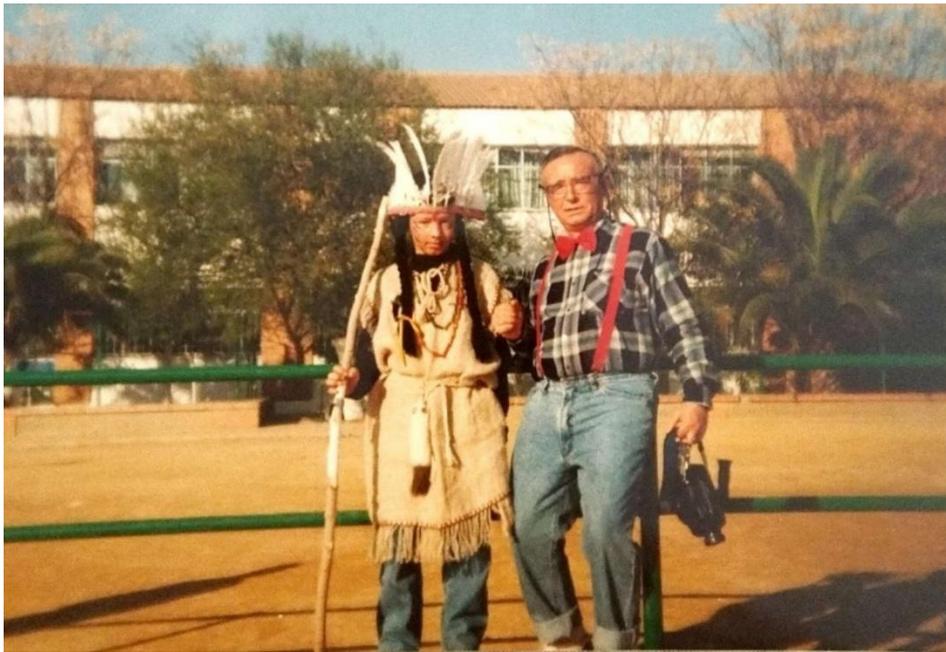
Pero lo que más recuerdo de aquel tiempo es el tiempo empleado por mi padre en el colegio, siempre preocupado por el buen funcionamiento de todo, incluso inventando y creando su propio material para el aprendizaje y la lectoescritura, ellos lo creaban maquetaban y editaban para que las familias no tuvieran que comprar nada. Así fue durante los años compartidos de paralelo con Antonio Alias, era el tiempo de los primeros ordenadores y máquinas impresoras y fotocopiadoras.

Y cuando llegaba el Carnaval, ahí ya eran horas y horas extraordinarias, era su momento, “contaminaba” a todo el colegio, incluso escribía las letras para otros compañeros para que así todos los grupos de alumnos tuvieran su repertorio acorde con el tipo. Siempre intentó que los tipos fueran de fácil creación, que las familias no tuvieran ni mucho que coser ni mucho que comprar.





Cayetano y Ana Selfa (actual profe de Inglés en el IES), Antonio Alias, Avelino y Amelia



Disfrazado de Steve Urkel



Mi Maestro, una etapa especial:

Mi padre además fue mi tutor durante tres cursos, 3º, 4º y 5º de EGB. Fue algo que me marcó para siempre, para bien, nunca fui tratada de forma especial y/o privilegiada por él, aunque algún que otro compañero así lo pensara. Con él aprendí el trabajo en equipo, el trabajo comunitario, el trabajo en red, lo que significaba la solidaridad, igualdad, respeto por la naturaleza y pensamiento crítico. Cuestiones en los que ya él fue pionero y ningún ministerio lo ordenaba, pero ellos ya lo hacían de forma innata.

Aparte de eso, lo puramente académico, recuerdo aquella forma peculiar de enseñarnos las tablas de multiplicar, preguntándonos en cola y, si fallabas, ibas al final, y eso que las tablas estaban expuestas en cartelera en las paredes de clase, pero a nuestras espaldas para evitar verlas de continuo, pero sí para facilitar su

consulta. Nos sentábamos en grupo y el material de uso común se compartía y el personal siempre en nuestros botes de cola cao con nuestros nombres, pero comprado con un sistema de cooperativa, donde cada año los padre aportaban una cantidad prefijada y él se encargaba de comprarlo en la papelería del pueblo y nos repartía todo el material (todos iguales).

Éramos el único grupo que dedicaba casi cada día un ratito a cantar, esas canciones que ahora todo el mundo tararea cuando hablan de él (las canciones de Avelino), era su forma de volver a enganchar al grupo si nos veía cansados o despistados (de eso nos dimos cuenta después). Mi padre además impulsó la creación del cuartillo del material (destornilladores, caladoras, martillos, y cualquier material de uso común). Se llevaba un registro de quién sacaba el material y fechas de entrega y devolución, y eran tres de mis compañeros de clase los autorizados a salir y facilitar la entrega y recogida de ese material: Arjona, Rafa Hebles y Chico (Francisco). Ellos, además, realizaban inventario cada año. Íbamos alguna tarde a la semana de senderismo a La Madre, y nos enseñaba el nombre de las plantas o contaba historias de animales mientras caminábamos y por supuesto cantábamos y jugábamos.

Durante aquellos cursos, además él ya trabajaba con nosotros en clase eso que ahora llaman ABP (Aprendizaje Basado en Proyectos), con cada uno de los temas en los que era posible, y fuera de la asignatura que fuera, recuerdo como nos animaba a ir a la biblioteca municipal (recién creada en el pueblo) a consultar la enciclopedia y realizar búsquedas de información en noticias de periódicos para que nuestros trabajos finales quedaran lo más completos posible y/o comparásemos la información y así aprender que, según quién lo escribiera, la historia se contaba de una forma u otra. Uno de esos proyectos que mejor recuerdo fue el que se realizó coincidiendo en con la conmemoración del 215 aniversario de la creación de las Nuevas Poblaciones, sería sobre el año 82/83. Ahí fue donde el pueblo desde el colegio comenzó a conocer su verdadera historia. Después, más tarde, se volvió a repetir ya con el resto de los centros educativos del pueblo en 2014, pero ya ellos (este grupo de maestros) lo habían iniciado, habían intentado dar a conocer la historia del pueblo, cuando además había poquísima literatura sobre ello.

Otra de las actividades que a mí personalmente más me gustaba era cuando nos mandaba a escribir relatos. Nos daba un tiempo y, cuando todos los habíamos elaborado, lo debíamos leer en voz alta y elegíamos al que más nos gustaba. Ese se escribía en una libreta y así durante esos tres años se conformó un bonito libro de cuentos y relatos. Y... ¿dónde está? Pues fatalmente se perdió entre mudanzas de clases. Por cierto, yo ganaba en muchas ocasiones, me encantaba escribir para mis compañeros, incluso como conocía a “mi público”, sabía lo que les gustaba y adaptaba los textos.

En definitiva, recuerdo aquellos años como impulso de vida cultural en el pueblo, proyectada desde el colegio, por un grupo de maestros y maestras que por amor al arte realizaban actividades e impulsaban al resto de la población a tomar las riendas de su bienestar. Sus mensajes eran de solidaridad, cooperativismo, trabajo comunitario y en red. Organizaban sin ser líderes, sólo simples facilitadores, abriendo siempre las puertas del colegio para la puesta en marcha de cualquier actividad que fuera positiva y saludable para la comunidad educativa, involucrando siempre a las familias y al resto del pueblo.

Creo que no fueron conscientes del poder que ejercieron sobre la sociedad en la que vivían. No eran de aquí y no se les exigía hacerlo, pero lo hicieron. Creo que sus caracteres y personalidades combinaron tan bien que aún hoy siguen siendo AMIGOS, y compartiendo tiempos de diversión, y eso fue posible porque una vez una vez pertenecieron al Antonio Machado.

Finalmente, hay que destacar el honor que ha tenido mi Padre de ser el elegido para darle su nombre a la actual AMPA del CEIP Antonio Machado. Eso además da a entender el nivel de influencia que tuvo y tiene todavía y ese reconocimiento que muchas generaciones tienen no sólo hacia él, sino hacia el resto de ese grupo de maestros y maestras de aquellos años de finales de los 70, 80 y 90.

Inmaculada Díaz Alarcón

(La Inma de Avelino)

## Testimonio de Eva Martín Fernández

Yo fui una de esas niñas afortunadas que estudió en los años 80 en el colegio Antonio Machado de La Luisiana. En él cursé la Enseñanza General Básica de la mano de un grupo de maestros y maestras que, por cosas del destino, coincidieron en este pequeño pueblo e “hicieron piña” entre ellos con un objetivo en común: guiar en los primeros pasos académicos y en el desarrollo personal a los que entonces éramos niños y niñas, un grupo de maestros que marcaron un antes y un después en la historia de este colegio y de este pequeño pueblo.

Entre todos construyeron un colegio bonito, no solo estéticamente (lleno de arboleda y plantas, con grandes pistas para practicar deporte, un fuerte de madera para jugar en los recreos...), sino un espacio donde nos sentíamos seguros, motivados y felices.

Avelino Díaz, Rafael Simarro, Paco Torrado, Rafael Aguilera y Amelia, nuestra querida Maribel Hidalgo, la maestra M<sup>a</sup> Ángeles... fueron algunos de los que nos acompañaron en aquellos años, no solo transmitiéndonos conocimientos académicos, sino ayudándonos a desarrollar otras habilidades sociales, emocionales y cognitivas y, en general, intentando que fuésemos buenas personas y nos forjásemos un buen futuro. Con su gran pasión por su profesión, nos despertaron el gusto por la música, el baile, el teatro o el deporte.

En este recorrido, nos acompañó durante tres cursos nuestro tutor Don Avelino, al que mantengo mi admiración, afecto y respeto. Con su gran vocación atendía a la diversidad de una clase muy numerosa, intentando satisfacer las necesidades académicas y personales de cada uno y transmitiéndonos unos valores fundamentales para nuestra vida (compañerismo, esfuerzo, tolerancia...). Recuerdo con gran cariño las canciones populares que nos enseñaba, canciones como “La Jotilla de Aroche” o “Arrímeme a un pino verde”, cuyas letras vienen a nuestra memoria después de más de 40 años. Y no tenía el pobre hombre suficiente con aguantarnos durante la jornada escolar, que luego como amigas y compañeras de su hija mayor, invadíamos su casa por las tardes, interrumpiendo sus lecturas o las labores y manualidades de su mujer, Gloria. Recuerdo a nuestro querido maestro

Don Herminio, con su acento gallego, que con su gran paciencia tenía que enseñar y batallar con un montón de preadolescentes y sus travesuras, como cuando ahogaban la estufa de leña para que se llenara el aula de humo y así dejar de dar clase. No podemos olvidar a la maestra Amelia, a la que todas las niñas admirábamos por su habilidad para bailar y montar coreografías, ni tampoco a nuestro querido Paco Torrado, que después, en nuestra juventud, se convirtió en amigo de muchos de nosotros, aconsejándonos y acompañando en momentos importantes de nuestras vidas.

Ellos consiguieron que muchos niños y niñas salieran por primera vez del pueblo, con la excursión a Cazorla como premio por el fin de la EGB, excursión de la que todos tenemos recuerdos memorables: las canciones alrededor de la hoguera, las historias de miedo, los juegos y pruebas que inventaban para entretener al personal, las salchichas de lata y la leche en polvo, el zumo de un limón como fijador de pelo..., excursión que, a día de hoy, se sigue manteniendo, aunque con muchas más comodidades y lujos.

Todos ellos, con su amor por su profesión (la más bonita y gratificante), influyeron, sin yo saberlo entonces, en mi decisión de dedicarme a la docencia y que, por fortuna y cosas del destino, hoy ejerzo feliz y orgullosa en el colegio que me formó y me vio crecer.

## Lo que permanece

### *La sombra del fresno, por Manuel Alonso*

Siempre he vivido cerca del colegio. Forma parte de mi paisaje vital. Buena parte de mi infancia y adolescencia transcurrieron bajo –a ratos encima- de las moreras que hay enfrente. Desde allí, siendo un niño, viví aquellos tiempos de cambio que me resultaban tan confusos. Veía a mi alrededor que las normas seguían siendo rígidas y todo parecía acartonado, pero por otro lado, en la tele nuestras “influencers” eran Pipi calzaslargas y la abeja Maya. O sea, una niña que vivía como le daba la gana y se negaba a ir a la escuela y una abeja que se fugó de su colmena por negarse a acatar las normas y trabajar para la reina. Tampoco ayudaba el hecho de que mi mundo se reducía a lo que alcanzaba mi vista. Se podría decir que no conocía más sombra que la de aquella morera. De ahí mi asombro cuando aquella mañana de intenso frío vi al maestro en medio del campo de minas en el que habíamos convertido el patio del colegio –previamente nos habían puesto a llenarlo de agujeros para plantar árboles- con su suéter ajustado, sus pantalones de campana, su nariz tan característica y su raya del pelo trazada con absoluta precisión –eso sí, un poco más cerca de la oreja de lo habitual para poder arrimar pelo hacia arriba donde ya iba faltando-. Tenía un plano en las manos y, señalando hacia el agujero en que me encontraba, dijo:

—Ahí va un fresno.

Miré a mi compañero tan desconcertado como él me miraba a mí. Era rubito y rechoncho, con los mofletes sonrosados y un poco quemados por la exposición al frío. De su nariz se descolgaban dos velas de mocos verdes y densos de esos que ya no se fabrican –siempre he tenido la teoría, poco científica, de que aquellos mocos hacían de precinto y sellaban nuestras narices, por eso no pillábamos más enfermedades a pesar de las cosas que hacíamos-. El las sorbía y desaparecían un momento, para poco después empezar a deslizarse de nuevo lentas pero imparables, como dos lenguas de lava volcánica.

—¿Un fresno es un árbol? –le dije mirando con poca convicción aquel palo largo con unas cuantas raíces desnudas que nos acababan de entregar. Él, menos convencido que yo, empezó a echar tierra al hoyo mascullando con desdén:

—Habrá que ver la sombra que dará un fresno.

Entonces no lo entendíamos, pero aquellos maestros nuevos que habían venido tenían la intención de llenarlo todo de sombras –o quizás eran luces- nuevas y desconocidas para nosotros. Catalpas, cedros, sauces llorones... -¿en serio? ¿Sauce llorón?

Desde la sombra de mi morera podía ver enfrente el bloque de las viviendas de los maestros. Podía distinguir el perfil de quienes las habitaban recortado contra el cristal de las ventanas. Así pude observar como con los años aquellos perfiles iban cambiando. Al principio era el perfil de una maestra y su anciana tía. La maestra, ya en sus últimos años de docencia, vestida de riguroso luto con su rebeca echada sobre los hombros. Tenía aires de beata, gafas de beata y cara y voz de beata. Todo en ella era beato menos el sentido de la compasión, que le faltaba cuando cogía el cepillo de borrar la pizarra y lo utilizaba para lo que no era y por el lado que no era. Ya se sabe “la letra con sangre entra”.

Pero un día su beato perfil desapareció y aquel y los demás cristales se fueron llenando de figuras de parejas jóvenes y niños. Aquello coincidió con la llegada de unos tiempos convulsos, tan llenos de esperanzas como de incertidumbres.

Soplaban vientos favorables según decían los mayores. Pero hasta los vientos favorables hay que saber aprovecharlos. Hacía falta gente preparada para navegar que nos enseñara a desplegar correctamente las velas –las de mi compañero no, otra clase de velas- y aprovechar esos vientos para dejar el estrecho canal en el que estábamos y salir a mar abierto.

En poco tiempo, aquellos maestros cogieron el timón y consiguieron que el colegio, que era un apéndice apartado a las afueras, se convirtiera en el epicentro del pueblo. Toda la vida social, política, cultural y deportiva fluía por aquella esquina.

El colegio dejó de ser esa institución rígida y adoctrinadora para convertirse en un espacio abierto y con sombras –o luces- para todos. Para poner la guinda fue allí donde se instalaron las mesas electorales, convirtiéndose además en el sitio donde la gente vota y decide su futuro.

En lo personal siempre he tenido curiosidad por aprender, aunque no siempre he tenido el tino de poner el esfuerzo en el aprendizaje que más me convenía. Recuerdo, por ejemplo, que me gustaba el fútbol y era diestro. Se me metió en la cabeza aprender a chutar con la zurda, así que iba a todas partes dando patadas a las piedras con la pierna izquierda para practicar. Con mi tesón, y a base de olvidarme de mi pierna derecha, conseguí la asombrosa habilidad de chutar igual de mal con ambas piernas. Pero aquellos maestros de los árboles raros me enseñaron a eso, a seguir mi instinto y quedarme con la esencia y no hacer las cosas de carretilla.

Con ellos aprendí que un pueblo unido aspira a todo. Aprendí que se pueden ganar batallas sin necesidad de declarar guerras. El sentido de palabras como solidaridad, interés común, entrega, tesón...

Bueno, eso y que un equipo entero de baloncesto, con su entrenador y el anotador de la mesa incluidos, pueden caber en un Simca, cosa no menor esta y que en según qué circunstancias puede resultar tanto o más útil que las ya mencionadas.

Hoy, muchos años después, miro el colegio y veo esos árboles con sus ramas entrelazadas entre unos y otros, formando una sombra común para los hijos de los hijos de aquellos que un día los plantamos, y sólo puedo desear que, por muy contrarios que soplen los vientos, sus raíces sepan aguantar para que la sombra del recuerdo de aquellos que un lejano día tuvieron la feliz idea de plantarlos siga cobijándonos a todos.

*“Ustedes me dicen, entonces, que tengo que perecer*

*Como también las flores que cultivé perecerán*

*¿De mi nombre nada quedará*

*Nadie mi fama recordará?*

*Pero los jardines que planté son jóvenes y crecerán...*

*Las canciones que canté, ¡cantándose seguirán!*

Huexotzincatzin

Príncipe de Texcoco, 1484.



















ceipsomoza









ceipsomoza



# I.E.S. PABLO DE OLAVIDE

*La diversión y la enseñanza  
no están reñidas*







olavide18



olavide18









**Erasmus+**

Enriqueciendo vidas,  
abriendo mentes.

 GOBIERNO DE ESPAÑA  
 MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE  
 sepie  
SERVICIO ESPAÑOL PARA LA INTERCOMUNICACIÓN EN LA EDUCACIÓN  


Erasmus+

[www.sepie.es](http://www.sepie.es) / [www.erasmusplus.gob.es](http://www.erasmusplus.gob.es)  
 (+34) 91 550 67 18    [sepie@sepie.es](mailto:sepie@sepie.es)  
 @sepiegob    ErasmusPlusSEPIE  
 @sepie\_gob    SEPIE





De derecha a izquierda, el relevo generacional: Inmaculada Ruiz y Miguel Bermudo (Colegio Antonio Machado); Pablo Asencio y María Luisa Osuna (Colegio Director Miguel Somoza); Pilar Gallego y Vicente Mazón (Instituto Pablo de Olavide); Mari Valle Rosa y David Gómez (Representantes del Ayuntamiento de La Luisiana y El Campillo)

## Agradecimientos

Agradecemos enormemente su colaboración a **todas las personas que han aportado su testimonio** para que entre todos se haya puesto por escrito esta historia.

Gracias a la **Asociación Cultural Tirititrés** por su apoyo incondicional y las fotografías que nos han proporcionado.

Nuestro agradecimiento especial al **Maestro Juanma Díaz**, que participó en este proyecto antes de fallecer aportando el testimonio que dejamos a través de este código QR.

#Yomecuro #SeguimosJuanma #SomosImparables #SeguimosJuanmaXti

# SCAN ME



Y, cómo no, dedicamos nuestra enorme muestra de agradecimiento a todas las **personas de La Luisiana y El Campillo que en su día acogieron** y colaboraron con estos maestros y maestras que llegaron cargados de ilusiones y encontraron aquí buenas tierras para sembrar.

**Gracias a los maestros** de ayer y hoy que dedican con alegría buena parte de su vida a su profesión, agricultores invisibles, tutores de estos “olivos”, niños y adolescentes que crecen con su apoyo y se convierten en las mejores personas que pueden ser.

Por último, **nuestro más profundo agradecimiento a todas las familias** que, teniendo en cuenta la proyección actual de tiktokers, instagrammers, youtubers y demás influencers que predicán en el polo opuesto a lo que queremos enseñar, brindan su apoyo y respaldan a los docentes en su labor, sumándose a sus esfuerzos para sacar adelante lo más valioso que tenemos en nuestras casas: nuestros niños y niñas, nuestros chavales, nuestro futuro.

**¡Va por ustedes!**

**MUCHAS GRACIAS**



## Hemos participado:

### **Los tres investigadores:**

Avelino Díaz, Almudena Ocaña y José Antonio Martín

### **Asociación Tirititrés**

### **Colaboraciones:**

Pepa Bermudo, Paqui García Ostos, María Guerrero Alcaide, Emilia Rodríguez García, Mercedes Fernández Selfa, Baltasar Isla, María Luisa Barrios, Chari Alonso, Carmen Morales, Carmen Gómez, Montserrat Martín, Francisco Cadenas Ojeda, José Antonio Arjona, Pepi Freire, Jessica Laguna Ancio, María José Somoza López, José Antonio Rivero, Belén Hans Úber, Manuel Somoza López, Florencio Alcaide, Rosario Alcaide, Loli Díaz, Toñi Álvarez, Paqui Hebles, Inma Díaz, Eva Martín Fernández, Mari Ángeles Hebles, Manuel Alonso, Juanma Díaz y Vicente Mazón.